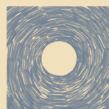


sura 





TEXTOS DE

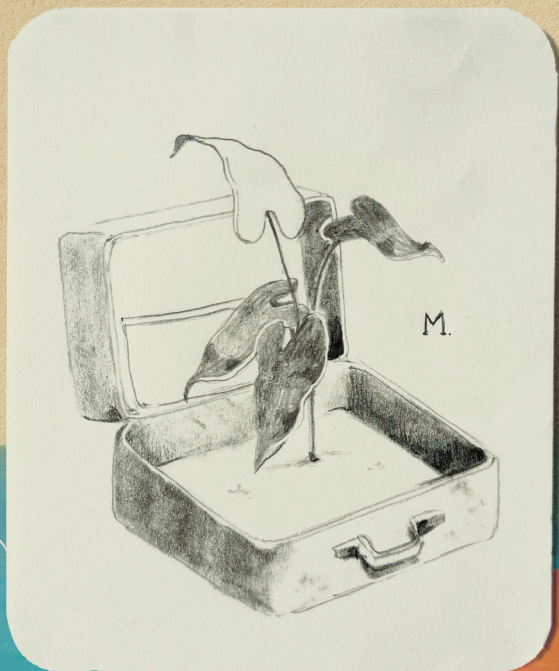
Ibett Tatian Figueroa Salazar * Emiliano Cervera Hernández
* Odalys Nohemy Madariaga Castillo * Milena Zikan Isidio
de Oliveira * Natalia Gómez Pardo * Luis Felipe Báez Jara *
Carlos Alberto Rueda Reyes * Gabriel Espinoza Fincheira *
Leandro Alarcón López * José Fernando Durand Lazo * Sandy
Saneth Sierra Villa * Yineth Soto Arbeláez * Christian Paul
Acevedo Osorio * Sebastián Giraldo Restrepo * Nadia Arango
* Ginethe Carolina Bedoya Acevedo * Laura María Ceballos
Ramírez * Sandra Milena Barrera Castro * Álvaro Javier
Quiroz Mestra * Ana Vélez Lotero * Susana Orrego Villegas
* María Camila Calderón Ardila * Daniela Tapia Magaña *
Luisa Alejandra Rodríguez Ibarra * Emmanuel Vallejos Pinto
* Daniel Gutiérrez Monsalve * Mónica Marallano Mejía *
Yessenia Ospina Quintero * Kamille Vitória Bezerra Pereira
* Carlos Andrés Rojas Correa * Marisol Quezada Núñez *
Dayana Carolina Blanco Hidalgo * Carlos Andrés Tabares
Arboleda * Mónica del Carmen Arellano Rojas * Gonzalo
Carlos Clever de Souza Ferreira * Carlos Manuel Hernández
Sánchez * Paola Andrea Galeano Hincapié * Gabriela
Vasconcelos Soares * Martha Rodríguez Martínez * Natalia
Medina Jiménez

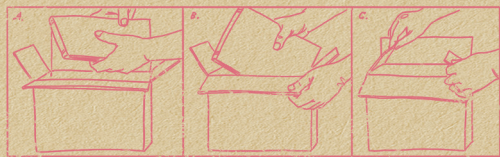


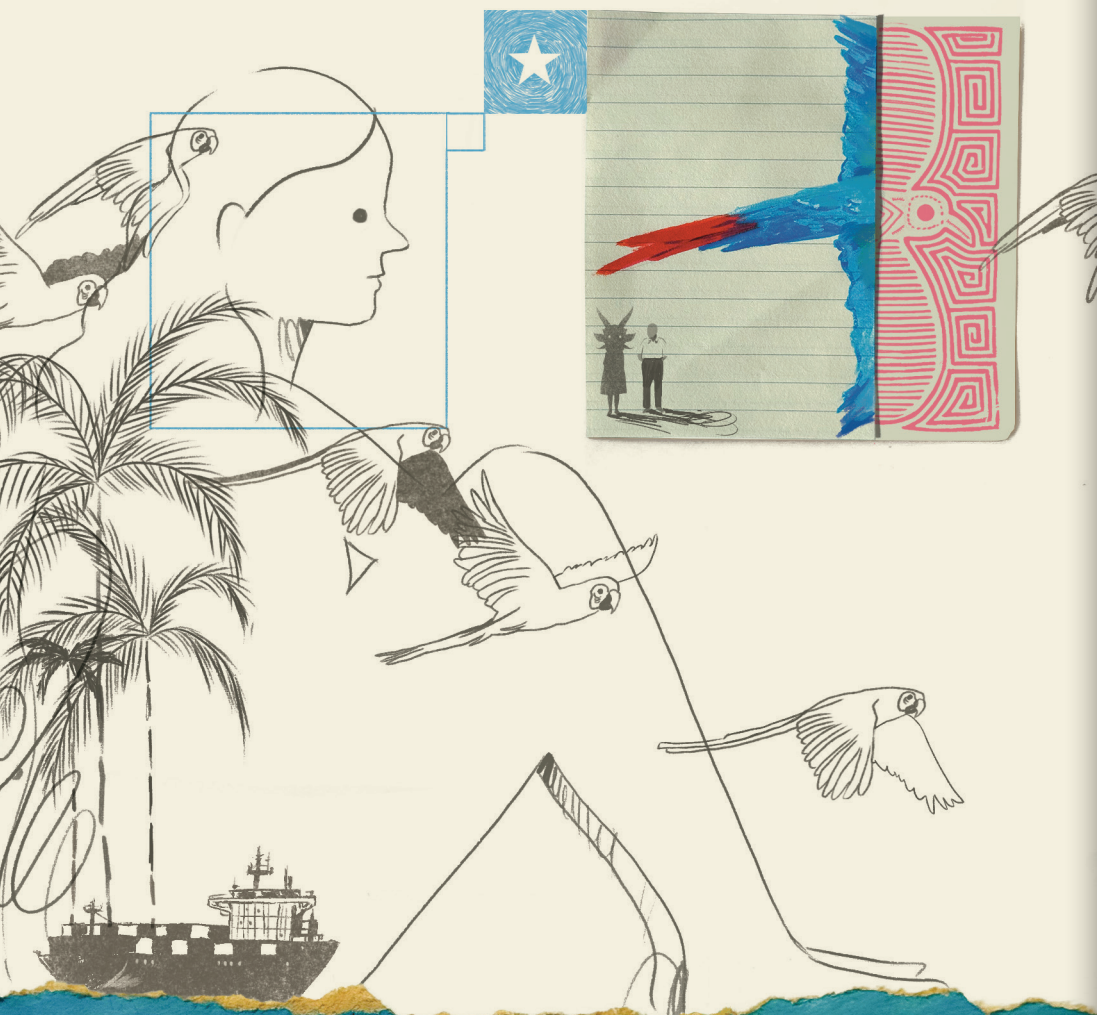


99
aug
f. 16
Tobereobosen asaidur









dad lo que más le atraía era volar libremente, como lo hacen los pájaros con el cuerpo enfrentando al

como un planeador. Es una especie de bicicleta del aire que se usa para volar por el cielo transportando valientes pájaros humanos. Se trata de un nuevo deporte que se practica con alas artificiales, y cada vez aumenta su número de aficionados.

En Estados Unidos, donde interesa muchísimo, existe un centro donde se lo practica: está ubicado a 18 km de San Diego, en California. Los deportistas saltan desde la cima de una sierra natural, aproximadamente a 1.200 metros de altura. Cuando las alas se llenan de aire,

Latinoamérica

cuenta

Latinoamérica cuenta

© 2025, del texto: Agostina Melina Hernández Portillo, Alicia Meza Geron, Álvaro Bravo G., Álvaro Javier Quiroz Mestra, Ana Isabel Tamayo López, Ana Vélez Lotero, Angie Daniela Ramírez Rojas, Bruno Rodrigo Trucios Chacón, Carlos Alberto Rueda Reyes, Carlos Andrés Rojas Correa, Carlos Andrés Tabares Arboleda, Carlos Francisco Soler Peña, Carlos Manuel Hernández Sánchez, Carolina Blanco Cruz, Christian Paul Acevedo Osorio, Christian Philippe Cartagena García, Daniel Gutiérrez Monsalve, Daniela Lugo Salazar, Daniela Tapia Magaña, Dayana Carolina Blanco Hidalgo, Édgar Marcel Turizo Poveda, Emiliano Cervera Hernández, Emmanuel Vallejos Pinto, Gabriel Espinoza Fincheira, Gabriela Palomino Meneses, Gabriela Vasconcelos Soares, Ginethe Carolina Bedoya Acevedo, Gonzalo Carlos Clever de Souza Ferreira, Ibett Tatian Figueroa Salazar, Isabella Alzate Roldán, Ivette Elisa García Merino, Javier Eduardo Caro Miranda, Jennifer Luján Sánchez, Jennifer Murillo Mendoza, José Fernando Durand Lazo, Juan Camilo Arroyave, Juan Camilo Galeano Orozco, Juan Pablo Valencia Ocampo, Julia Correa Upegui, Julián Andrés Montoya Palacio, Kamille Vitória Bezerra Pereira, Laura María Ceballos Ramírez, Laura Valentina Chavarro Martínez, Leandro Alarcón López, Leslie Nery Humareda Cornejo, Lina Elizabeth Casanova García, Lina Sofía Ocampo Sariego, Luis Felipe Báez Jara, Luisa Alejandra Rodríguez Ibarra, María Camila Calderón Ardila, María Pía Ramos Borgia, Marisol Quezada Núñez, Martha Rodríguez Martínez, Milena Zikan Isidio de Oliveira, Moisés Manuel Díaz Pérez, Mónica del Carmen Arellano Rojas, Mónica Marallano Mejía, Mónica Yadira Rosales Gutiérrez, Nadia Arango, Natali Ayala Rivera, Natalia Gómez Pardo, Natalia Medina Jiménez, Nobel Herrera, Odalys Nohemy Madariaga Castillo, Óscar Yony Muriel Narváez, Paola Andrea Galeano Hincapié, Patricia Ceceña, Pedro Antonio Hernández Juárez, Rosalina Vargas Valdez, Sandra Milena Barrera Castro, Sandy Saneth Sierra Villa, Sebastián Giraldo Restrepo, Susana Orrego Villegas, Valentín Martínez Rico, Wilson Arley Cuy García, Yatziri Adriana Pérez Cruz, Yessenia Ospina Quintero, Yineth Soto Arbeláez.

© 2025, de la ilustración: Carolina Garzón Blanco

© 2025, de la traducción páginas 19-20, 72-73,

95-96: Vinicius dos Santos da Silva

© 2025, de esta edición: Grupo SURA

Ilustradora: Carolina Garzón Blanco

Edición y diseño: Rey Naranjo Editores

Impresión: Grupo HOLA S.A.S.

ISBN 978-628-7589-75-9

Primera edición, octubre de 2025

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Ricardo Jaramillo Mejía
Presidente Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid
Presidente Suramericana

Ignacio Calle Cuartas
Presidente SURA Asset Managment

Comité Cultural

Carlos Arturo Fernández Uribe
Juan Luis Mejía Arango
Juliana Restrepo Tirado
Ana Cristina Abad Restrepo
Jennifer Murillo Mendoza
Juliana Andrea Henao Alcaraz
Paula Cecilia Villegas Hincapié

Comité de Selección

Fernanda Álvarez, editora (MEX)
Jose Árdila, escritor y editor (COL)
Yenny León, escritora, docente y gestora cultural (COL)

Contenido

Presentación 9	El color del amanecer 33
GRUPO EMPRESARIAL SURA	SANDY SANETH SIERRA VILLA
TERRITORIO, NATURALEZA Y PAISAJE 11	Jioró sobre las palmas de cera 34
	YINETH SOTO ARBELÁEZ
Los días dorados de Puerto Leguizamo 13	TERRITORIO E INFANCIA 37
IBETT TATIAN FIGUEROA SALAZAR	Una tarde de fútbol callejero 38
Un lugar llamado Xochitepec 15	CHRISTIAN PAUL ACEVEDO OSORIO
EMILIANO CERVERA HERNÁNDEZ	Los niños van mulatiando 40
La promesa del río Bitá 17	SEBASTIÁN GIRALDO RESTREPO
ODALYS NOHEMY MADARIAGA CASTILLO	Desarrollo rural en tiempos de TikTok 41
Asas sobre Medellín 18	NADIA ARANGO
MILENA ZIKAN ISIDIO DE OLIVEIRA	Las manos de mamá 43
El grano que da vida 21	GINETHE CAROLINA BEDOYA ACEVEDO
NATALIA GÓMEZ PARDO	El día que olía a lirios de mayo 44
Isaac ataca así 23	LAURA MARÍA CEBALLOS RAMÍREZ
LUIS FELIPE BÁEZ JARA	Creciendo 46
Un extraño ha llegado 26	SANDRA MILENA BARRERA CASTRO
CARLOS ALBERTO RUEDA REYES	Juanito «el que viste bonito» 48
El cerro de Santiago 28	ÁLVARO JAVIER QUIROZ MESTRA
GABRIEL ESPINOZA FINCHEIRA	Canaletal 50
Amores andinos 29	ANA VÉLEZ LOTERO
LEANDRO ALARCÓN LÓPEZ	A dónde llegarán estos piecitos 52
Las sirenas del Coropuna 31	SUSANA ORREGO VILLEGAS
JOSÉ FERNANDO DURAND LAZO	TERRITORIO Y FAMILIA 55

Donde se mecen los recuerdos	56	TERRITORIO,	
MARÍA CAMILA CALDERÓN ARDILA		CULTURA Y TRADICIÓN	83
El aroma a familia	58	El guía del Mictlán	84
DANIELA TAPIA MAGAÑA		MÓNICA DEL CARMEN ARELLANO ROJAS	
Otro día más de una vida menos	60	Luz en Saint-Sulpice	86
LUISA ALEJANDRA RODRÍGUEZ IBARRA		GONZALO CARLOS CLEVER	
Mamita	62	DE SOUZA FERREIRA	
EMMANUEL VALLEJOS PINTO		El merengue y yo	88
La fiesta de mi abuelo	64	LEANDRO ALARCÓN LÓPEZ	
DANIEL GUTIÉRREZ MONSALVE		Kum Ba Yah	90
Sabores inolvidables	66	CARLOS MANUEL HERNÁNDEZ SÁNCHEZ	
MÓNICA MARALLANO MEJÍA		La voz de la mazamorra	92
El valle que vive en mi abuela	68	PAOLA ANDREA GALEANO HINCAPIÉ	
YESSSENIA OSPINA QUINTERO		Sou du soul	94
Lá Onde a Água Reza Junto	70	GABRIELA VASCONCELOS SOARES	
KAMILLE VITÓRIA BEZERRA PEREIRA		La noche naranja en	
Hotel Mamá	74	el Día de Todos los Santos	97
CARLOS ANDRÉS ROJAS CORREA		MARTHA RODRÍGUEZ MARTÍNEZ	
La memoria de la tierra	76	El tintineo que baila	100
MARISOL QUEZADA NÚÑEZ		NATALIA MEDINA JIMÉNEZ	
Abuela, ¡en mayúscula!	78	La bruja del pueblo	103
DAYANA CAROLINA BLANCO HIDALGO		ALICIA MEZA GERON	
Las manos de mi madre	80	Cuando el viento susurró	105
CARLOS ANDRÉS TABARES ARBOLEDA		JENNIFER LUJÁN SÁNCHEZ	

El último taco en la avenida Revolución	107	Un santuario con olor a sueños	130
PATRICIA CECENA		LINA ELIZABETH CASANOVA GARCÍA	
Cruce de caminos (El acordeón mágico)	108	Raíces en la memoria	132
ÉDGAR MARCEL TURIZO POVEDA		LESLIE NERY HUMAREDA CORNEJO	
Entre cañas y flautas	110	El rumor de tres tierras	134
MOISÉS MANUEL DÍAZ PÉREZ		CARLOS FRANCISCO SOLER PEÑA	
Donde vuelven los que amamos	112	Un viaje sin fronteras	136
IVETTE ELISA GARCÍA MERINO		ÁLVARO BRAVO G.	
TERRITORIO E IDENTIDAD	115	Arepita boyacense	138
		WILSON ARLEY CUY GARCÍA	
Cuando cae la lluvia	116	Latidos del continente	140
JUAN CAMILO GALEANO OROZCO		LAURA VALENTINA CHAVARRO MARTÍNEZ	
Una historia cotidiana	119	TERRITORIO Y CONFLICTO	143
CHRISTIAN PHILIPPE CARTAGENA GARCÍA			
¡Van a caer maridos!	121	¿Invisible?	144
ANA ISABEL TAMAYO LÓPEZ		JULIÁN ANDRÉS MONTOYA PALACIO	
Mi pequeño gran universo	123	Memoria del dolor en el río San Jorge	147
MARÍA PÍA RAMOS BORGIA		LINA SOFÍA OCAMPO SARIEGO	
Le llaman tercermundista, ¡pero es mucho más!	126	Estaremos bien	149
CAROLINA BLANCO CRUZ		PEDRO ANTONIO HERNÁNDEZ JUÁREZ	
Sora	128	Los otros	152
MÓNICA YADIRA ROSALES GUTIÉRREZ		JUAN CAMILO ARROYAVE	
		Un Juan de Dios que nunca fue de Dios	155
		ISABELLA ALZATE ROLDÁN	

La camisa de Abelino	157	Mundo desbordante	175
CARLOS ANDRÉS TABARES ARBOLEDA		ROSALINA VARGAS VALDEZ	
Recogiendo sus pasos	159	El hilo eterno de	
YATZIRI ADRIANA PÉREZ CRUZ		María Teresa, mi abuela	177
		ÓSCAR YONY MURIEL NARVÁEZ	
Ahora vivo y no sobrevivo	161	Alguna vez fuimos ángeles	179
ANGIE DANIELA RAMÍREZ ROJAS		BRUNO RODRIGO TRUCIOS CHACÓN	
Un breve cuento Pacífico	163	Entre dichos y aromas	181
JENNIFFER MURILLO MENDOZA		JAVIER EDUARDO CARO MIRANDA	
TERRITORIO		Un relato bien al Sur	183
Y MEMORIA	165	AGOSTINA MELINA HERNÁNDEZ PORTILLO	
Mi viaje a Ayacucho	166	Indeleble	185
GABRIELA PALOMINO MENESES		JULIA CORREA UPEGUI	
El viejo Guillo	168	Memorias de Navidad	187
DANIELA LUGO SALAZAR		NOBEL HERRERA	
Cuando el tiempo se detiene		El reencuentro	189
en una piedra preciosa	171	VALENTÍN MARTÍNEZ RICO	
NATALI AYALA RIVERA			
El grito de vida en		Ilustradora	191
el corazón de Medellín	174	CAROLINA GARZÓN BLANCO	
JUAN PABLO VALENCIA OCAMPO			

Presentación

Desde 2017 *Latinoamérica cuenta* ha recorrido —desde lo literario— los países donde SURA tiene presencia y ha construido un mosaico narrativo que evidencia la diversidad de la región: su riqueza cultural, social y geográfica, y unas formas propias de narrar la vida en cada lugar del continente. A lo largo de los años, títulos como *México cuenta*, *Colombia cuenta*, *Uruguay cuenta*, entre otros, compilan relatos de escritores que visibilizan, desde múltiples orillas y formas, la complejidad y belleza de esta región en la que compartimos una identidad en medio de contrastes.

Este año, en el marco de la celebración de los 80 años de SURA, nos alegra presentar esta edición especial. Por primera vez *Latinoamérica cuenta* invitó de forma directa a quienes construyen día a día la historia de la compañía: sus empleados, por medio de una convocatoria de escritos que surge con la intención de abrir un espacio para vivir las artes como parte de la esencia de SURA.

El resultado es esta publicación colectiva, formada por 80 relatos breves —de ficción y no ficción— que nacen desde adentro, desde el corazón de quienes trabajan en los países donde SURA tiene presencia. En algunos textos los autores se acercan con experiencia, en otros con la frescura de quien asume la escritura como un reto nuevo; todos celebran la posibilidad de narrar y compartir aquello que pasa en nuestra tierra, a través de personajes entrañables, paisajes familiares, anécdotas sorprendentes, realidades y guiños culturales propios.

En esta selección SURA reafirma su respeto por las voces individuales y por las distintas maneras de observar la realidad, reconoce y respeta la creatividad de sus autores; sin duda este volumen ofrece un mapa íntimo de nuestra América Latina, contada desde quienes la caminan, la trabajan, la sueñan. En estas páginas se conjugan miradas diversas que reafirman lo que somos: una región llena de historias que nos identifican y nos unen.

Que sus ojos también se vean reflejados en estas páginas.

Grupo Empresarial SURA

01

Territorio, naturaleza y paisaje

LATINOAMÉRICA CUENTA



Los días dorados de Puerto Leguízamo

Ibett Tatian Figueroa Salazar

SEGUROS SURA, COLOMBIA

En el corazón verde del sur colombiano, donde el Putumayo toca la selva con brazos de río y canto de aves, regresó Tani, una niña de siete años, a su tierra natal: Puerto Leguízamo. Había pasado una larga temporada en la capital. El reencuentro fue cálido, bañado en sol, polvo y abrazos. Su madre la recibió con lágrimas de alegría y un corazón rebosante. El calor era denso, casi líquido, y el traqueteo del jeep que la llevaba junto a sus padres desde el aeropuerto se mezclaba con el zumbido de las avionetas y el murmullo de la selva. Era 8 de enero, cumpleaños de su tía favorita, y el sol parecía celebrar también, brillando con una intensidad cegadora. Pero como si la selva misma quisiera darle la bienvenida, una nube gris cubrió el cielo y un aguacero tropical cayó con fuerza, refrescando la tierra y el alma. Ya instalada, Tani comenzó a descubrir los aromas de su tierra: el perfume del pasto recién mojado, el dulzor de las flores silvestres, y ese olor inconfundible de la lluvia al besar la tierra caliente. Esa noche, la electricidad se fue, como solía pasar en los años ochenta. Pero la oscuridad no trajo miedo, sino magia. Las luciérnagas salieron a bailar, y Tani, acurrucada en el pecho de su padre que le cantaba un vallenato suave, preguntó con asombro:

—¿Qué son esas lucecitas, papi?

—Son luciérnagas, hija —respondió él con ternura. Y ella, maravillada, repitió la palabra como si fuera un hechizo.

Al amanecer, un gallo anunció el nuevo día. Tani corrió al patio y descubrió un mundo que parecía salido de un cuento: gallinas, polluelos, árboles frutales cargados de mango, aguacate, guayaba, lulo, limón, coco, uva y hasta una tortuga que se deslizaba lentamente entre las hojas. Todo era nuevo y, al mismo tiempo, familiar. Ese día, su madre la llevó al río. Montó por primera vez en lancha, se zambulló en las aguas del

gran río Putumayo y, con suerte de aventurera, vio un delfín rosado y un manatí. Al mediodía, probó cachama ahumada con tacacho, acompañada de jugo de carambolo y como postre un delicioso pomo roso. Cada bocado era una revelación. Más tarde, saboreó envueltos de maíz y chicha, y su paladar se llenó de historia.

La noche trajo de nuevo el concierto de la selva: grillos, ranas y el parpadeo de las luciérnagas. Tani se durmió feliz, abrazada por la selva. Al día siguiente, visitó la galería del pueblo con su abuela. Allí, entre risas y abrazos, probó lechona con chocolate caliente, y más tarde un espeso batido de guayaba con pan de mantequilla recién horneado. Cada tienda era una parada de cariño, cada sabor un recuerdo nuevo.

Luego, junto a sus padres, visitaron el cementerio, un lugar rodeado de vegetación y pequeñas criaturas; el lugar tenía un aire solemne. Su madre le mostró las tumbas de familiares que Tani no llegó a conocer. Colocaron flores, limpiaron las lápidas, y regresaron al hogar con el corazón lleno. Esa noche, la sorpresa fue mayúscula: una bicicleta nueva. Tani no durmió de la emoción. Ella nunca había montado una bici, pero aprendió con rapidez. Pronto, junto a su amiga Mary, recorría el pueblo entero. El paseo en bicicleta se convirtió en su experiencia más gloriosa. Desde su casa hasta el hospital naval, cada pedaleo era una sinfonía de libertad. El viento le acariciaba el rostro, su cabello danzaba con la brisa, y los colores del pueblo, las mariposas, las flores, los pájaros, se mezclaban en un cuadro vivo que jamás olvidaría. El colegio José María Hernández la recibió con sus patios amplios y monjas sonrientes; jugó, aprendió y soñó.

Pero el año pasó volando, y llegó el momento de regresar a la capital. Desde la ventanilla de la avioneta, Tani miró por última vez su pueblo. Aún sentía en su paladar el sabor del tacacho, y en los ojos el resplandor de las luciérnagas y los trajes majestuosos de las mariposas y colibríes, y podía oler aún el aroma de la lluvia. Le dijo a su madre:

—Aquí es donde aprendí a soñar, donde el río me cuenta historias y los recuerdos huelen a selva.

Un lugar llamado Xochitepec

Emiliano Cervera Hernández

SURA INVESTMENTS, MÉXICO

Xochitepec significa «cerro o montaña de flores» en náhuatl, derivado de «xōchi» (flor) y «tepetl» (cerro). Este nombre refleja la belleza natural de mi pueblo que está ubicado en una zona montañosa y que es conocido por sus flores.

Esta montaña es un lugar que resalta por sus celebraciones religiosas y el nombre de este poblado se debe a que los jardines rebosaban de árboles de guayaba, buganvillas con esos colores impresionantes, dalias, cazahuates y nenúfares con sus bellos tonos azules.

Clima perfecto, tierra fértil. Donde los mismos pobladores caminaban largos senderos, descalzos, con machete y sombrero.

La llegada del otoño era una fiesta para celebrar a su patrono. Las campanas de la iglesia no dejaban de sonar, mientras las calles vestían de un colorido sin igual.

La cocina es y ha sido parte de sus ricas tradiciones, un pequeño mundo mezclado de sabores, color y aroma hacen que su comida sea una experiencia inigualable. Pozole, mole, tostadas, tacos, elotes, atoles y sus exquisitos tamales de ceniza, atraen constantemente a muchos curiosos.

La danza de los tecuanes ha sido y seguirá siendo una parte importante para el festejo, representa una batalla entre jaguares y cazadores, mientras que los Huehues son una burla a los españoles y las élites novohispanas. Suenan tambores y flautas, y van de generación en generación, imitando los niños a sus padres y abuelos.

La iglesia se llena con veladoras, San Juan Evangelista, patrono del pueblo, es cargado por los mayordomos. Con trajes blancos y rosarios en cuello, pasan por las viviendas que a su vez son decoradas con caminos de pétalos, y grandes altares repletos de flores. Es como si el tiempo abriera paso entre el incienso, los olores y el gran colorido.

Trajes típicos de manta bordada, música y mucha celebración hace que en Xochitepec todo florezca, la fe, la tierra y la amistad de todos los que vivimos ahí. Nuestro corazón late con fuerza a través de su historia.

La promesa del río Bitá

Odalys Nohemy Madariaga Castillo

SEGUROS SURA, COLOMBIA

En el corazón de Vichada, donde el sol abraza los días y las noches resueñan con el canto de los grillos, corre el majestuoso río Bitá. Dicen los ancianos sikuani que sus aguas no solo alimentan la tierra, sino también la memoria de los pueblos.

Odalys, una joven de Bogotá, auxiliar de punto de IPS Sura Santa Bárbara, fue asignada a una jornada de atención rural para dar charlas informativas de diversos temas. Nunca había estado tan lejos del concreto y del ruido. Al llegar, la recibió Doña Clara, una partera indígena que le enseñó que allá la medicina también brota de los árboles, del silencio y de la escucha.

Mientras atendía a las familias, Odalys descubría un mundo nuevo: niños que aprendían a nadar con toninas, ancianos que leían las nubes, mujeres que tejían mochilas con hilos teñidos de frutos silvestres. Cada gesto era parte de una herencia milenaria que no cabía en manuales.

Una tarde, mientras caminaban junto al río, Doña Clara le dijo:

—El Bitá no es solo agua. Es espíritu. Si le hablas con respeto, él te muestra el camino.

Odalys cerró los ojos, escuchó el canto de los pájaros y sintió que algo dentro de él también comenzaba a fluir distinto. Esa noche escribió: «Aquí todo es distinto, pero nada es ajeno. Me siento parte de algo más grande que yo».

Tiempo después, ya de regreso en Bogotá, Odalys lideró desde su rol en Sura un programa de salud intercultural. En cada charla hablaba del Bitá, de Doña Clara, y de la promesa que se hizo: nunca olvidar que la verdadera salud también nace en las raíces, en los relatos, en cómo un pueblo cuida su tierra y su gente.

Asas sobre Medellín

Milena Zikan Isidio de Oliveira

SEGUROS SURA, BRASIL

Luara sempre foi fascinada por voos. Não os de avião, mas os das aves. Cresceu no interior de São Paulo, e em meio a matas e cantos que se tornaram sua trilha sonora favorita. O sonho? Ser bióloga especializada em aves. Mas não em qualquer lugar: na Colômbia, onde a biodiversidade alada é uma das mais ricas do mundo. Mesmo amando o Brasil com cada pedaço de sua alma, sentia que seu destino batia asas rumo ao norte.

A realidade, no entanto, era outra. Trabalhos temporários, faculdade adiada, e um caderno cheio de desenhos de aves tropicais. Até que, no seu aniversário de 25 anos, sua melhor amiga Clara, apareceu com um envelope e olhos brilhando. Dentro, havia duas passagens: uma aérea para Medellín e outra para um novo começo. Clara tinha pago um mês de aluguel num pequeno apartamento.

“É hora de voar, Luara”, disse ela, sorrindo.

Com lágrimas nos olhos e o coração acelerado, Luara embarcou rumo ao desconhecido. Medellín a recebeu com céu azul, aromas de café e cantos de pássaros que ela nunca ouvira antes. No segundo dia, decidiu fazer um tour pelas trilhas da região. Foi quando conheceu Jonas, o guia turístico. Moreno, gentil, com olhos que pareciam entender a linguagem das árvores. Durante a semana, ele trabalhava na *empresa Sura*, mas nos fins de semana era guia e amante da natureza.

Luara se encantou não só com a floresta, mas com ele; falava das aves como quem fala de velhos amigos. “Esse é o barranquero — sempre canta antes da chuva”, disse, apontando com ternura. Em cada passeio, Luara aprendia mais, não apenas sobre aves, mas sobre ela mesma. Era como se tivesse encontrado seu ninho, longe de casa, mas profundamente familiar.

Incentivada por Jonas e por sua própria coragem recém-descoberta, Luara se inscreveu na universidade. Coursar biologia na Colômbia parecia impossível meses atrás, mas agora era parte da sua realidade. O início foi

difícil: idioma, burocracia, saudades. Mas também havia o brilho dos olhos quando avistava um tucaninho pela primeira vez, o cheiro dos livros novos, e a mão firme de Jonas, sempre ao seu lado.

Os anos passaram como um voo em céu calmo. Luara fez estágio em reservas naturais, apresentou trabalhos em congressos e publicou um artigo sobre migração de aves entre o Brasil e a Colômbia. E no dia da sua formatura, Jonas estava lá com um colar. Tinha um pingente com três aves lado a lado — um desenho que Luara havia visto anos antes, em uma vitrine da empresa onde ele trabalhava, e que nunca esquecera. Agora, ele a apresentava com aquele símbolo que falava de jornada, amor e pertencimento.

Naquela noite, eles subiram juntos uma trilha. Sentaram-se no alto de uma pedra, e observaram um bando de andorinhas atravessando o céu dourado do entardecer. Luara fechou os olhos e sorriu.

E naquele entardecer, com o coração leve, Luara soube...finalmente, tinha aprendido a voar.

Alas sobre Medellín

A Luara siempre le han fascinado los vuelos. Pero no el de los aviones, sino el de las aves. Creció en el interior de São Paulo, rodeada de bosques y cantos que se convirtieron en su banda sonora favorita. Su sueño: ser bióloga especializada en aves. Pero no en cualquier lugar, sino en Colombia, donde la biodiversidad alada es una de las más ricas del mundo. Aunque amaba Brasil con cada parte de su alma, sentía que su destino la llevaba hacia el norte.

La realidad, sin embargo, era otra. Trabajos temporales, universidad aplazada y un cuaderno lleno de dibujos de aves tropicales. Hasta que, en su cumpleaños número veinticinco, su mejor amiga Clara apareció con un sobre y los ojos brillando. Dentro había dos billetes: un boleto de avión a Medellín y otro hacia un nuevo comienzo. Clara había pagado un mes de alquiler en un pequeño apartamento.

—Es hora de volar, Luara —le dijo sonriendo.

Con lágrimas en los ojos y el corazón acelerado, Luara partió hacia lo desconocido. Medellín la recibió con un cielo azul, aroma de café y cantos

de pájaros que nunca antes había escuchado. Al segundo día, decidió hacer un recorrido por los senderos de la región. Fue entonces cuando conoció a Jonas, el guía turístico. Moreno, amable, con ojos que parecían entender el lenguaje de los árboles. Durante la semana, Jonas trabajaba en Sura, pero los fines de semana era guía y amante de la naturaleza.

Luara quedó encantada no solo con el bosque, sino también con él, que hablaba de las aves como quien habla de viejos amigos. «Este es el barranquero, siempre canta antes de que llueva», dijo, señalándolo con ternura. En cada paseo, Luara aprendía más, no solo sobre las aves, sino también sobre sí misma. Era como si hubiera encontrado su nido, lejos de casa, pero profundamente familiar.

Animada por Jonas y por su recién descubierta valentía, Luara se matriculó en la universidad. Estudiar biología en Colombia parecía imposible hacía unos meses, pero ahora era parte de su realidad. El comienzo fue difícil: el idioma, la burocracia, la nostalgia. Pero también estaba el brillo de sus ojos cuando avistaba un tucán por primera vez, el olor de los libros nuevos y la mano firme de Jonas, siempre a su lado.

Los años pasaron como un vuelo en un cielo tranquilo. Luara hizo prácticas en reservas naturales, presentó trabajos en congresos y publicó un artículo sobre la migración de aves entre Brasil y Colombia. Y el día de su graduación, Jonas estaba allí con un collar. Tenía un colgante con tres aves, una al lado de la otra, un diseño que Luara había visto años antes en un mostrador de la compañía donde él trabajaba y que nunca se le había olvidado. Ahora, él le regalaba ese símbolo que hablaba de viaje, amor y pertenencia.

Aquella noche, subieron juntos por un sendero. Se sentaron en lo alto de una roca y observaron una bandada de golondrinas cruzando el cielo dorado del atardecer. Luara cerró los ojos y sonrió.

Aquella tarde, con el corazón ligero, Luara supo que, por fin, había aprendido a volar.

El grano que da vida

Natalia Gómez Pardo

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Sobre las montañas de Salento, el sol naciente augura la llegada de otra mañana acalorada.

Muchas semillas hablan entre sí acerca de sus sueños, planes e incluso miedos. Una le dice a otra: «Yo le daré energía a familias enteras, como lo hacen los mejores cafés de Colombia». La otra le responde: «A mí me exportarán porque soy arábica del Eje Cafetero», y la más pequeña les dice: «Yo quiero llegar a un libro de relatos», mientras las palmas escuchaban y se burlaban de ellas, respondiéndoles: «Dejen de soñar, están contaminando el cultivo. Hasta Caturra ha olvidado para qué ha venido a este mundo».

Caturra siempre se cuestionaba por qué su sueño era tan distinto al de los demás. Unas querían terminar siendo servidas en banquetes, otras querían ser acompañantes deportivas, y ella solo soñaba con poder perpetuar su existencia. Meses después, Caturra empezó a notar cómo las demás comenzaban a brotar, cuestionándose a sí misma sobre su crecimiento, hasta que llegó la cosecha y fue la única que siguió viendo amaneceres interminables, mientras las palmas le susurraban: «Caturra, es mejor que abandones tu sueño. Nos han contado que tus iguales ya han cumplido sus propósitos y tú sigues aquí, en el mismo lugar, del mismo tamaño y con esa esperanza intacta de trascender en el tiempo. Deja de soñar con llegar a un libro cuando tú muy bien sabes para qué fuiste creada».

Esas palabras calaron hondo en su alma, y esa noche, Caturra, totalmente afligida, empezó a rumiar: «¿Para qué fui sembrada si no iba a florecer?». De inmediato comenzó una tempestad, Caturra no paraba de llorar y de recordar la cantidad de amaneceres y atardeceres vividos, amores fallidos y sueños incomprensidos, hasta que decidió invocar a sus ancestros: «Abuelos Bourbones, he decidido convertirme en una de

ustedes. Pase lo que tenga que pasar, reclamo mi poder y no volveré a pasar una puesta de sol en este lugar. Ya no elijo ser una mutación de ustedes, porque mis sueños van más allá de sus expectativas».

Una vez hecha esta declaración, se cerró el pacto con un trueno fulminante que dejó sin luz toda la parcelación.

A la mañana siguiente, una niña llega al cafetal con su padre. Mientras él se prepara para reparar el daño eléctrico, ella sale a jugar y a bailar como lo hacía con su abuela Elena, a quien admiraba por su fogosidad, fortaleza y sabiduría legítima. Ella le enseñó a cuidar la tierra como a cuidarse a sí misma y le habló de la importancia de la paciencia y de lo efímero del tiempo.

Andrea, perdida en sus pensamientos y recordando a su abuela, tropieza y pierde la conciencia por un par de minutos. Allí se encuentra con ella, escarbando la tierra de dónde saca una semilla que, al despertar, Andrea sostiene en su pecho. La mira, la ve intacta, hermosa, aunque sin vida aparente, y decide guardarla para convertirla en su amuleto perfecto, como recuerdo de las enseñanzas de su abuela.

Años después, la niña crece, estudia y se vuelve escritora. En su escritorio siempre la acompaña una taza de café, inspirada en una semilla que conserva como el recuerdo de los días más bellos junto a su familia en las montañas. A nadie le dice por qué la guarda, pero para ella es el símbolo que le recuerda lo efímero del tiempo que la inspira ante cada nueva hoja en blanco.

Hay quienes nacen para dar fruto, y quienes nacen para despertar raíces en otros.

Isaac ataca así

Luis Felipe Báez Jara

AFP CAPITAL, CHILE

La frase se repetía en la mente de Isaac aquella ambigua mañana de mayo.

Geólogo de 44 años, hombre de familia y oriundo de Punta Arenas, Isaac trabajaba para una minera en Arica, literalmente el punto más lejano de su hogar dentro del país. Su rutina consistía en un agotador turno 7x7: siete días entre faena y laboratorio, seguidos por siete días libres.

Mentalmente, simplificaba ese ciclo como una jornada bíblica de 168 horas activas, seguidas de 168 horas de reposo. Algo así como una relatividad circadiana que marcaba su ánimo, moldeando un carácter particularmente volátil. Sospechaba a ratos que era bipolar, oscilando entre una prolífica lucidez creativa y una depresión estacionaria. Pese a ello, se sentía conforme en esa paradoja, reconociendo una inesperada forma de felicidad en su capacidad de resiliencia.

Con estas reflexiones abordó estoicamente el bus rumbo a casa, debatiéndose entre la alegría del retorno y la melancolía de alejarse temporalmente de su musa prometeica. Al sentarse en el asiento 22, frente a una anciana con un gato blanco dormido en sus brazos, Isaac sonrió insistentemente. Había algo familiar en ella.

El vehículo avanzó lentamente, e Isaac, contemplando por la ventana, observó cómo el paisaje se transformaba en una película antigua. Palmeras, un mar tranquilo bajo nubes suaves y plazas verdes repitiéndose en escalas menores, como un fractal caleidoscópico vivo que armonizaba con el ruido blanco del motor.

Hipnotizado por esas imágenes, se quedó dormido. Soñó con una escena similar pero ubicada en otro tiempo. En su sueño viajaba en tren, espectador de sí mismo, sumergido en una amalgama sepia de adobe y paisajes del norte chileno. El ritmo metálico del tren adornaba ese mundo onírico.

Un chirrido de gato lo sobresaltó, desdoblándolo como parálisis del sueño, pasando de espectador a protagonista. Despertó, aún inmerso en su universo atemporal. Frente a él, la anciana sonreía y el gato parecía soñar su propio sueño. Entonces ella habló:

—Isaac no ronca, Isaac ataca así.

Confundido pero sonriente, respondió:

—Somos tocayos, yo también me llamo Isaac.

Aceptando esta nueva narrativa, volvió su mirada al paisaje ahora desértico. El tren avanzaba por las tierras del Norte Chico, donde ya no se vislumbraba mar, sino montañas rojizas con manchas verdes y cortes rectos que dibujaban una geomorfología perpendicular al suelo. Un abanico de capas calizas multicolores emergía, como si el tiempo y la gravedad hubiesen cocinado un pastel que la humanidad cortó hambrienta.

En una planicie distante, pequeñas casas campesinas aparecían habitadas por figuras con vestimentas altiplánicas. Mujeres cargaban tejidos multicolores que parecían una sofisticada forma de arte ancestral. Más lejos aún, llamas y alpacas se desplazaban lentamente hacia un misterioso destino.

Isaac sintió que algo dentro de él se abría lentamente, como si ese paisaje evocara recuerdos de otras vidas.

Avanzó hacia el sur en capas más hondas de sueño. Cada estación era una regresión dantesca: el norte, cargado de nostalgia por lo perdido, dio paso al caos urbano de la región central, donde sus pasiones quedaron atrapadas en la inercia performativa. Luego vino el sur profundo, territorio fértil de reencuentro con su yo original: «Pachamama», pensó Isaac. En cada nivel evocaba rostros y anécdotas familiares, veladas referencias a su propia Odisea: Circes que fueron amores, Tiresias como viejos mentores, incluso un pícaro organillero, quijotesco y soñador. Así, navegando entre recuerdos y sueños dentro de sueños, Isaac no sabía si iba o venía, extraviado como en un palíndromo vital, un ouroboros narrativo que se creaba y percibía a sí mismo, una hermosa paradoja de autorreferencia, que lo condujo finalmente ante su propio Estigia, listo para cruzarlo y entenderse.

—Isaac ataca así —se oyó de pronto.

Isaac despertó, sobresaltado. La anciana seguía allí, el gato dormía, el bus... aún no partía, e Isaac reía.

Un extraño ha llegado

Carlos Alberto Rueda Reyes

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Cierto día salió a pasear la conejita Eli, llevaba consigo una cinta rosa en su cabeza, muñequeras y tobilleras del mismo color contrastaban con su blanco pelaje y el rosa del interior de sus orejitas y almohadillas de patas y manos. Inició una carrera rápida, veía borrosos sus vecinos que salían a saludar su raudo pasar, los seis hijos de Zar la zarigüeya la animaban a ir más rápido.

Divisó el final del camino y de repente se detuvo; llegó al borde del bosque donde el camino se convertía en pradera despejada. No es usual ver conejos deambular en campos despejados ya que son blanco fácil para zorros y águilas al no tener donde refugiarse.

Encontró un viejo árbol derribado al costado del camino; era grande, tanto que no permitía ver lo que había del lado opuesto. De repente escuchó un aullido laaaargo acompañado del sonido de las ramas:

—Auuu...yajuuuaaa... ¡Y aquí estoy! —Remató el mono, apareciéndose frente a Eli como si hubiese caído del cielo...

—¡Me asustaste! —dijo Eli.

—Te agita por na' bebé, ¿que tu ta' haciendo? —dijo Pancho.

—No recuerdo que estuviese ahí ese árbol derribado, la última vez que recorrí el camino hacia el riachuelo estaba en pie.

—¡Desde arriba la' cosa' se ven mejo'! —dijo el mono.

Del otro lado del árbol caído vio un centenar en iguales condiciones, sus primos de cola peluda inertes en el suelo, serpientes, nidos de aves, don Zaru esposo de Zar, yerto junto a una piedra que lo había golpeado, un caos total. Sus pequeños ojos encharcados de lágrimas no daban crédito a lo que vio.

Ya muy lento y con descuidada acción fue bajando de la copa del árbol.

—¿Qué pasa? Dime qué viste...

El mono sin habla intentaba articular palabras, pero no era capaz de emitir sonido alguno.

—¿QUÉEEEE?

—Llegaron —dijo Pancho agachando su cabeza desconcertado.

Ya Pancho sabía por sus primos que había unos monos que no trepaban árboles, que no tenían pelo en sus cuerpos, que se movían lento por el bosque, que traían grandes máquinas que hacían mucho ruido, destruían los árboles, ensuciaban el agua y quien se pusiera en su camino era eliminado... al bosque había llegado el hombre.

El cerro de Santiago

Gabriel Espinoza Fincheira

SEGUROS SURA, CHILE

En Santiago, capital de Chile, el San Cristóbal es un cerro hito de la ciudad; es parte de las estribaciones que se proyectan desde los Andes hacia el valle. Yo, desde acá, a diario veo el lado norte de la ciudad. En el medio está el cerro, una pausa verde entre los edificios. Hoy no hay ciudad, no hay edificios ni cerro. Ni la luz del día permite ver más allá de unos pocos metros. La niebla lo ha envuelto todo y con ello me ha venido el mismo pensamiento de otras veces.

«Y si cuando la niebla se haya disipado ya no hubiera cerro, solo un gran espacio vacío en medio de la ciudad. Y si el cerro se fuese junto con la niebla», pienso.

Mientras, doy la espalda a la ciudad sin edificios ni cerro.

Amores andinos

Leandro Alarcón López

GRUPO SURA, COLOMBIA

Hacía ya dos horas que el viento helado de la cordillera acariciaba su cuerpo inerte. Pequeñas gotas de agua en forma de lágrimas se deslizaban sobre ella hasta caer en la arena, formando un círculo de diminutos charcos, como anunciando la preparación de un ritual funerario. Caía la tarde y el sol iluminaba la tierra con sus últimos destellos. Sentado a su lado, él la contemplaba, alternando la mirada con los enormes picos distantes por donde tantas noches y tantos días anduvieron juntos, inseparables.

Abajo, la algarabía de las voces anunciaba el regreso de los pequeños escolares que volvían de la escuela con sus historias sobre los juegos del recreo o las travesías que tenían que hacer cada día para ir a estudiar. Él los observaba desde lo alto con su mirada precisa, vigilante, y veía cómo se iban perdiendo entre las casas humildes hechas con tablas de madera y tejas de metal; casas que parecían multiplicarse cada noche, desperdigadas por la ladera amenazando con llegar hasta su refugio. «Tal vez fueron ellos», pensó. Algunas veces los adultos del caserío envenenaban el agua o la comida, asustados por las historias que ellos mismos inventaban sobre cabras, vacas o niños que aparecían muertos en los potreros, devorados por una bestia diabólica, mitad humana mitad reptil, que merodeaba por la montaña en busca de carne fresca.

O tal vez fue solo el desgaste causado por el frío inclemente de los Andes, por la falta de comida o por lo escaso del oxígeno. «Tal vez fue solo la muerte», dudó.

La volvió a mirar, y al hacerlo recordó la primera vez que la vio, majestuosa, imponente, con su largo cuello adornado por un collar blanco y como él había decidido acercarse, prudente, distante, pero sin dejar de mirarla, hasta que por fin se encontraron, se eligieron y empezaron

una historia de incondicional compañía en las soledades de la cordillera. Amaron la montaña. Viajaron por Santiago, Arequipa, Quito, Popayán, querían conocer el mundo entero. Ella fue su única compañera y él su único compañero. Juntos cuidaron de sus hijos, los alimentaron, los criaron hasta que un día los dejaron alzar sus propios vuelos.

Nunca hablaron de la muerte. No fue necesario. Era claro el pacto sagrado que los unía. Se necesitan: ellos se alimentan de ella y ellos son sus emisarios, barqueros alados que acompañan la inexorable transición de los cuerpos muertos, su regreso a la tierra, la vuelta al origen. Debió ser por eso que él no necesitó ninguna explicación para el impulso que lo atravesó en el mismo instante que supo de su muerte, simplemente lo aceptó, lo reconoció y lo obedeció.

Y justo cuando la luz del sol era tan solo un recuerdo amarillento que teñía el horizonte, él, el majestuoso cóndor de los Andes, batió sus enormes alas y ascendió, desplegó en lo más alto del cielo la imponente envergadura que componía la estructura negra y blanca de su cuerpo, se dejó llevar por la corriente, suspendido en el aire se deslizó sobre la cordillera y desde allí, el enorme buitре, el ave voladora más grande del mundo, se dejó caer en picada hasta el fondo, esta vez en busca de su propia muerte.

Las sirenas del Coropuna

José Fernando Durand Lazo

AFP INTEGRAL, PERÚ

En el departamento de Arequipa, provincia de Condesuyos, distrito de Chichas, se ubica un pueblo entre quebradas y con vistas al nevado Coropuna, llamado Queñuamarca. En este pueblo vivió mi abuelo paterno, llamado José Durand Ataucuri, quien me contó una increíble historia.

Era un día cualquiera. Mi abuelo regresaba a casa después de trabajar en las minas de San Juan de Churunga como obrero. En su cabeza llevaba un casco con linterna, en su mochila, su fiambre (lonchera de mano), y en su mano, un barrote de fierro que lo ayudaba en el paso del camino. Mi abuelo descendía por diferentes quebradas y cruzaba riachuelos para llegar a su pueblo, en una caminata de casi un día a pie.

Cerca de las once de la noche llegaba a las faldas de una penúltima quebrada, más cerca de su pueblo. Entre esa quebrada pasaba un riachuelo proveniente de un manantial nacido del nevado Coropuna. Al caminar, empezó a escuchar una armoniosa voz que lo llamaba por su nombre: «¡José!, ¡José!». Pensó que era un conocido del pueblo, así que no dudó en seguir la voz.

A medida que se fue acercando, todo el ambiente empezó a cambiar. El cielo se aclaró, los árboles y ramas desaparecieron, y solo el piso quedó verde por el pasto. Delante de él apareció un hermoso lago de aguas cristalinas. «Era como estar en el paraíso», comentó. Luego, aparecieron unas hermosas mujeres que fueron acercándose a él.

Mi abuelo estaba casi hipnotizado, no obstante, tuvo un toque de lucidez, pues no creía lo que estaba pasando. De pronto, las mujeres empezaron a quitarle los objetos que tenía encima mientras lo llevaban hacia el lago. En ese momento, una de las mujeres tomó el barrote de fierro. Ese contacto, con un leve forcejeo, hizo que mi abuelo reaccionara. Cerró los ojos y pegó un grito. Con su mano golpeó el barrote sobre una roca en el piso y ¡pum!, todo desapareció.

Mi abuelo se dio cuenta de que estaba en la parte más alta y peligrosa de la quebrada, cerca del abismo, donde era casi imposible acceder por las grandes rocas y pencas de la zona. Si hubiera caminado más, se habría caído al barranco. Aturdido por la situación, se percató de que en su mano aún tenía el barrote que nunca lograron quitar. Con miedo, trató de bajar por la difícil pendiente para luego subir al otro lado de la quebrada en dirección a su pueblo.

Al llegar, muy agitado, se encontró con sus amigos que celebraban un cumpleaños. Se sentó y se tomó un par de tragos de cañazo para aliviar el susto. Sus amigos preguntaban por qué estaba tan agitado. Mi abuelo, aún sin creer lo sucedido, empezó a contar su testimonio. Todos sus amigos pensaron que estaba bromeando, pero también asumieron que don José no era de jugar con esas cosas.

De pronto, se escuchó una voz de queja. Era don Gerardo, quien muy altaneramente dijo que no le creía nada y que él mismo iría a la quebrada a comprobar la versión. Mi abuelo le dijo que era peligroso y que mejor no fuera, pero su amigo insistió en que eran solo cuentos, mofándose frente a él. Mi abuelo no insistió más, pues asumió que su amigo solo reaccionaba así por el alcohol que llevaba encima.

Pasaron varios días y mi abuelo me contó que su amigo había desaparecido del pueblo; nadie lo encontraba. Hasta que, un día, una señora que después de pastear sus vacas bajó al riachuelo para que bebieran agua, se percató de un olor fétido que provenía de unos arbustos. Se asomó y vio el cuerpo sin vida de don Gerardo. Avisó a los del pueblo para que ayudaran a traer el cuerpo y poder velarlo.

Ese día, nadie habló de la causa de la muerte. Los lugareños solo asumieron que murió porque se resbaló y, desafortunadamente, su cabeza chocó con una de las grandes rocas que impregnaban la tierra.

Mi abuelo José, que en paz descanse, me dijo que ya nadie pasaba por esa quebrada a altas horas de la noche, y que su historia de las sirenas del Coropuna, como la titularon los lugareños, quedó como símbolo de respeto por la diversidad de eventos que existen en nuestra amada tierra.

El color del amanecer

Sandy Saneth Sierra Villa

SEGUROS SURA, COLOMBIA

—¡Es azul! —decía emocionada y casi eufórica Luisa, mientras María la miraba incrédula con una expresión sarcástica. «Solo en esa cabeza dura y rígida como el coral pétreo podría caber que una resplandeciente alborada fuera de ese color», pensaba.

Luisa corría por el borde de la playa, sus pies se fundían en la arena y el viento abrazaba cada uno de los pensamientos en los que navegaba. ¿Cómo no podría ser azul, si ese es el color con el que se coronan los picos más altos de las montañas que nos rodean? ¿Cómo no sería azul, si nuestros campos florecen gracias al riego de vida de los afluentes que bañan la tierra, luego labrada con tesón y valentía por los campesinos? Se negaba a ceder. Las dos jóvenes continuaban su camino, acompañadas por la brisa que alborotaba sus melenas rizadas y batía con entusiasmo las polleras de flores que su abuela había confeccionado en su vieja máquina de coser.

De pronto, al llegar a la curva donde la playa se abrazaba con el monte, el sol comenzó a asomarse lentamente, tímido pero resplandeciente. Luisa se detuvo en seco, tomó la mano de María con firmeza y señaló el horizonte.

—Mira —susurró—, no es solo el cielo... es todo. Es la esperanza, la calma, la memoria de lo que fuimos y el deseo de lo que queremos ser.

María guardó silencio. Por primera vez, no tuvo palabras sarcásticas. La alborada, bañada por una bruma suave y salobre, destellaba tonos azules, entre nubes y reflejos del agua. Y allí, bajo el cielo que parecía respirar con ellas, comprendió que a veces lo mágico no necesita explicación. Solo creer un poco más, mirar distinto... y dejarse tocar por el azul.

Jioró sobre las palmas de cera

Yineth Soto Arbeláez

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Te voy a contar una historia que debió ser susurrada de abuela a abuela hasta llegar a ti. Pero el tiempo, en su apuro, la olvidó. No culpo ni a ellas ni a los años que la dejaron atrás, esparcida como un eco en el viento. Pero si te la cuento, prométeme que, de vez en cuando, mirarás al cielo y recordarás aquello que hasta el cóndor andino sigue resguardando hasta hoy.

Hace muchos años, en un tiempo imposible de precisar, la vida en el continente Dorado cambió para siempre. Pueblos enteros fueron arrasados, y los pocos que lograron huir se convirtieron en caminantes, exiliados, sombras errantes condenadas al olvido.

Entre ellos, con ojos verdes como la selva y pies diminutos que apenas rozaban la tierra, iba una niña chamí llamada Jioró.

Sus padres, Dana y Do, eran jóvenes e inexpertos. Pero el miedo al sufrimiento los empujó a huir junto a su pueblo perseguidos por quienes los consideraban impuros, sometidos a la voluntad invisible de un redentor que nunca pidieron. Se adentraron en la selva sin imaginar su ferocidad, donde las bestias no eran solo jaguares y serpientes, sino también los invasores que llegaron desde otro continente, sin querer ni gloria ni paz.

La suerte nunca estuvo de su lado. La selva reclamó a Dana y a Do de forma prematura, dejando a Jioró sola.

Durante días vagó sin rumbo, con la tristeza pesándole más que el propio cansancio. La lluvia no cesaba, el hambre la carcomía y la esperanza de encontrar los brazos de sus padres se desvanecía con cada paso.

Finalmente, sus frágiles piernas cedieron y su cuerpecito se desplomó sobre la tierra húmeda.

El viento, que acarició su rostro mientras sus ojos verdes se apagaban, sintió una tristeza tan honda que intentó devolverle la vida.

Las montañas la llamaron, pero fue inútil. La lluvia cayó ligera sobre aquellas pequeñas manos que alguna vez sintieron, y en medio de la selva un abrazo intangible envolvió su ser.

El cielo, conmovido por esa pequeña criatura que deambuló noches y días en el más triste olvido, hizo un pacto con los espíritus del bosque. Les confió una tarea especial: encarnarse en palmas y crecer tan alto, pero tan alto, que pudieran llevar el alma de la niña hasta sus padres.

Ahora debes saberlo, porque cuando miras las palmas de cera seguramente Jioró está balanceándose entre ellas, riendo en su inocencia, estirando sus brazos alto para poder llegar al cielo.

Y sabrás que el cóndor de los Andes surca los cielos, sin más propósito en su vida, que volar más alto que ninguna otra ave, para asegurarse de que el alma de la pequeña chamí nunca quede atrapada en la tristeza.

02

Territorio e infancia

LATINOAMÉRICA CUENTA



Una tarde de fútbol callejero

Christian Paul Acevedo Osorio

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Como de costumbre después de clases, nos encontrábamos en la calle larga. Éramos alrededor de doce niños, la mayoría con la cara sucia y adornada con parches que se forman por el polvo y el sudor. El balón era blanco de parches rojos. Los equipos los escogían los dos niños más talentosos, Iván y Julio. Los arcos los hacíamos con dos piedras o ladrillos que buscábamos en los jardines. Era una tarde de sol radiante, cielo claro de escasas nubes y brisa fresca y se alcanzaba a apreciar el verde de las imponentes montañas. Luego de la ceremonia de selección de equipos, inició el partido. Desde el arco veía como mi equipo se lanzaba al ataque con Iván al frente, mientras el equipo de Julio esperaba para detenernos. Efectivamente, mi equipo perdió el balón, y se vino el contrataque. En dos pases el balón llegó a los pies de Julio, quien quedó frente a mí. Salí con gran convicción a defender mi arco, pero esta es la hora en que no sé cómo hizo para pasar el balón entre mis piernas y anotar el primer gol.

El partido se reanudó. De nuevo mi equipo se fue al ataque, de nuevo perdimos el balón, de nuevo el balón llegó a los pies de Julio, y en una jugada magistral inició una danza en la que parecía volar, con elegancia, habilidad y único estilo. Julio dejó tendidos en el camino a cuatro de mis compañeros, y sacó un «suculento riendazo», como decíamos. El balón venía con rumbo directo a la portería, parecía envuelto en llamas por la velocidad, o por el efecto de los parche rojos. De un momento a otro fue tomando la curva más espectacular y con la sensación del tiempo detenido y con la boca abierta, mirábamos cómo el balón se dirigía con exagerada fuerza a la cara de la esposa de Don Pepe. Doña Margarita era una señora de aproximadamente 60 años de edad, de piel blanca, ojos claros, con una cabellera larga y canosa. Mostrando que a pesar de su edad tenía sus reflejos bien afilados, ella alcanzó a cubrirse la cara con lo que llevaba en su mano derecha, una bolsa de papel con quince huevos... Ya podrán

imaginar la mascarilla. A pesar de sus buenos reflejos, no pudo evitar que los huevos se hicieran tortilla en su cara. Allí quedó Doña Margarita tendida en el piso, medio aturrida y lamentándose.

Inmediatamente, los niños que estábamos jugando el partido, al ver lo que habíamos ocasionado, reaccionamos con la velocidad de un rayo. Como cualquier niño de buenos principios, decente y bien educado lo habría hecho, salimos a escondernos.

A Julio la culpa no le permitió esconderse y avergonzado le ofreció disculpas. Le limpió la cara con su camiseta sucia y mojada. La ayudó a ponerse de pie y la acompañó hasta su casa.

Mientras ella se masajeaba las caderas con una mano y se seguía limpiando la cara con la otra, Julio quiso explicarle lo sucedido, pero no encontró las palabras para hacerlo. Don Pepe la recibió en la puerta de su casa y Doña Margarita le contó lo ocurrido. Don Pepe no hizo muy buena cara y tímidamente Julio se despidió de ellos ofreciendo disculpas nuevamente.

Días después Julio fue hasta la casa de Don Pepe, tocó la puerta y les entregó una canasta de huevos. Julio la compró con un dinero que se había ganado en el colegio apostando al que lanzara el escupitajo más lejos. En eso él era todo un experto. Trazábamos una línea, nos ubicábamos a cinco pasos, y... preparen, apunten, fuegooo; de nuevo ofreció disculpas y se marchó. Don Pepe y Doña Margarita quedaron sorprendidos, admirados y conmovidos.

Unos días más tarde, Don Pepe llegó hasta donde estábamos jugando; era poco común verlo pasar por allí. Con sus manos gruesas y peludas, cargaba un par de bolsas grandes. Paramos el partido para esperar a que pasara. Julio se le acercó para ayudarlo a cargar una de las bolsas. Sonriendo, Don Pepe se la entregó y se sentó en un andén. Nos reunió a todos a su alrededor y comenzó a sacar de las bolsas unos uniformes de fútbol. Nos repartió uniformes a todos y a Julio, además del uniforme, le obsequió un par de tenis nuevos y lo invitó a su casa a comer bandeja paisa.

Los niños van mulatiando

Sebastián Giraldo Restrepo

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Para llegar a La Planta se debe tomar una lancha desde el municipio de Conduto, navegar unas cuatro horas por el río del mismo nombre y tomar el río Tajuato hasta La Honda, en dónde se debe desembarcar, pues solo hasta allí pueden llegar las lanchas grandes. Después se debe caminar unas seis horas por la espesura de la selva chocoana, surcando montañas y atravesando varias veces el empedrado río. Y cuando se siente que los pies empiezan a entumecerse y el cansancio se hace evidente, se comienza a sentir el olor a leña de las cocinas y la bulla de los niños jugando por todo el caserío.

Son ellos los primeros en darse cuenta de que alguien ha llegado y casi como si adivinaran, corren hacia sus madres a contarles con detalles quienes acaban de cruzar la última curva del río.

El río Tajuato abraza con sus aguas al caserío de La Planta; su gente es de río, descendientes de africanos que huyeron de la esclavitud y se refugiaron en la selva. Allí nacieron, allí han crecido y muchos han descansado en paz escuchando por última vez el rumor del Tajuato. Su piel, mulata como la noche y resistente como el roble, contrasta con los verdes y ocres del paisaje.

Sucedió entonces, un día cualquiera, que una mamá dio a luz. La partera escuchaba atenta, con su oído pegado al vientre de la madre, el momento exacto en que el niño decidía nacer. Alrededor de la casa de madera la comunidad esperaba al recién nacido; los niños en la primera fila. El llanto del pequeño se escuchó, anunciando que llegaba a la vida. Los niños, sin entender de prudencia, se acercaron para verlo con una sorpresa muy grande. El nuevo integrante de la comunidad era de un color diferente. Era «paisita», como se les llama a las personas de piel blanca en el Chocó. Pero la partera, con una sonrisa en su rostro, les explicó con amor a los pequeños, y seguramente a algunos adultos, que los niños nacen «paisitas» pero a medida que crecen se van mulatiando.

Desarrollo rural en tiempos de TikTok

Nadia Arango

SURA INVESTMENTS, COLOMBIA

En las veredas de Támesis, en la cordillera de los Andes colombianos, el amanecer huele a café tostado y a niebla algodonada. Las montañas apenas se notan mientras los gallos anuncian el día. Donde los arroyos aún conocen el paso de las mulas, y los arrieros llevan tierra entre las uñas, Yuly ya ha consumido el ochenta por ciento de la batería de su celular. Desde su cama, envuelta en una cobija gruesa con olor a humo de leña, desliza el dedo y sus ojos cuadrados con mecánica rapidez. Video tras video, tutorial tras tutorial, va buscando secretos para reducir el volumen de su cuerpo.

Afuera, en el solar, las gallinas corretean nerviosas huyendo del pastor alemán que guarda la finca como si fuera un tesoro. La mamá de Yuly, con las manos y el delantal tiznados de carbón y con rastros de maíz de las arepas, se asoma por la cortina floripondia que separa la cocina de la habitación.

—Ya está servido el desayuno. Venga pues, que se le ínfria.

—No quiero —responde entre dientes Yuly, como si hablar le doliera.

Ha pasado la mañana viendo más de cuatrocientos videos: cómo parecer más delgada, cómo vomitar sin que nadie lo note, cómo tener los labios como las Kardashians. Lleva meses reduciendo calorías, sorteando las comidas con bolsillos llenos de pan escondido, y obsesionada con la balanza con la misma devoción con que antes cuidaba su yegua.

Yuly pesa cuarenta y tres kilos. Su carne forrada a los huesos le dice que ha cumplido el objetivo. Su alma, sin embargo, no encuentra el camino de regreso.

En la cabecera municipal, el alcalde ensaya el discurso que dará en unas horas. Sonríe satisfecho:

—El índice de conectividad digital ha aumentado un veinticinco por ciento. Más de veinte veredas están ahora enlazadas a la tecnología. Eso

garantiza el desarrollo rural —repite con orgullo frente al espejo. No se entera del balance perfecto del Estado: mientras se desecha la leche con pan de la media mañana en las escuelas, invade la adicción colectiva de la era digital.

Horas más tarde, a la ESE San Juan de Dios de Támesis ha llegado Yuly con un paro cardíaco. Otra Yuly ha llegado con dolores en las articulaciones. Otra está hospitalizada por desnutrición. Las Yulys suman al algoritmo: lucir bien es pesar menos, el dolor del hambre es motivo de elogio, la fama cabe en una pantalla de cinco pulgadas; en TikTok, las Yulys se ven bien... En Támesis hay desarrollo rural.

Desde la ventana del cuarto de Yuly se alcanzan a ver, a lo lejos, los farallones de La Pintada: una cordillera de roca viva que se alza con la solemnidad de quien ha visto pasar siglos enteros. Desde ahí, el pueblo parece pequeño, cubierto por un manto de nubes. Alguna vez, cuando era niña, Yuly los señaló diciendo que parecían montañas de cuento. Hoy, los farallones siguen ahí, firmes y antiguos, testigos de la suave exhalación última de una adolescencia marchita.

En honor a Mara
Abril, 2006 – Agosto, 2024.

Las manos de mamá

Ginethe Carolina Bedoya Acevedo

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Hubo una noche, cuando era niña, en la que el hambre era tan feroz que no podía cerrar los ojos. La oscuridad de la habitación no era tan profunda como el vacío de su estómago. Entonces, su madre, con muchísimo más dolor del que se puede algún día describir, le sobó la barriga con movimientos suaves, como si pudiera arrullar el alma. Y así, entre caricias silenciosas, el murmullo de promesas invisibles y la luz de velas, logró dormirse.

Creció en un rincón del mundo donde la tierra es tan fértil que hasta los sueños germinan, donde la gente canta mientras trabaja, donde las montañas abrazan pueblos llenos de color y el café se cultiva como si cada grano contuviera una historia. Allí, donde la vida no siempre fue fácil, pero la esperanza sí fue terca.

En esa tierra —bendita y compleja— aprendió que uno no se mide por lo que le falta, sino por lo que sueña y soñó alto; soñó sin permiso. Estudió porque sabía que era la única manera de sembrar en ese entonces lo que hoy es libertad, dignidad y oportunidades. Cada paso fue difícil, pero ninguno en vano.

Ahora, trabaja en una de esas compañías que entienden que el verdadero talento no siempre viene de cuna, sino del coraje. Una empresa que, como tantas en su tierra, abre puertas en vez de cerrarlas, que invierte en las personas como quien cultiva con fe. Gracias a que apostó por el talento, pudo construir una vida digna. Una vida que honra aquellas manos maternas que alguna vez, sin nada más que dar, abrigaron su estómago y corazón con todo su amor; y que cada día impulsaron y lucharon incansablemente por un mañana prometedor.

Este país, aunque imperfecto, tiene algo que pocos saben explicar: una mezcla de lucha y alegría, de heridas y belleza, que te enseña a nunca dejar de creer. No está en los mapas como una tierra perfecta, pero para ella siempre será el lugar donde lo imposible desde la razón, poco a poco, empezó a ser posible con las esperanzas y fuerzas del corazón.

El día que olía a lirios de mayo

Laura María Ceballos Ramírez

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Esta vez es diferente, la hora es la misma, las impecables escalas iguales, el olor a arepa de maíz a punto de quemarse; solo quienes han crecido con ese olor en su hogar saben que se puede detectar estando incluso en otro país, ¡sin exagerar! El grito de algunas mamás desde sus balcones:

—¡Éntrese ya, que mañana hay que madrugar!

Esta vez es diferente, las mismas guacamayas pasan volando a la misma hora. Mientras dejan escuchar su garrir, atraviesan un caluroso y naranja atardecer.

Esta vez es diferente, el mismo fin acelerado de su visita porque llegará tarde a cenar con sus padres. Esta vez es diferente, algo en su misma mirada nerviosa que no logro entender, incluso percibo una extraña sonrisa inquieta tratando de ocultar un secreto.

Esta vez es diferente, porque igual que siempre ha dejado algunos juguetes en el espacio que hay debajo de las escalas, cerca de la puerta del primer piso, esta vez y como siempre es la pelota de letras roja y el cata-piz; y hace un énfasis especial en que debo acompañarlo a buscarlos. Esta vez es diferente, mientras bajamos los tres pisos desde mi casa a la salida. Él no camina a mi lado, ni me reta al que llegue primero, simplemente va detrás de mí, pausado y silencioso.

Esta vez es diferente, nos hemos visto todos los días después de hacer las tareas, pero esta vez es diferente, mis manos sudan como siempre y mi corazón palpita con fuerza, mis pies sienten que pueden tropezar en cualquier momento si no estoy lo suficientemente concentrada en caminar; quiero devolverme a casa y pedirle a mi hermano que sea el quien le abra la puerta a Chiquí, pero no tengo retorno. Esta vez es diferente, no sé a dónde mirar, así que clavo los ojos en mis rodillas sucias y raspadas y recuerdo con dolor, no sé si más del alma que del cuerpo, que me tocó subir a la casa a que mamá me aplicara un poco de mertiolate porque me caí

jugando ponchado. Esta vez es diferente, así que mientras bajo las escalas, ubico mi mirada en la María Auxiliadora colgada en la sala de los vecinos del primer piso y alcanzo a pedirle con fervor una intercesión por mi alma abatida de ansiedad... ¡porque esta vez es diferente!

Esta vez es diferente, él como siempre, un niño tímido y nervioso, yo como siempre una niña alegre y audaz. Escucho sus pasos irregulares y torpes detrás de mí. Esta vez es diferente. Al llegar al primer piso y tomar su balón, me mira y recuerdo que es mi mejor y único amigo; aquel con el que en Navidad vamos juntos por lo menos a cuatro novenas en el barrio para luego sentarnos en la acera y compartir buñuelos, hojuelas, natilla y regalos; ese amigo que no cambia el compartir juntos un bolis en bolsita, un mango biche con limón o una crema de jugo de mora hecha en cubeta de hielo de la casa de alguno de los dos, por ir a jugar fútbol con los otros niños de la cuadra. Aquel, sí, mi mejor y único amigo... pero esta vez es diferente. ¡No quiero perder eso!, pero esta vez es diferente. Ya con la pelota de letras roja entre sus manos, observo como se acomoda frente a mí y cierra sus ojos dejando ver sus hermosas y tupidas pestañas, sus labios se tornan en forma de corazón acercándose a los míos. Por primera vez en todos estos años de vivir aquí, me percato del olor que impregna todo el aire que respiro... huele a lirios de mayo, me acerco un poco más y su rostro, su respiración huele a guayaba.

Esta vez es diferente. Yo también cierro los ojos, no sé si por querer dejarme llevar por la inercia del momento o por querer sentirme más cómoda. Así que esta vez es diferente. Siento sus labios húmedos posarse en los míos que están gélidos y fríos; se marca en mis labios una sutil y tierna sonrisa. Esta vez es diferente, y él también lo sabe. Así que sin mirarme de nuevo y con la pelota roja todavía entre sus manos, sale corriendo inundado de emoción y de vergüenza por haberse atrevido a que, esta vez, fuera diferente.

Creciendo

Sandra Milena Barrera Castro

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Entre risas y saltos, las princesas capibaras jugaban cerca al río. Qué majestuosas lucían con sus bordados y sombreros recién tejidos; el sol resplandecía y sus imágenes lucían sublimes. Era la última vez que lo harían, mañana partirían a la gran ciudad. Una de ellas debía empezar sus estudios, la otra terminar el colegio y alcanzarla el año siguiente.

—Papá, ¿podemos jugar un tiempo más? —preguntó la menor. Su padre lo negó con la cabeza, debían alistarse para iniciar el largo viaje.

Paraban en cada flor, en cada árbol, en cada quebrada, no querían dejar atrás su pueblo, la ciudad que las vio crecer, pero así debía ser.

—La comida será lo más difícil —dijo la capibara mayor—. ¿Dónde compraré mis alimentos? El lapingacho y la panbaza que tanto amo no creo que me sepan igual. Las galletitas recién horneadas de mamá, con el chocolate caliente... ¡me voy a morir de hambre! —exclamó.

Un ruido intenso las despertó.

—¿Llegamos? —preguntaron. Su padre respondió que sí.

A su alrededor solo había cemento y carros tristes; se bajaron a conocer el lugar dónde vivirían un largo tiempo.

Las capibaras encontraron que su nueva casa era acogedora, la llamaron su nuevo hogar. Pusieron adornos y cambiaron los colores de las paredes; querían sentirse «en casa». Papá y mamá se esforzaron por dejar instalado todo lo necesario, se percataron de que tuvieran cerca, algo de la naturaleza robada. Mamá pintó flores y pájaros en el techo.

—Es hermoso, mamá.

—Cuando te sientas sola, cuando sientas que el mundo se achica, ven a casa y mira el techo. En un momento estaremos contigo —le dijo mamá.

Crecer no es fácil, soltar, separarse, dejar lo que amamos, forma parte de este proceso. Nadie nos lo dijo al nacer, cada experiencia es un nuevo aprendizaje, y van forjando el carácter. Papá y mamá lo hacen muy bien,

cada enseñanza retumba en nuestra personalidad, luego llegará el momento de que sea nuestro turno de guiar, enseñar y orientar el camino de alguien más. Mientras tanto, sigamos viviendo, sigamos aprendiendo, sigamos creciendo.

Juanito «el que viste bonito»

Álvaro Javier Quiroz Mestra

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Sus ojos llenos de vida, sueños y esperanza se abrieron por primera vez en un lugar donde se abrazan en un encuentro casi íntimo, el mar Caribe y el río Magdalena; los atardeceres se tornan de color naranja y pareciera que se puede tocar el sol con las manos; las mariposas amarillas revolotean al aire libre confirmando la divinidad de un hermoso pueblito llamado Valparaíso. En este lugar mágico, lleno de misterios y creencias, se divisa el horizonte y se conjuga en forma perfecta la naturaleza con el azul cielo; se avistan de manera cotidiana reuniones de personas longevas en la plaza del pueblo, intercambiando experiencias de vida y portando como protocolo de etiqueta abarcas tres puntadas y sombrero vueltiao, accesorios típicos de un clima tropical y de tradiciones adquiridas.

Juanito es un niño como muchos, mulato, de ojos grandes y picardía en su rostro; tiene la capacidad de expresar sus emociones solo con un gesto. Sus pestañas son tan grandes que parecen capaces de provocar un huracán solo con pestañear. Sus vecinos le decían «Juanito el que viste bonito» por su particular forma de vestir: camisa guayabera, pantalón de lino y sus inconfundibles abarcas tres puntadas. Sin embargo, era un niño grosero y desobediente como pocos.

A la velocidad de la luz, así se esparció la noticia en todo el pueblo:

—¡Un loco! ¡un loco! —le decían a una persona que deambulaba por las calles del pueblo, con las ropas gastadas por la inclemencia del sol y el agua; llevaba consigo un saco tirado en la espalda como quien carga una cruz, acompañado de una mirada profunda y triste.

Juanito, muy atento y casi que estupefacto escuchó por parte de sus vecinos las malas nuevas, y consumido por el temor corrió a contarle a sus padres sobre «el loco», pero sus padres ya conocían la noticia y le aclararon a Juanito:

—Hijo, Mañungo no es un loco, es un hombre que perdió a su familia de manera muy trágica y nunca más se recuperó. Es por ello que deambula por las calles buscando niños groseros y desobedientes para cubrir el vacío de sus hijos perdidos.

De inmediato, Juanito empezó a experimentar emociones que no conocía; lo invadió el temor, solo de pensar que en cualquier momento Mañungo podía ir por él. Sin embargo, con la rapidez que desaparece una estrella fugaz en el universo, así mismo desapareció el temor de Juanito por Mañungo.

Una noche, mientras jugaba pelota de trapo en la calle con sus amigos, en la lejanía se divisaba la silueta de una persona con las características de Mañungo. El juego estaba tan entretenido que los niños ni se percataron de aquella silueta, la cual caminaba en dirección hacia aquella reunión de esparcimiento, de manera tan sigilosa que los pasos no tenían sonido. Cuando Mañungo llegó hasta el sitio donde se encontraban los niños, estos al verlo gritaron y corrieron despavoridos, como quien irrumpe un nido de hormigas, con tan mala suerte para Juanito, que, al pasar por el lado de Mañungo, este lo atrapó por el brazo. Juanito se puso tan pálido como un fantasma y Mañungo, mirándolo a los ojos, le dijo:

—Tú eres un buen niño, noble de corazón —Y lo soltó.

Aquellas palabras quedaron retumbando en Juanito, como un tambor en el silencio del Amazonas. Juanito, de pensar que Mañungo no se lo llevó, le agradeció a Dios y comenzó a cambiar su conducta, convirtiéndose en un niño amoroso, obediente y fortaleció aún más los lazos familiares. Y siguió vistiendo bonito...

Canaletal

Ana Vélez Lotero

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Esta es la historia de dos niños, un pueblo, un río y muchos sonidos.

Helena tiene ocho años, sus ojos son grandes y cafés como su río, y su piel está pintada por el sol. Julián tiene quince, es alto y serio como su padre, o como lo que recuerda de él.

Canaletal tiene el mismo color de su gente; es empolvado como los pies de los niños y del marranito que engordan para repartir la carne cuando llega su agosto. Las casas tienen puerta de entrada y techo de zinc, pero atrás ninguna tiene alambrado; comparten la ciénaga como patio, por donde desfilan iguanas, jaguares, monos, y está infestada de dureza y babillas por igual.

El alma de Canaletal está compuesta de muchos sonidos, como la vibración ronca de las lanchas que traen a los forasteros. Algunas, más grandes y con techo, se ven solo los martes cuando hay visita de la enfermera, y los jueves, que llega el cura para repartir la comunión. Hay otras lanchas más pequeñas, esas no tienen bancas, ni techo y todas se llaman Johnson. En una de esas llegó un día el marranito y Julián le contó a Helena que en una de esas se fue su papá.

Otros días Canaletal suena como la motobomba que sube el agua del río. Para bañarse, Helena usa solo tres coquitas de agua, para que rinda, pues lo que recogen debe alcanzar para dos días y para todos los menesteres que hace su mamá: limpiar la casa, lavar los platos, darle a las gallinas y regar las flores.

El alboroto despierta a Julián de la siesta antes de las cuatro. Desde la ventana ve a los niños corriendo entre carcajadas; los más grandes llevan un balón de fútbol deshilachado y desinflado que los misioneros dejaron el año anterior.

—Helena, la isla —Julián habla bajito para no despertar a su madre.

—¡Ya salió! —grita ella, mientras corre atravesando la puerta.

Julián sale detrás, no sin antes darle un beso en la frente a su mamá, despierta gracias a los gritos de la niña.

En el puerto las lanchas pequeñas se llenan de pasajeros y avanzan con los motores apagados mientras los pescadores las empujan con sus remos. Helena toca el agua con sus dedos mientras se dirige hacia la tierra prometida en medio del río Magdalena. Julián nada junto a la lancha que lleva a su hermana. Al llegar, lo incorporan a un partido de fútbol, mientras uno de los pescadores se lanza al agua para refrescarse ante el trajín del juego.

El regreso se emprende en el mismo orden. Con suspiros de cansancio y felicidad, los niños desembarcan y caminan calle arriba hacia sus hogares. Sus madres esperan en las puertas y con la cabeza agradecen a los pescadores al verlos pasar.

Canaleal también suena a tambores de cumbia: sonidos primitivos que parecen brotar de las entrañas mismas del pueblo. Este es el sonido que más ama Helena, después de la voz de su madre. En las noches, los jóvenes se congregan en el atrio de la iglesia, los niños se aglomeran en las escalas del campanario. Gaitas, tamboras y voces comienzan a articular ritmos improvisados que convocan al pueblo.

Esa noche Julián no hace parte del público y aprovecha el alboroto para escabullirse. Mientras los demás escuchan aquel ritmo de carnaval su responsabilidad le demanda algo más. En su conciencia se repetían las palabras de su madre preocupada porque las gallinas ya no estaban poniendo huevos, y el llanto de Helena porque los zapatos ya le apretaban los dedos. En un morral empacó dos camisetas, una pantaloneta y un dibujo que le hizo su hermana; dejó una carta para su madre sobre la cama, y se puso las botas que una vez habían sido de su padre, que aún le quedan grandes.

Helena escucha la música maravillada, sueña con que sus pies bailen un día en esa plaza y que la isla nunca se vaya; entre las tamboras sus sueños se alzan y se diluyen en su río hacia la realidad. Julián hace mucho que dejó de soñar: él ya no escucha las tamboras, solo el sonido chillón de las botas sobre los charcos. Cambia de hombro su morral sin mirar hacia atrás y apura el paso en la oscuridad.

A dónde llegarán estos piecitos

Susana Orrego Villegas

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Es curioso pensar en lo que recordamos. Si pudiera transportarme a mi yo de cuatro años, seguramente recordaría el olor de mi madre: una mezcla dulce que olía a chocolate y vainilla, dos besos, un abrazo y, todas las noches antes de dormirme, un cuento de buenas noches...

Esas noches en las que ella se tomaba el tiempo para relatarme un cuento eran más mágicas que cualquier otra. Recuerdo que siempre me lavaba los dientes sin protestar y me ponía la pijama para correr a mi cama y gritarle a todo pulmón:

—¡Mamá, ya estoy lista!

A lo que ella llegaba con un mapamundi en la mano y empezaba la magia de soñar a su lado. Fue allí cuando la yo de cuatro años sintió la curiosidad por entender y conocer el mundo que la rodeaba.

Mis cuentos, a diferencia de los de mis amigos, no eran de princesas, ni de castillos, ni de magias que convertían sapos o bestias en príncipes. Eran viajes por la Tierra, aventuras sobre un mapamundi. Un espacio donde solo ella y yo podíamos existir, mientras acariciaba mis pies, me hacía masajitos y me decía:

—¿A dónde llegarán estos piecitos algún día?

A lo que yo respondía:

—No lo sé, pero sí quiero saber a dónde llegarán esta noche.

Y sin pensarlo más, girábamos el mapamundi, cerraba los ojos, apuntaba con mi dedo, y donde tocara, allí viajaríamos esa noche.

Amaba viajar al sur. En una noche, recorrimos cafetales colombianos y montañas donde crecían palmas tan altas como el sol. En otra, nadé en el Amazonas con una niña indígena y delfines rosados. También visité México, donde el picante de su comida me hacía llorar y exploramos las ruinas de Chichén Itzá. En Argentina, aprendí que el tango se baila en las calles y descubrí que los adultos toman mate como si fuera café. En Uruguay,

conocí el candombe, y en Perú, subí a Machu Picchu y seguí una montaña de siete colores.

Mi yo de cuatro años creció, se graduó de medicina y prometió que, con su primer trabajo, iría a explorar el mundo por primera vez con sus propios pies y sus propios ojos, ese mundo que tantas veces le habían contado.

El mapamundi que usábamos se perdió en una mudanza, pero luego de regresar de largos viajes, mi mamá aún tiene la costumbre de sentarse conmigo y preguntar:

—¿A dónde más llegarán estos piecitos?

Y ahora soy yo quien le cuenta las historias de mis viajes, esos que conocí primero desde los cuentos de mi madre con la imaginación, porque ella no solo me contó el mundo. Me enseñó a soñarlo.

03

Territorio y familia

LATINOAMÉRICA CUENTA



Donde se mecen los recuerdos

María Camila Calderón Ardila

PROTECCIÓN, COLOMBIA

Cada vez que visitábamos a los abuelos en aquella pequeña finca del Eje Cafetero, ubicada entre las verdes montañas de los Andes, corríamos de inmediato a arrullarnos en su hamaca. Con sus nudos sueltos e hilos desgastados por los años, tejida en yute con pequeños hilos de colores azules y rojos, nos resultaba tan cálida y reconfortante como el abrazo del abuelo al llegar, ese que nos envolvía de amor y nos daba paz en el alma.

La casa, construida con paredes de bahareque y un techo de paja, estaba rodeada por campos de café y un pequeño jardín de rosas rojas que la abuela había sembrado y cuidado durante años. Mientras ella preparaba los frijoles, afuera se escuchaba el eco lejano de los arrieros llegando con sus mulas.

El aire traía consigo el olor a maíz molido y las risas de los niños corriendo descalzos entre los cafetales, mientras las montañas al fondo permanecían inmóviles, y el río La Vieja, con su sonido sereno, nos recordaba que la vida seguía fluyendo.

Años después, en la florecencia de mi juventud, volví a visitar la finca. Pero el abuelo ya no estaba. Se había ido, y con él, al parecer, también la luz de aquel paraíso cafetero.

Todo empezaba a apagarse, como si el alma del cafetal y de sus cultivos se hubiera ido con él. La platanera se negaba a dar fruto, las rosas de la abuela comenzaron a marchitarse lentamente, el café no quería madurar y los azulejos que antes cantaban al amanecer no regresaron más.

La hamaca seguía en el mismo lugar, pero ahora estaba llena de los recuerdos del abuelo. Allí, donde nos mecía con sus historias y su silencio lleno de ternura, guardaba la memoria de sus cuentos, risas y consuelo, todos atrapados en esos pequeños hilos de colores.

El abuelo solía decir que, en las noches más frías, su vieja hamaca comenzaba a mecerse sola. Decía que aquella hamaca tenía memoria, que

en sus hilos gastados se acunaban los recuerdos de quienes alguna vez se dejaron arrullar por su vaivén bajo la luna cafetera.

Su superficie, un poco más áspera por el tiempo, se sentía suave y acogedora, como si la fibra misma conservara el calor del abuelo, su risa fuerte y vibrante, y tantos momentos compartidos.

La abuela, en cambio, seguía allí, sentada en su mecedora de madera, donde pasaba horas hablándole a su viejo, como si él la estuviera escuchando, como si fuera a cruzar el pequeño cafetal con su sombrero vuelto y su machete a la cintura. Ella esperaba cada día con la ilusión de reencontrarse de nuevo con su amado viejo, pues él había sido su único y verdadero amor.

Con los años, su memoria comenzó a deshacerse como el bagazo del café. Confundida, mezclaba los nombres de sus nietos y olvidaba dónde había guardado sus pertenencias. Pero lo que nunca olvidó fue cómo le gustaba a su viejo el tinto y cómo se reía con su ají picante en cada comida.

Ella seguía preparándole el tinto en las mañanas, dejando su ají en la mesa, y rezando cada noche para que viniera por ella. Pensaba que, si se iba de allí, él no podría encontrarla para llevarla con él.

Un día, mientras la luz del sol caía en un atardecer decembrino, el cielo se teñía de un naranja profundo mezclado con tonos rojizos y violetas que formaban un lienzo de ensueño, la abuela no abrió más los ojos. El sol en su descenso, nos susurraba su adiós con una tenue luz.

La abuela se fue con una sonrisa en el rostro, quizá porque lo último que vio fue a su viejo caminar entre los cafetales y sentarse junto a ella. Aunque su ausencia nos entristecía, sabíamos que se habían reencontrado.

Lo supimos con certeza cuando días después, el café floreció de repente, la platanera volvió a dar fruto y los azulejos de la abuela regresaron silbando al amanecer. Desde entonces, en ese lugar se siente el olor a café recién colado, se oye la tranquilidad del río y se percibe el aroma de las rosas. Finalmente, comprendimos con ello que el verdadero hogar no es un lugar, sino un rincón del alma donde se mecen, para siempre, los recuerdos de los seres a quienes más amamos.

El aroma a familia

Daniela Tapia Magaña

SEGUROS SURA, MÉXICO

Hoy es un día especial, los rayos del sol comienzan a entrar por la ventana de la cocina, llenando el espacio con una cálida luz. Las cazuelas colgadas en las paredes empiezan a iluminarse, y pronto, la luz me alcanzará. Soy una enorme cazuela de barro que guarda la historia de generaciones.

Aún recuerdo el día en que la bisabuela Esperanza me compró. Sin duda, estaba emocionada por saber qué platillo se prepararía en mi interior, y no me puedo quejar, porque me eligieron para preparar un delicioso manjar, mejor conocido como el mole. Y es que en México existen muchos tipos de mole, que se identifican por colores (verde, rojo, negro, entre otros), por el estado de origen (poblano, oaxaqueño) o por su sabor (dulce, picante).

Te aseguro que más de un mexicano dirá que tiene la mejor receta o que, como el mole de su familia, no existe otro igual. Y no tengo duda de ello, porque cada mole es único y especial. Hacer mole es toda una experiencia, y aunque podrías pensar que la receta es la misma, cada vez que se prepara en mi interior, el sabor varía, como si tuviera vida propia.

Toda la casa se llena de risas, saludos y pláticas que llegan hasta la cocina. Un ambiente de profunda alegría inunda el momento. La familia se ha reunido, y yo estoy lista para conocer nuevos rostros. ¿Quién será el afortunado que mueva el mole hoy?

Ya he conocido a varias generaciones. Cómo olvidar a la pequeña hija de la señora Esperanza, que siempre quería asomarse a ver la preparación, y que, en ese momento, solo escuchaba su voz. Hasta que un día, por fin, tuvo la edad suficiente para cuidar el mole, y conocí su rostro. Era una bella joven que observaba con gran ilusión lo que se preparaba en mi interior. Ahora, ya es abuela, y estoy emocionada por conocer a los miembros de su familia, de los cuales solo conozco sus risas.

Cabe resaltar que la preparación del mole no comienza ese día; es todo un arte. He sido testigo de cómo, con meses de anticipación, se secan los chiles, se tatemán en el fuego, se mezclan con semillas y especias, y se tiene todo listo para ser molido en el metate. Ese polvo que se crea lleva consigo historia, porque cada generación agrega un toque único a la receta.

Mis paredes tienen algunas manchas, pues el mole deja huella. También estoy algo despostillada, pero eso no importa, porque soy la cazuela familiar, el tesoro de la bisabuela y la herencia más querida de muchos de los que están aquí. Y cuando comienza la preparación, el fuego empieza a calentar mi interior, creando un platillo que produce un aroma inconfundible. Pero más que oler a mole, se podría decir que huele a familia.

El aroma empieza a inundar toda la casa, hasta salir por las ventanas, lo que hace que los niños que juegan en el jardín entren emocionados, pues saben lo que significa... ¡el mole ya casi está listo! Todos se disponen a preparar la mesa, que abarca todo el pasillo, en la que pronto se compartirá tan deliciosa comida.

Llegó el momento, la familia está reunida. Observo muchos rostros que, con emoción y amor, miran lo que se encuentra en mí, porque es el fruto de un gran legado. Es ahí cuando, al compartir la mesa, se crean momentos inolvidables: pláticas que reviven recuerdos y traen a la mesa las memorias de todas las personas que han sido parte de esta gran familia, como si volvieran a la vida. En ese instante, más que el calor que resguardo, empiezo a sentir el calor familiar y esa alegría que distingue a los mexicanos. Sin duda, este día quedará grabado en los corazones de todos los que están aquí, y en mí dejará una nueva mancha.

Pronto regresaré a mi lugar en la pared, a la espera de formar parte de una nueva historia. Algunos podrán pensar que solo soy una vieja cazuela, pero en mí se resguarda toda una tradición, que es invaluable.

Otro día más de una vida menos

Luisa Alejandra Rodríguez Ibarra

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Se acerca la cuarta década desde mi nacimiento. Ya soy señora. Como cada mañana de las últimas semanas, despierto con el peso del cansancio en los párpados, deseando que el día termine. Me incorporo con torpeza sobre la cama, que rechina menos que mis huesos, y hago a un lado la cobija peruana de tigres tristes que me arropan.

El sol de las siete cocina mi cuarto a fuego lento, a través de una ventana de hierro oxidado. Me pongo en pie, tomo el escapulario que cuelga en la cabecera y recito la oración de gratitud que me enseñó mi madre en mi primera —y última— comunión.

Un calendario con las hojas curtidadas se inclina sobre la mesa de noche, al lado de un par de latas de cerveza vacías, como si embriagaran el tiempo. Camino hacia el baño, esquivando el frío de la losa de cemento. La toalla del suelo cumple también la función de tapete. Me baño casi por obligación, y el agua apenas me toca. Me seco a medias, dejando fango en el suelo y desgano en mis deseos.

Medio vestida, prendo un habano a medio fumar con la llama del fogón, mientras hierve un café amargo en una cafetera oxidada. Aspiro el humo denso del tabaco con la misma resignación con que bebo el café: más por instinto que por gusto. Mis días se repiten, calcados, ajenos, ajados. Salgo de mi refugio de cemento y selva hacia la única cita que no olvidé: mi abuelo.

Recorro el camino de piedras y polvo que tantas veces anduvimos juntos. Él, jardinero de milagros, reparador de tallos enfermos, portaba una navaja suiza y un sombrero de mimbre que parecía parte de su cuerpo. Sus manos, acaneladas, duras por el trabajo y suaves con las flores, tenían un aroma que lo anunciaba incluso antes de llegar.

Su voz era cada vez más pausada; sus pasos, más cortos. El médico lo llamó arritmia; mi abuela, mal de ojo. Su corazón se volvió inconstante, como el tiempo.

Ya en su casa, entré a la habitación: «Otro día más», pensé. El infarto le robó la historia y dejó su mirada perdida en un vacío interminable. Giraba la cabeza, esquivando la Mona Lisa falsa en la pared del frente. Ese cuadro, tan postizo como mis esperanzas, parecía acusarnos con su mirada. Las manos de mi abuelo ya no eran suyas: venas azules, retorcidas, como ríos sin rumbo. Ya no olían a flores. Me asomo a la ventana; la tarde comienza a oscurecer. El televisor de tubo transmite, entre estática y polvo, el Minuto de Dios. En la repisa, un reloj de arena se ha petrificado. ¿Cuánto tiempo le queda? ¿Cuánto nos queda?

Mi abuelo decía que el tiempo es relativo. Lo entendí tarde. También decía que el tiempo de Dios es perfecto, y supe que aquel momento no era de Dios.

En el silencio, escucho otros corazones que laten en la habitación, y a veces, el del abuelo. La psicóloga me dijo que el dolor es parte del azar de vivir. Pero ¿por qué a mí? ¿Por qué no a otro? Miro sus ojos. Solo sus ojos. Permanecen abiertos, como forzados. No me pertenece, ni pertenece ya a este mundo, pero no quiero que se vaya. No entendía el espacio, y el tiempo parecía detenido. A través de la puerta, observé que su pecho respiró por última vez. En mi distorsión, me pareció que sonreía. Y en ese instante, partió en su paz.

Sin despedida. En el silencio. Los colores que lo rodeaban se apagaron con él. El bullicio de llantos llenó el aire, y mi frío silencio congeló las entrañas. Desde esa puerta, donde tantas veces celebré su vida, me sorprendió su muerte.

Su historia está escrita en mi memoria, y desde allí florecerá para siempre. Al final, somos jardines donde se siembra el amor, y el recuerdo es la única flor que no muere.

Mamita

Emmanuel Vallejos Pinto

SURA INVESTMENTS, CHILE

Paso cansino de suelas gastadas, piel curtida por el paso del tiempo, ojos vivaces de años vividos, cabellos canos nevados de frío. Oídos que cada vez escuchan menos sonidos, pero más historias de pájaros caídos. Golondrinas que buscan refugio entre bosques y mares, escapando de veranos fallidos.

Abrazos, los justos; sus cariños son otros sentidos, mirarte y pensar en cuánto has crecido. Es igual a su padre, a su madre, a su abuelo, a sus tíos. Los tiene presentes, aunque ya no están; la visitan seguido.

Entra en la cocina, brasero prendido. Mate preparado, lavado, peleándole al frío. La presión no acompaña, por eso el mate es cocido. Desayunar pan amasado y pescado, está acostumbrada; los come hasta fríos. Frutos del mar y la tierra, con eso ha crecido. Araucarias y olas; todos a la mesa los platos servidos.

Inscrita ya caminando, su cédula siempre le ha mentido. Su nombre le gusta, casi lo ha elegido. Han pasado cien años, más si lo pensamos seguido. No han sido de condena, por más que tiempos oscuros hayan pasado y vivido.

Mesas con recuerdos, ofrendas que le han traído. Antes de salir de aventuras buscan consejos y oraciones, después dan las gracias a favores cumplidos. A ella no le gusta, la abruma, pregunta si es que han comido. Mira fotos en pantallas, no entiende a dónde fueron, pero le alegra que hayan venido.

Ya no se prende el brasero, pero el calor no se ha ido. Su mirada profunda y cansada persiste en su hijo, a quien de la ciudad le molesta el sonido. Busca encontrar su compañía en los bosques de un pueblo perdido. Su voz en la brisa susurra cuánto lo han querido.

Su sonrisa, tímida y sincera hoy vive en su nieta a quien espero aturdido. El ruido de vagones y buses, la gente pasando, siete de la tarde, el

calor del verano encendido. Es profesora, el cuidar es heredado de los que han crecido. La miro a lo lejos y pienso: «Qué suerte he tenido».

Legado de sangre y de tiempos que a veces omitimos. Somos cuanto fueron, y serán cuanto seamos ahora con los que vendrán, es lo mismo. Ya no se escuchan los pasos pero ningún ser humano camina perdido. Nos escoltan las mariposas, emisarios de quienes miran tu camino.

La fiesta de mi abuelo

Daniel Gutiérrez Monsalve

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Ayer fue el cumpleaños de mi abuelo. Nos reunimos todos en su casa: sus siete hijos, catorce nueras, dieciocho nietos y tres bisnietos. Mi abuelo cumplió 80 años. Empezamos a llegar desde las diez de la mañana. Él no hacía buena cara; decía que le íbamos a dañar las matas. Yo solo sé que ese caserón grande, con anturios y heliconias colgando de materas en sus corredores, con un árbol de san Joaquín grande en el solar, se sentía lleno de vida, como cuando estaba mi mamita (así le decimos a la abuelita en Colombia).

La cocina estaba llena con mis tías, que estaban haciendo un sancocho en una olla que, según uno de mis tíos, era de las que las brujas de Segovia utilizaban para cocinar a los niños que no eran juiciosos. No sé si era cierto, pero esa historia siempre me llenaba de miedos. Incluso me daba físico pánico entrar al cuarto de «reblujo», donde mi abuelo guardaba todas las cosas que no usaba pero que, de pronto, algún día necesitaba. Mi papá siempre le decía que saliera de tanto chécher.

Siempre me llamaba la atención de ese cuarto la grabadora negra doble casete que se veía en el fondo, y que era de mi tío Memo, que murió a principios de los años noventa, pero nunca se habla de él. Imagino que es como la película: «No se habla de Memo, no, no, no».

Me fui para el solar y allá estaba mi abuelo, debajo de su san Joaquín, todo florecido. Me senté con él y le pregunté si estaba feliz por cumplir 80 años, que eso era demasiado. Me miró y me dijo:

—Sí, miijo, es demasiado.

Le pregunté qué quería de regalo, aunque yo no le llevé nada, pero sabía que mi papá le compró una de las camisas blancas manga larga que le gustaba usar, que a mí parecer le gustaban mucho porque le combinaban con ese pelo blanco. Lo único que me dijo fue que su regalo máspreciado sería poder abrazar a la mamita, y que no le dañáramos las matas con el balón, pero que, fuera de eso, ya lo tenía todo. Miró la parte de atrás de la casa y me dijo:

—Mijo, vea, todo esto lo construí yo con mis propias manos. El trabajo diario es el que da frutos, así como las flores de este san Joaquín. Hay que regarlo diario, darle cariñito y cuidarlo de tanta plaga que hay por ahí.

Nos llamaron a almorzar. En el patio de la mitad, mis tíos acomodaron todas las mesas que encontraron en la casa. Las sillas del comedor no bastaron. Todos sentados donde podíamos; a mí me tocó en el suelo, pero tampoco me molestó. Desde que en el sancocho no me dieran una pata de gallina, todo estaba bien. Mi abuelo corrió una silla de plástico blanca y se me hizo al lado. Se tomó solo el caldito. Me dijo que no tenía mucha hambre.

Cuando terminamos de comer, mi abuelo pidió que partieran la torta porque se quería acostar temprano, y que no quería que se pusieran a tomar aguardiente, que él ya estaba muy cansado pa' ponerse a cuidar borrachos. Mi papá miró a mi mamá y le dijo en voz baja:

—Nos despachó el viejo.

Partimos la torta negra envinada. Mi tía Gloria dijo que la mandó a hacer a Buenos Aires, directamente en el garaje de reja blanca, y muy entonada decía:

—¡Es la original!

La torta no la comí. Mi mamá dice que a esa torta le cogés el gusto cuando ya estás mayor. Al menos no la alcancé a morder, porque siempre me pasa que creo que es de chocolate.

Le regalaron a mi abuelo, como era de esperarse, camisas blancas que da miedo. Y aun así, mi abuelo no cambió su carita larga en todo el día. Después de eso, ya nos empezamos a ir todos, y mi papá le dijo al hermano:

—Nos tenemos que ver más seguido, y si no, igual nos vemos el otro año pa' los 81 del viejo.

Pero, ¿qué nos íbamos a imaginar? Que hoy íbamos a estar todos de nuevo acá en la casa, y que hoy iba a ser todo al revés. La cara larga la tienen todos mis tíos. Mi tía Gloria no para de llorar. Y en cambio, mi abuelo... sé que está feliz, porque hoy, a sus 80 años y un día, está sonriendo y abrazando a mi mamita.

Sabores inolvidables

Mónica Marallano Mejía

SURA INVESTMENTS, PERÚ

Eran los años ochenta, no había internet ni email. Los teléfonos eran de discado. En un estadio de México se anotaba el gol más grande de la historia, de la mano de Dios por parte de un joven Diego Maradona. Y en las radios sonaba «Av. Larco», una canción de rock alusiva a una de las avenidas más recorridas del distrito de Miraflores. Las playas quedaban muy cerca. Perú era un respetable rival en las clasificatorias del mundial. A su vez, un grupo terrorista sembraba terror en las calles y los apagones eran parte del día.

En esos tiempos, como todos los veranos de vacaciones, una nena era enviada con sus abuelos a la casa de campo en Cañete, al sur de Lima. Sus padres, ambos trabajando, veían este viaje como una forma de diversión y desconexión de la ciudad, de alejarla de las restricciones, cuando los peligros y toques de queda azotaban la ciudad. Y así nace esta historia, dos horas al sur de Lima, allá iba la nena con sus abuelos, llena de ilusiones.

Ambos abuelos iban todos los veranos a esta casa, que quedaba a poca distancia de la playa. La nena podía jugar y explorar el campo. ¡Qué mejor compañía que el abuelo Julio César para esas caminatas! ¡Qué lindo clima para caminar! ¡Qué emoción poder nadar y sembrar plantas o recolectar frutos! ¡Eran días maravillosos! Pero había algo especial, algo que realmente era la motivación de la nena y lo que más la impulsaba a acompañar a sus abuelos: la cocina de Isabel.

La abuela Isabel era una experta cocinera, tenía una forma ancestral de preparar sus platillos, con una sazón especial y única. Cuando llegaban, lo primero que hacían con el abuelo Julio César era preparar el batán, una tritadora prehistórica originaria de los incas y la popular «mano», una especie de piedra en forma ancha que servía para moler o triturar. Ambos de piedras eran curados con arroz y sal, y colocados cerca de la cocina de leña ya habilitada.

—¡Date Prisa, Julio! —decía la abuela Isabel, ya que deseaba tener todo instalado desde la llegada para preparar sus platos al día siguiente.

La nena e Isabel iban a un mercadillo donde compraban las especias y plantas que servirían para la preparación de ese día. También compraban las carnes, típicamente chanco y gallina, para preparar el plato estrella: la carapulca y la sopa seca. La carapulca en base a chanco con la papa seca molida en el batán y la sopa seca con deliciosos fideos en salsa, ambos en base a tradicionales aderezos de plantas como la albahaca, perejil, cilantro y especias como el ají panca, el ajo, el vino, entre otros.

La preparación tomaba casi toda la mañana. La nena observaba la molida de la papa, el aderezo en la cocina, el deguste que la abuela le ponía para dar el toque exacto, mezcla de amor y pasión por la sazón, que le llenaban el alma de ilusión y ansias de probar aquel maravilloso platillo.

Ella y el abuelo Julio César no podían esperar para degustar el plato. Y cuando todo parecía terminar, la abuela los volvía a sorprender: ¡le falta un poquito de azúcar!, ¡más de vino! Mientras tanto, contemplaban el fogón y sentían el aroma inundar todo el campo.

¡Hasta que al fin! Llegó el momento de degustar, los tres se sientan en la mesa.

¡Qué delicia! Al sentir la combinación de sabores, quedaban lejos los problemas de la ciudad, los toques de queda, las tristes noticias de la radio, las preocupaciones que como adultos les invadían. Todo anulado por aquella mezcla de sabor y amor.

Aquellos días fueron los mejores de la nena ahora adulta, que al escribir recuerda con melancolía el pasado. Los abuelos se fueron, aquel batán y la leña fueron reemplazados por una cocina moderna. Pero el recuerdo siempre estará vivo.

Desde que ya no está la abuela, nunca volvió a probar algo tan exquisito. Ese toque especial se fue con ella. Doña Isabel y su abuelo, donde estén, con los ángeles dichosos de probar sus platillos, deben estar en una fiesta de júbilo a la cual algún día se unirá. Mientras tanto, seguirá recordando el fogón y su gran pasión.

El valle que vive en mi abuela

Yessenia Ospina Quintero

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Cada diciembre, cuando el sol empieza a calentar con ganas y los cafetales se llenan del canto de las mirlas, mi abuela Rubi alista la batea, la cucharita de palo y las hojas de plátano. Es su forma de decirnos que la familia se va a reunir, como cada año, en su casa de Tuluá, corazón del Valle del Cauca y de nuestra historia.

Mi primo Juancho baja desde Ceilán con café recién tostado de las montañas, fuerte y perfumado como la neblina mañanera que cubre su vereda. Mi tía Olga llega desde Sevilla con sus dulces de breva y el entusiasmo de quien viene cantando bambuco por el camino. Mi papá, que viene de San Rafael, no olvida traer sus arepas de maíz pelado con chori-zo, de esos que venden en el negocio de mis abuelos: El Palacio del Colesterol. El nombre le hace honor a todo lo que allí venden.

Los de Bugalagrande traen chicharrones crujientes que se comen mejor con ají de maní y yuca. De Buga llega la devoción. Mi tía Luz Edilia siempre va al Milagroso antes de venir; trae velas, dulces de manjar blanco y paz en los ojos. Desde Andalucía, mi prima Adriana nos contagia con su manera cantada de hablar y sus empanadas de pipián con ají agrio. Y cuando llega Joselín desde Caicedonia, todos sabemos que habrá fiesta: saca su guitarra, canta un pasillo y sirve aguardiente entre chistes de cafetales y toros bravos. De La Unión, donde el clima abraza las uvas, llega vino artesanal. Mi prima Maritza se inventó una cata familiar que termina con carcajadas y bocadillos de guayaba. Desde Calima-Darién viene el primo Santiago, bronceado del lago y siempre con una tabla de paddle bajo el brazo. Todos sabemos que no logra estar en esa tabla más de un minuto dentro del lago, por eso siempre la carga, pero igual llega con sus cuentos de viento, agua y fiesta, como si viviera en vacaciones eternas.

Pero la reina de la cocina es mi abuela. Ella manda con voz dulce pero firme, envolviendo tamales vallunos mientras da instrucciones: «¡No

me le pongan tanta zanahoria al arroz atollado!» o «¡Qué no falte la lula-da fría!»». Su casa huele a hogao, a caña de azúcar, a natilla casera. A Valle.

La fiesta se enciende cuando llegan los de Cali con salsa a todo volumen. Siempre hay alguien que dice: «¡Pongan Grupo Niche o no bailo!», y no falta quien improvise unos pasos en la sala. Pero cuando se suman los de Buenaventura, la cosa cambia: la marimba, el cununo y el sabor del Pacífico hacen que todos se levanten a bailar currulao, incluso los más tiesos.

Mi abuela dice que este Valle es como su olla: un montón de ingredientes distintos que, cuando se cocinan juntos, dan sabor. «Aquí no hay un solo paisaje, ni una sola cultura, ni una sola forma de hablar. ¡Y menos de cocinar!», suelta entre risas mientras prueba el sancocho con gallina de patio. «Desde el mar de Buenaventura hasta las montañas de Caicedonia, este Valle es una maravilla».

Y tiene razón. Aquí hay procesiones en Buga, café en Sevilla, marimba en el Pacífico, vinos en La Unión, salsa en Cali, cuentos de brujas en Barragán, neblina espesa en Ceilán y brisas de lago en Calima. Todo cabe en una misma mesa.

Esa noche, bajo las estrellas, con los niños corriendo, los mayores brindando y el eco de la música viajando por el patio, entendí que el Valle del Cauca no es solo un lugar: es una forma de vivir. Una mezcla poderosa de acentos, ritmos y sabores que no se puede explicar... solo se puede celebrar.

Ahora la abuela Rubi no vive entre nosotros, pero sus enseñanzas y su amor viven en nuestros corazones.

Lá Onde a Água Reza Junto

Kamille Vitória Bezerra Pereira

SEGUROS SURA, BRASIL

Vó Margarida morava num casarão antigo, de madeira nobre, com janelas altas e cortinas bordadas à mão. A casa era elegante e rústica, com cheiro de mato e bolo recém-saído do forno. A lareira guardava histórias de muitos invernos, e a cristaleira, cheia de porcelanas, parecia sorrir com delicadeza quando o sol entrava. Ela dizia que cada peça tinha alma — e talvez tivesse mesmo.

Caprichosa como poucas, cuidava do jardim com devoção. Tinha uma coleção de flores e rosas, tudo colorido, vivo, bem cuidado. Morria de ciúmes das plantas! Quando a gente brincava de bicicleta com os primos pelo quintal, era um alvoroço — ela pedia cuidado dobrado pra não passar por cima de nenhuma flor. E mesmo assim, dava risada depois.

Era vaidosa no jeito bonito de ser: no bordado, na cozinha, nas mãos sempre firmes pra preparar um doce ou arrumar a mesa com carinho. Todos os dias assistia à missa, e rezar era tão natural pra ela quanto respirar. De manhã, tomávamos café com leite bem quente e pão com manteiga e açúcar, sentados à mesa ou no tapete da sala, ouvindo o rádio velho tocando hinos. Depois, virávamos exploradores da chácara: arrumávamos os cômodos, dançávamos entre as cortinas, brincávamos de desfilarmos com os xales guardados na cristaleira. Cada visita era uma descoberta.

Com ela experimentei a jaca pela primeira vez — e até hoje, toda vez que vejo ou sinto o cheiro, penso nela com um sorriso no coração. À tarde, passávamos horas com ela. Vó contava causos, rezava baixinho, assistia à missa pela televisão com as mãos entrelaçadas e os olhos marejados. Era uma mulher de fé firme, dessas que carregam o terço como espada e sabem, no fundo da alma, que a oração muda as coisas — ou, pelo menos, muda a gente.

Quando o céu começava a vestir o manto azul-escuro da noite, ela já estava sentada na cadeira de madeira, o terço nos dedos e a chaleira

cantando no fogão. A represa lá embaixo espelhava as estrelas, e às vezes eu achava que era Nossa Senhora que deixava cair um brilho do manto só pra avisar que estava conosco. Era sempre assim: café coado, silêncio de respeito e uma oração que subia junto com a névoa do campo.

Ao final do dia, nós saíamos pra brincar. Corria atrás de vaga-lumes com os pés sujos de barro, rindo das picadas de pernilongos, ouvindo os grilos, o cacarejar das galinhas, os relinchos dos cavalos. A lua subia lenta sobre a represa, e a natureza parecia brincar com a gente.

Vó Margarida foi uma mulher muito forte. Meu avô, outro encantamento. Um homem prático, dedicado, descendente de italianos. Tinha o dom da família reunida. Nos almoços, ninguém comia até que todos estivessem sentados. Era como se dissesse, em silêncio: “a graça só se completa quando estamos juntos.” Os dois eram um belo casal — daqueles que a gente vê nas fotos antigas e sente vontade de ter vivido naquele tempo.

Com a partida do meu avô, a família já não foi mais a mesma. E depois que a vó se foi, a beleza da chácara também se desfez. As flores desapareceram, os pinheiros secaram, e a natureza, como que em luto, calou sua música. Pode parecer invenção, mas é verdade. A natureza é divina — e Deus floresce na gente quando a gente cuida dEle nas coisas pequenas.

Antes de partir para a eternidade, vó Margarida deu a cada neto um pano de prato bordado por ela. O meu tem margaridas azuis nas pontas e a letra M no centro. Guardo como relíquia. Toda vez que o toco, peço a graça de ser uma mulher como ela: forte, generosa, doce, cheia de fé — uma verdadeira mulher virtuosa.

Na varanda onde rezávamos o terço, hoje só resta o eco dos passos e o cantar dos grilos. Mas cada estrela refletida na represa ainda me parece uma promessa: a de que a vida simples, quando vivida com fé, se eterniza nas coisas pequenas.

E, quando eu ia embora, me virava com os olhos alegres e dizia:

— A bênção, vó.

E ela, com aquele sorriso sereno e a voz cheia de ternura, respondia:

— Deus te abençoe, minha menina.

Allí donde el agua reza junto

La abuela Margarida vivía en una antigua casona de madera noble, con ventanas altas y cortinas bordadas a mano. La casa era elegante y rústica, con olor a bosque y a pastel recién salido del horno. La chimenea guardaba historias de muchos inviernos, y la vitrina, llena de porcelanas, parecía sonreír con delicadeza cuando entraba el sol. Ella solía decir que cada pieza tenía alma, y tal vez fuera así.

Esmerada como pocas, cuidaba el jardín con devoción. Tenía una colección de flores y rosas, llenas de colores, vivas, bien cuidadas. ¡Se moría de celos de esas plantas! Cuando íbamos en bicicleta con los primos por el patio, era un alboroto, nos pedía que tuviéramos mucho cuidado de no pasar por encima de ninguna flor. Y encima, se reía después.

Era vanidosa en el buen sentido: en el bordado, en la cocina, en sus manos siempre firmes para preparar un dulce o poner la mesa con cariño. Todos los días asistía a misa, y rezar era para ella tan natural como respirar. Por la mañana, nos tomábamos un café con leche bien caliente y pan con mantequilla y azúcar, sentados a la mesa o en la alfombra de la sala, escuchando la vieja radio que ponía canciones religiosas. Después, nos convertíamos en exploradores de la finca: ordenábamos las habitaciones, bailábamos entre las cortinas, jugábamos a desfilar con los chales guardados en la vitrina. Cada visita era un descubrimiento.

Con ella probé la yaca por primera vez, y hasta hoy, cada vez que veo o huelo esta fruta, pienso en ella con una sonrisa en el corazón. Por la tarde, pasábamos horas con ella. La abuela contaba historias, rezaba en voz baja, veía la misa por televisión con las manos entrelazadas y los ojos llorosos. Era una mujer de fe firme, de esas que llevan el rosario como una espada y saben, en lo más profundo de su alma, que la oración cambia las cosas, o al menos nos cambia a nosotros.

Cuando el cielo comenzaba a vestirse con el manto azul oscuro de la noche, ella ya estaba sentada en el sillón de madera, con el rosario entre los dedos y la tetera cantando en la estufa. El embalse abajo reflejaba las estrellas, y a veces pensaba que era Nuestra Señora la que dejaba

caer un destello de su manto solo para avisarnos de que estaba con nosotros. Siempre era así: café colado, silencio respetuoso y una oración que se elevaba junto con la niebla del campo.

Al final del día, salíamos a jugar. Corría detrás de las luciérnagas con los pies llenos de barro, riéndome de las picaduras de los mosquitos, escuchando a los grillos, el cacareo de las gallinas, los relinchos de los caballos. La luna se elevaba lentamente sobre el embalse y la naturaleza parecía jugar con nosotros.

La abuela Margarida era una mujer muy fuerte. Mi abuelo, otro ser encantador, era un hombre práctico, dedicado, descendiente de italianos. Tenía el don de reunir a la familia. En las comidas, nadie comía hasta que todos estuvieran sentados. Era como si dijera, en silencio: «La felicidad solo es completa cuando estamos juntos». Los dos formaban una pareja preciosa, de esas que vemos en las fotos antiguas y nos dan ganas de haber vivido en esa época.

Con la partida de mi abuelo, la familia ya no fue la misma. Y después de que mi abuela se fue, la belleza de la finca también se desvaneció. Las flores desaparecieron, los pinos se secaron y la naturaleza, como en duelo, silenció su música. Puede parecer una invención, pero es verdad. La naturaleza es divina, y Dios florece en nosotros cuando lo cuidamos en las cosas pequeñas.

Antes de partir hacia la eternidad, la abuela Margarida le regaló a cada uno de sus nietos un trapito bordado por ella. El mío tiene margaritas azules en los bordes y la letra M en el centro. Lo guardo como una reliquia. Cada vez que lo toco, pido la gracia de ser una mujer como ella: fuerte, generosa, dulce, llena de fe, una verdadera mujer virtuosa.

En el balcón donde rezábamos el rosario, hoy solo queda el eco de los pasos y el canto de los grillos. Pero cada estrella reflejada en el embalse todavía me parece una promesa: la vida sencilla, cuando se vive con fe, se eterniza en las pequeñas cosas.

Hotel Mamá

Carlos Andrés Rojas Correa

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Dicen que uno nunca sabe lo que tiene hasta que lo deja atrás, como esos lugares que no aparecen en ningún mapa pero se llevan siempre marcados en el alma. Yo lo confirmé el día que me fui de casa, con una mochila llena de sueños y el corazón apretado, como el *checkout* que nunca esperas hacer.

En Antioquia, la casa familiar no es solo un techo y cuatro paredes; es un centro maravilloso de enseñanzas donde la vida gira en torno al aroma del fogón, el sonido del radio todas las mañanas y el vendedor de mazamorra que llega sin avisar; pero en especial, es el reino de mamá. Esa mamá paísa que se levanta antes que el sol, que con una mano voltea arepas y con la otra le pide a Dios y a la virgen que nunca falte la salud ni el trabajo en el hogar.

Allá el amor se sirve en bandeja paísa: frijoles, arroz, tajadas de plátano que no llegan a la mesa y un chicharrón crocante, que no perdona dietas. Pero más que el sabor, cada plato servido con el alma viene cargado de amor, sin esperar nada a cambio más que una sonrisa y un resoplo de llenura.

Crecí en Medellín, capital antioqueña, entre lomas pronunciadas, sueños que madrugan y balcones llenos de flores. Los domingos eran sagrados: la misa en el barrio al mediodía seguida de los almuerzos en familia; y aunque no siempre coincidíamos (y a veces refunfuñábamos), todos sabíamos que ese era nuestro pequeño paraíso, que la seguridad no estaba en una alarma o una reja, sino en el abrazo de mamá cuando la vida se ponía difícil.

Cuando me fui pensé que extrañaría a mis amigos del barrio y echaría de menos el «Mijo, ¿ya comió?», pero no; fue cuando llegué a una casa nueva que logré entender que no hay cama más cómoda que la que me vio crecer, ni consejo más sabio que el que viene con un café o una aguapanela caliente.

Con el tiempo, aprendí a volver; no solo en vacaciones, sino cada vez que necesitaba recordar y agradecer quién soy. Fue entonces cuando entendí que aquel lugar, donde el servicio es de por vida, el cariño está disponible veinticuatro horas y el desayuno está listo sin pedirlo, tenía nombre propio. Algunos simplemente lo llaman casa, yo lo llamo Hotel Mamá.

Así es Medellín, así es Antioquia y así es mamá. Así debería sentirse siempre la vida: como ese lugar seguro al que podemos volver cuando más lo necesitamos, como la promesa de que nunca vamos a estar solos, porque hay amores (como el de mamá) que siempre acompañan y aseguran el alma.

La memoria de la tierra

Marisol Quezada Núñez

SEGUROS SURA, REPÚBLICA DOMINICANA

Doña Agustina nació en Jarabacoa, pero la tierra que la crio fue Constanza. A los quince años se casó con el viejo Quique —como le llamaban todos en el pueblo—, un hombre recio, de voz fuerte, manos curtidas y carácter aún más duro. Él trabajaba con cerdos, tenía un criadero y un matadero que abastecía medio Tireo al Medio. Ella, mujer de campo, de las que no se rinden ni con sol ni con frío, caminaba todos los días a los sembradíos por pagas diarias.

A veces, con uno de sus hijos colgando de un macutico mientras lo amamantaba, seguía doblando el lomo en la tierra, sembrando lo que más adelante serviría para llenar el caldero. Era su forma de estar en todos lados: madre, esposa, trabajadora... y sostén.

Tuvo nueve hijos. Algunos ayudaban al viejo Quique en el matadero, otros correteaban entre las matas de papa y ajo que crecían en el patio. Agustina, después de la faena del campo, llegaba al rancho —una casita de madera sin pintar, con piso de cemento y las paredes llenas de dignidad— y encendía el anafe con cuatro piedras negras y tiznadas. Con papas del patio y un poco de cerdo del día, preparaba la cena para sus muchachos. El mondongo que cocinaba era famoso en el pueblo. La gente decía que tenía un sazón especial, como si en vez de orégano, le echara recuerdos.

Las hijas le ayudaban con las tareas del hogar: despolvar las maderas comidas por la calcoma, barrer el piso frío que a veces parecía llorar con los pasos. Y aun así, no se quejaba. Porque el campo no se queja. El campo aguanta, abraza y sigue.

Cada amanecer era igual de distinto: la neblina abrazaba la casa como una manta vieja, los pájaros cantaban bajito y el frío apuraba el baño. La vida en el campo se respiraba con fuerza, con el pecho lleno, con la certeza de que vivir allí era tener paz aunque no hubiera lujos.

Doña Agustina duró cincuenta años casada con el viejo Quique. Él no era un hombre fácil: muchas veces se bebía la entrada del día o se la jugaba en la banca. Pero ella, como tantas mujeres chapadas a la anti-gua, creía en el matrimonio como un juramento sagrado. Nunca pensó en irse. Porque cuando dio su palabra de «para siempre», lo dijo con el alma entera.

Cuando el viejo Quique murió, a los ochenta años, por una pulmonía que se lo llevó entre neblinas, la casa se quedó vacía. Los hijos ya se habían ido a la capital, buscando otra vida. Ella se quedó sola, en el mismo rancho, con la misma rutina, con la misma dignidad.

Y aunque parece sola, en realidad no lo está. Desde hace cuatro años, el Alzheimer la ha llevado a vivir en otra historia. En una donde su esposo todavía está. Donde lo espera cada tarde con el caldero en la lumbre y el mondongo sazónándose. Donde él entra con barro en los zapatos y voz fuerte en la garganta.

La historia acabó para todos, menos para ella.

Porque en su memoria confundida, Doña Agustina aún vive en ese amor que, aunque dolía, también era suyo. Aún lo espera entre las papas del patio, risas de niños y mañanas llenas de neblina. Porque hay amores que no se olvidan... ni siquiera cuando ya se ha olvidado todo lo demás.

Abuela, ¡en mayúscula!

Dayana Carolina Blanco Hidalgo

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Yo sé que to' el mundo ha tenía una abuela, pero yo tuve una ABUELA con mayúscula: grande, caderona y mandona. Mi ABUELA era palenquera, y digo «era» no porque se haya muerto, sino porque salió del palenque por amor. «Si uno sale del palenque, es porque ya no quiere ser de allá», decía ella.

Conoció a Silvestre, un indio sinú mentiroso —como ella lo llamaba— que le prometió el mundo. Pero el mundo no se le abrió. Lo único que conoció fue el Urabá antioqueño: dos playas, tres ríos, cinco hijos y como dieciséis nietos.

ABUELA siempre andaba con su falda, blusa de boleros y una tela en la cabeza pa' que no se le esponjaran las trenzas que le hacían los sábados. En días importantes se quitaba la tela y se ponía su blusa de colores, como pa' ir a misa o cuando llegaba visita. Mientras pilaba arroz, fumaba pa' dentro y mandaba a todo el mundo: que laven los trastos, que recojan las hojas del palo de mango. Los mayores iban con Silvestre a recoger arroz y plátano del patio.

Cuando yo llegaba, siempre decía: «Ñeta, ¿por qué no avisó pa' hacerle algo?». Octubre era el mes más sabroso: cumpleaños de ABUELA y Silvestre, cocadas, caballito, café hervido, y por la noche, tambor o vallenato.

En casa de ABUELA, pa' la lombriz se tomaba aguardiente con sauco y ajó; pa' la fiebre, baño con flores amarillas; pa' los calambres, alcohol con yerba de San Juan. Yo, que tenía piojos, iba donde ABUELA pa' que me echara aceite con tabaco. Pero mi pelo no era «malo», como el de mis primas. Ellas se trenzaban por horas, pero yo era la mezcla de un zambo con cachaca. «Peli regá», decía ABUELA.

—ABU, ¿por qué no me hace las trenzas de Victoria? —le preguntaba yo.

—Pelaa, ese pelo regao suyo no sirve pa' eso. Ese pelo no lo coge ni Mpoko.

—¿Mpoko?

—¡Ni el diablo, mama! Mira, yo te echo el alcohol, pero dile a tu mae que en una semana te traiga otra vez, porque ese pelo es más dulce que quién sabe qué, y hay que amargarlo.

ABUELA no se sentaba en la sala, solo si había visita. Todo pasaba en el patio, sobre todo en la choza que Silvestre construyó pa' que el tío negro jugara sin sol. Pero ABUELA se adueñó de ella con su mesa, su teja pa' secar arroz, el pilote y los mazos.

De su mae hablaba poco. Los tíos nunca conocieron a su abuela ni el palenque. «Mestizo no visita palenque, y menos comunidad del viejo», decía cuando le preguntaba por qué mi papá no iba donde su mamá.

Ir con ABUELA a cualquier parte era música. Cantaba lavando, pilando, caminando. Si no cantaba, hacía ruidos que daban ganas de bailar. No era de dar besos ni sobar si no te dolía, pero cuando te ibas, te abrazaba tan fuerte que parecía que te partía las costillas.

La casa siempre estaba llena de pelaos de todos los colores, pero todos teníamos algo en común: una ABUELA bailadora, oradora, mandona, con las mejores cocadas, caballitos dulces, y ese pelo malo que se trenzaba y duraba una eternidad. Una que cantaba en los velorios, que nos daba mango en Semana Santa y ensalada de payaso en los cumpleaños. Todos tomamos sauco pa' la lombriz y todos llamábamos ABUELA a Neida, y Silvestre, el abuelo ladrón de palenquera.

Las manos de mi madre

Carlos Andrés Tabares Arboleda

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Mi madre tenía manos grandes. No de esas que acarician, sino de las que cargan. A veces pienso que por eso nunca me abrazó. Porque sus manos estaban hechas para el peso, no para el afecto.

Vivíamos en el borde de una ciudad sin nombre, donde las casas de ladrillo sin repellar se apilan como si estuvieran huyendo del centro. Desde que tengo memoria, mi madre lavó ropa ajena. Primero en una alberca de cemento, luego en una lavadora vieja que hacía más ruido que espuma.

Nunca supe quién fue mi papá. Ella tampoco hablaba de eso. Solo decía: «Los hombres se van. Las facturas no». Y seguía tallando jeans manchados o sábanas de motel sin decir más.

A los once años empecé a acompañarla. No por amor, sino por hambre. Me pagaban monedas por tender la ropa en el alambre. Al principio me daba vergüenza. Luego aprendí que hay cosas peores que el olor del jabón barato: como el silencio cuando alguien pasa y no te ve.

Una tarde, mientras recogíamos la ropa seca de una señora de apellido elegante, vi que mi madre se quedaba mirando una blusa con botones de perla. La miró largo, como si la reconociera. Luego la dobló sin decir nada. Esa noche, le pregunté si alguna vez había querido otra vida.

—No. Yo quería esta. Pero sin tanta guerra.

No entendí.

Muchos años después, cuando yo ya tenía trabajo y ella había dejado de lavar porque la artritis le ganó, la llevé a la casa que alquilé en el centro. Quería mostrarle que sí se podía. Que habíamos salido.

Entró despacio, sin decir nada. Pasó la mano por la pared, miró los cuadros. Luego se sentó en el sofá como si fuera prestado. Esa noche dormimos en silencio. Al amanecer, escuché que se levantó y entró al baño. Tardó más de lo normal. Fui a verla.

Estaba lavando una toalla.

—¡Mamá! —le dije—. Aquí no hay que lavar nada.

Me miró. Sus manos estaban temblando, pero no soltaban la tela.

—No sé hacer otra cosa —susurró—. Si no lavo... ¿quién soy?

No supe qué decirle. Solo la abracé. Por primera vez.

Tenía las manos frías.

Esa fue la última vez que estuvo en mi casa. Murió tres semanas después. El médico dijo que fue el corazón. Pero yo creo que fue la costumbre.

Todavía tengo esa toalla. Nunca la he usado. Y a veces, cuando la toco, siento su piel áspera, su fuerza. Como si el jabón nunca la hubiera soltado del todo.

04

Territorio, cultura y tradición

LATINOAMÉRICA CUENTA



El guía del Mictlán

Mónica del Carmen Arellano Rojas

SEGUROS SURA, MÉXICO

Doña Celia era una anciana de 81 años de edad que vivía a las afueras de un pequeño pueblo costero, en una rancharía llamada El Cocal. Su casa era muy humilde, pero eso nunca le impedía acoger a quien la necesitara sin importar la hora o la circunstancia.

Una noche de octubre escuchó un ruido a las afueras de su hogar, por lo cual decidió salir y ver qué era el ruido. Entonces encontró lo que era un perro, un perro de color oscuro, con ojos dorados y ausente de pelaje: era un xoloitzcuintle, el perro endémico de México y de los aztecas. El perro estaba asustado y temblaba de frío, por lo cual Doña Celia procedió a meterlo a su hogar para que pudiera mantenerse cálido. El perro entró a la casa sin temor, como si ya conociera el lugar. Entonces, de un momento a otro, el perro se paró frente a Celia, mirándola de forma penetrante, sin pestañear. En ese momento, Doña Celia entendió lo que ocurría.

—Muchacho, no quería aceptar que ya me queda poco tiempo de vida, pero tu llegada me hizo aceptar que mis horas están contadas, que tú has venido por mí, que tú tienes una misión conmigo —le decía Celia mientras lo acariciaba e intentaba contener las lágrimas—. Eres un xoloitzcuintle, eres el perro de los dioses aztecas que fue creado para ayudar a las almas a cruzar el Mictlán, el inframundo. Eres un guía, un compañero que me ayudará a cruzar el río Chiconahuapan para así poder descansar en paz y llegar al reino de los muertos. Bueno, eso si me consideras pura de corazón.

En ese momento, el perro se acercó más a Celia, dándole una rápida lamida en la mano, como si el perro afirmara las palabras de ella, de que sus horas ya estaban contadas en la tierra de los vivos, y que él era su guía.

—Oye, pequeño, espero que puedas guiarme bien a donde tengo que ir, porque estoy viendo que no tienes manchas en tu piel aún. Si algo

recuerdo, es que mi mamá me había contado de pequeña que los xoloitzcuintles sin manchas eran perritos que aún no habían guiado a nadie y que aún eran algo jóvenes para esa misión. Pero bueno, creo que yo seré tu primer viaje y confío en que harás lo mejor para que llegue con bien —le decía doña Celia mientras le acariciaba el lomo.

En ese momento, Doña Celia aceptó su destino y decidió irse directo a la cama, para así poder descansar y no pensar más en esta situación. Atrás de ella fue el perro, que se quedó a su lado toda la noche hasta que ella dio su último suspiro. Desde ese momento se dice que al perro que visitó a la señora se le ha visto rondando y que en las noches se le observa viendo a la luna, como si con ella hablara y que en las noches de octubre se le ve cruzando el río acompañado de una sombra que pareciera ser Doña Celia.

Luz en Saint-Sulpice

Gonzalo Carlos Clever de Souza Ferreira

SURA INVESTMENTS, PERÚ

Mario se encontraba sentado al borde de su cama; por un momento había olvidado por completo que llevaba ya dos años viviendo en París. Desde antes de salir de Lima había forzado la unión de su primer y segundo apellido para darle mayor fuerza y caché al momento de firmar sus primeros textos: Mario Vargas Llosa. Mucho más bonito que simplemente Mario Vargas, claro.

Ese día había quedado con Gabriel y Carlos para reunirse en su pequeño departamento alquilado en la *rue* de Saint-Sulpice. Pensaban abrir un par (o más) de botellas de vino francés. Si bien eran botellas bastante baratas, seguían siendo mejores que muchos de los vinos ofrecidos en las cartas de los mejores restaurantes de Lima. Eso lo hacía sentir bien. Además, el vino siempre venía acompañado de una acalorada discusión intelectual y política. Al fin y al cabo, habían venido a París a codearse con las máximas intelectualidades del mundo y a hacer lo que mejor sabían hacer: escribir. El objetivo de Gabriel y de Carlos, viviendo en soledad y a miles de kilómetros de sus natales Colombia y México, era el mismo.

Sonó el timbre del departamento. Mario se asomó por la ventana y vio a Gabriel y Carlos esperando en la puerta, con dos enormes abrigos y una botella entre los dos. «Otra vez se quieren tomar mi vino», pensó Mario. Gabo y Carlos entraron al departamento y se fundieron en un fraterno y caluroso abrazo con el anfitrión. No habían pasado ni veinte minutos, a punto de terminarse la primera botella de vino, cuando Gabriel García Márquez ya le argumentaba enérgicamente a Carlitos Fuentes por qué el castellano colombiano era, por excelencia, el acento neutro del idioma. A la mitad de la segunda botella, ante las interminables aduaciones al lenguaje elegante y original de Borges por parte de los dos invitados, Mario gritó, exaltado, que no había pueblo más sufrido que

el peruano, y nadie en el mundo había podido escribir poesía a corazón abierto como César Vallejo.

Hay veces que el alcohol confraterna ideas; aquella noche parisina parecía hacer todo lo contrario. Con cada copa de vino terminada, la conversación no solo escalaba en agresividad, sino que las diferencias políticas se volvían más evidentes con cada cigarrillo nuevo en el cenicero. En eso, en medio de los gritos, se apagaron todas las luces del departamento. Los tres hombres, preocupados, se asomaron por la ventana y, ante su desconcierto, vieron que toda la cuadra se encontraba perfectamente iluminada.

Al regresar al comedor, vieron que en la cocina se encontraba un hombrecito descalzo, con el cabello alborotado como plumas de gallo; se servía una copa de vino como si fuera suya. Llevaba puesto un chaleco bordado con hilos de colores, una bufanda gruesa pese al calor del cuarto, y hablaba para sí mismo en castellano, en un acento incomprensible. Murmuraba algo sobre una mula perdida, una misa en domingo y un eclipse que nadie había visto. Decía algo de una mujer que conversaba con los pájaros, que esperaba la muerte de un obispo para casar a alguna de sus cinco hijas.

Cuando los tres escritores lo enfrentaron, el hombrecito no se mostró ni sorprendido ni asustado: se sentó en el suelo, sacó de su bolsillo una caja de fósforos y comenzó a encenderlos uno por uno, lanzando cada cerilla al aire como si fuera una luciérnaga. De pronto, de un momento a otro el hombrecito desapareció y la luz del departamento se encendió de inmediato. Por alguna extraña razón, ninguno de los tres se sorprendió por lo acontecido. Nadie reaccionó de inmediato. Parecía que todo lo ocurrido tenía perfecto sentido, salvo, tal vez, por el hecho de que estaban en París, al otro lado del mundo.

El merengue y yo

Leandro Alarcón López

GRUPO SURA, COLOMBIA

El 24 de diciembre de 1997 recibí mi mejor regalo del Niño Dios. Como en todas las navidades, mi casa se convertía en el lugar de reunión de abuelos, tíos, primos, cuñados, nietos y de todo el barrio completo. Nos acomodábamos en el patio, compartiendo el espacio con los pastores y las ovejas del pesebre y con el arbolito de Navidad, que cada año mi papá se encargaba de armar y decorar con las bolas y los alumbrados comprados en el centro de Medellín.

Yo ya tenía catorce. Y aunque me seguían entusiasmando las medias y los balones que mis tías me regalaban de aguinaldo, esa noche mi pedido para el Niño Dios era otra cosa. Mientras todos en la casa se perdían entre los preparativos de la fiesta, yo esperaba encerrado en la habitación de mi hermana, mirándome de arriba abajo en el espejo que colgaba detrás de la puerta, repasando el plan que cuidadosamente había elaborado con mi tío Felipe y su esposa Blanca.

La agenda navideña fue transcurriendo con normalidad. Novena, villancicos, cena, regalos y, por fin, la fiesta. El tío Felipe tomó posesión de su equipo de sonido, desenfundó los LP y los casetes y abrió la pista con «Adonay», en la voz de Rodolfo Aicardi, provocando la euforia generalizada de la concurrencia, quienes se dispusieron a hacer gala del preciado don familiar: el baile. Lo malo es que yo aún no daba señas de haber sido bendecido con ese regalo divino y siempre disimulaba mi arritmia ayudando a mis primitos a poner en marcha sus juguetes, lo que me había valido ya sobrenombres no muy halagadores. Pero esa noche, era mi noche.

El plan maestro había sido concebido el 7 de diciembre en la primera comunión de la hija de mi tío. Fue Blanca la que me llevó a la cocina y me dijo: «¡Paráte ahí, entumido, que te voy a enseñar a bailar!». Sacó su grabadora y de la mano del gran Wilfrido Vargas y la paciencia del santo Job, me inició en el sagrado rito, me enseñó los pasos básicos y las vueltas

maestras que me abrirían las puertas del amor, repitiéndome al oído la frase que desde esa noche se convertiría en mi mantra: el ritmo, siente el ritmo.

Una vez adiestrado, definimos los últimos detalles del plan: la canción elegida para mi iniciación fue «Cuando estés con él», en la voz de Ruddy Pérez; duración: eternos tres minutos treinta segundos de puro sabor dominicano. Y lo más importante, mi pareja: la prima Eliza, dieciséis años, pelo negro, ojos miel, diez centímetros más alta que yo, usaba blusas ombligueras y cuando estaba de fiesta no se sentaba en toda la noche.

Cuando llegó el momento mi tío hizo la señal. Yo lo miré suplicante. La canción comenzó, quise correr hacia la puerta, pero Blanca me interceptó, me tomó del brazo, me paró justo en frente de ella y le dijo: «Eliza, mamita, ¿por qué no baila con su primito?». Y sin mediar palabra Eliza me arrastró a la pista, envolvió su cintura entre mis brazos, se abrazó a mi espalda y me pegó contra su cuerpo. El solo contacto con su piel me hizo desvanecer. Los primeros treinta segundos me dejé arrastrar como si fuera un muñeco de trapo, casi inconsciente, pero cuando sentí que Eliza empezaba a separarse de mí, el mágico sonido de las trompetas me hizo reaccionar. Me aferré a su cuerpo como un boxeador a punto de caer, cerré los ojos y recordé las palabras de Blanca: el ritmo, siente el ritmo.

Y el milagro ocurrió. El deshielo de mi zona lumbar comenzó. Sentí la vibración del merengue en cada vértebra. La miré a los ojos, la separé de mi cuerpo y sorprendida se dejó llevar. Le di una vuelta, la volví a traer, otra vuelta, parados en una sola baldosa la abracé y sin perder el ritmo la llevé por la sala y el patio hasta que la canción terminó. Después de Eliza vinieron mis primas, las tías y hasta mi mamá, todas querían hacer parte de mi estreno musical.

Y aunque en los aguinaldos de esa Navidad solo encontré uno que otro billete de dos mil pesos, yo fui feliz, porque a partir de esa noche, en cada fiesta, en cada reunión, siempre seríamos el merengue y yo.

Kum Ba Yah

Carlos Manuel Hernández Sánchez

SEGUROS SURA, REPÚBLICA DOMINICANA

¿De dónde vengo? No lo sé. Mi madre misma no sabe dónde se concibieron mis inicios. Me llaman los tambores de los salves como si viniera yo de lo místico; ese ancestral tambor hace como un galopante caballo en mi interior. Retumbando, llamándome a lo incierto, a lo esperado, a lo buscado y no encontrado.

Una noche de San Juan nací en medio del río Yaque del Norte. En mi sangre van los sueños de muchos que en los montes se perdieron, la lluvia fue mi madrina que limpió mis pasos con la luna de testigo. Fui monte adentro en busca del colibrí que aletea frente a mis ojos, mientras la danza de aborígenes que se vislumbra en mi mente al ritmo de una tambadora se aproxima como al muelle las olas. En mi búsqueda sagrada de dónde vengo el amanecer sirve como estela. Me perdí en el rojizo de la tierra de Monte Plata. Me recordó los labios de una morena bella carmesí que besé y quedó una parte suya impregnada en mi ser. ¿Seré yo de allí? La maleza del olvido me responde que no lo soy.

Los destellos de divinidad me arropan como si fuera la falda de la montaña donde nací. Las raíces de aquel almendro al cual juré nunca más regresar me llevó a la costa de Samaná, me bañó en sus playas; su arena refinó lo poroso de mi corazón no correspondido. Allí está su gente de buena sonrisa, de piel color canela, de voces dulces como panela. Encendiendo sus fogones, me hicieron un caldo de pejes que llenó de vigor mis días, elevando una llama intensa aquella primera vez en la bahía.

Bahía que me espera pacientemente, lugar que es tormenta y que recuerda la furia de Anacaona misma. Conquistadora del tiempo, cuyo cauce surge en mis más profundos pensamientos. Monte adentro, donde el rojo que arde en el barro, el azul de los cielos en Villa Trina, sonrisa cálida de montaña que trae consigo misterios como cafetal a media madrugada. ¿Será esto mágico?

Allí voy, con mi mirada perdida como si de una premonición se tratara, o peor aún un presagio de la desgracia. La vida sigue huyéndole a la vida y mis recuerdos ancestrales siguen surgiendo en mi interior. Siguen sonando los tambores que me llevaron al batey de Barahona donde dicen que nació mi nombre, nombre dado por mi tatarabuela como sentencia marcando el camino de mis días. Allí me encontré un gavilán que me guiaba hasta llegar a aquella rigola; sus habitantes fueron reflejo de aquello que solo en sueños veía. ¿Llegué a mi tierra prometida?

Suenan los tambores y esta vez no voy durmiendo, café majado a pilón, el zinc se va enfriando y se acerca el frío. «Dame un abrazo», dijo aquel niño. No me hagas sentirte lejos, quiero ver el fin de esta noche entre el color de mil flores que se comparten en nuestras sonrisas. Paradójica la conversación que surge entre la danza de aquellos desconocidos, que con sus pasos generaban una amalgama de emociones a un solo ritmo. Mangulina que suena, sonando sus tambores que me hacen vibrar, me hacen sentir que llegué a KUM BA YAH.

Mis ojos atentos esperando una respuesta que el gallo afirma con su cacareo al amanecer, recordando que solo me queda mi conuco y mi alma atormentada por no querer salir de aquel lugar. Sueños y más sueños, esos que aún no he soñado, de las playas donde no me he bañado. Allí, mi piel el sol no ha besado, donde la luna no me ha conquistado.

Donde quien soy aún no ha llegado, peregrino soy entre las hojas muertas de los días en los cuales no se encuentra mi sonrisa, buscando mi boleto de regreso a KUM BA YAH, una ausencia muy marcada la que dejó mi anhelada tierra, donde algún día he de regresar como quien con papel en mano llega a reclamar lo heredado, mágico campo ante el cual el tiempo de manera silente hace pasar sus manecillas. Mientras ese día llega, me quedo ante el sol ardiente que juega con mis sueños, de pasos leves, precisos.

Refugio de anhelos de indómita belleza que cautiva hasta el más profundo de los soñadores. Allí sabré que he regresado y KUM BA YAH diré en libertad por lo soñado.

La voz de la mazamorra

Paola Andrea Galeano Hincapié

SURAMERICANA, COLOMBIA

Todos los martes sin falta, cuando el sol estaba en lo más alto de las montañas, Apolo sabía que era la hora de saludar a su amiga: la señora Mazamorra. A decir verdad, él no entendía muy bien qué significaba esa palabra, pero cada vez que ella pasaba frente a la casa y gritaba con fuerza «¡Mazamooooorraa!» era como si lo estuviera llamando. Y claro, él ladraba, movía la cola con emoción y se paraba sobre las patas traseras para ver por encima de la reja y corresponder el saludo a su amiga.

La señora era una de esas vendedoras de toda la vida, de las que andan pa' arriba y pa' abajo con una olla enorme sobre un carrito. Tenía la piel tostada por el sol, curtida por los años y los andares. Siempre llevaba un sombrero viejo de ala ancha y un delantal con manchas de maíz y panela. Su voz era fuerte y clara, pero dulce a la vez, como una canción que ya hacía parte del paisaje del barrio. Caminaba despacio, pero con pasos firmes, como si cada martes siguiera una misión importante. Y para Apolo, eso era cierto: ella venía a verlo a él.

Él llegó a pensar que «mazamorra» era su forma secreta de comunicación, como una clave entre ellos dos. Era el llamado para que le batiera la cola, o para que le respondiera con sus ladridos alegres. Por otro lado, su humana parecía no estar muy contenta con esa amistad, pues cada vez que él ladraba, salía regañado: «¡Apolo, no más bulla!». Pero su amiga era muy valiente, pensaba, y no se dejaba amedrentar; al contrario, gritaba cada vez más duro, como diciendo: «¡Aquí estoy, Apolito, ladra más fuerte!».

«Es muy raro cómo los humanos usan excusas para mover la cola», pensaba Apolo, echado en el patio después del alboroto, «yo solo lo hago cuando escucho su voz. Y ellos... ellos lo hacen por la comida que ella lleva».

Con los años, la amistad fue creciendo. Apolo ya podía escucharla desde más lejos. Aunque ella caminaba aún más lento con el tiempo, él

la reconocía al instante y empezaba a mover la cola apenas escuchaba su llamado. La esperaba ansiosamente, cada martes, para gritar juntos. Hasta que un día, un martes de octubre, ella no llegó.

Pasaron las horas y Apolo seguía esperando. Se fue metiendo el sol y su amiga no apareció. Tampoco al día siguiente, ni al otro. Él miraba la calle desde la reja con la misma ilusión de siempre, pero la voz no regresó.

«¿Será que no moví bien la cola la última vez?», pensaba Apolo, «¿será que no ladré lo suficiente? ¿O será que se enojó conmigo?».

El tiempo pasó y Apolo ya no esperaba, su cuerpo, como su ánimo, se volvieron más lentos. Sus paseos por el parque eran más cortos y ya no correteaba palomas ni se emocionaba ladrándole a los niños en los columpios. Hasta que un día, en una de sus caminatas tranquilas bajo los árboles, escuchó algo. A lo lejos, muy lejos, una voz quebrada pero firme decía:

—¡Mazamoooooraaa!

Apolo se incorporó con esfuerzo. Sus orejas se alzaron, su cola empezó a moverse, y por un instante volvió a ser el mismo perro de antes. Con los ojos bien abiertos, buscó entre la gente.

¿Sería ella? ¿Habría vuelto para jugar una vez más?

Sou du soul

Gabriela Vasconcelos Soares

SEGUROS SURA, BRASIL

No extremo sul do Brasil, no coração do estado do Rio Grande do Sul, existe um costume que transcende gerações, lugares e situações. Não importa se é numa praça movimentada da cidade, na fila de um supermercado, dentro de uma loja, num canto da universidade ou à beira-mar em um fim de tarde: é quase certo que você encontrará alguém com uma cuia de chimarrão na mão. Aparentemente simples, esse hábito chama a atenção de quem é de fora e, para muitos, pode parecer apenas uma forma diferente de consumir uma bebida quente. Mas para nós, gaúchos, o chimarrão é muito mais do que isso, ele é um símbolo vivo de pertencimento, tradição, e principalmente, de afeto.

Tomar chimarrão é um ritual. O ato de passar a cuia de mão em mão carrega consigo uma mensagem silenciosa, porém poderosa: "tu és bem-vindo aqui". Em uma roda de chimarrão, não há distinção de classe social, idade ou credo. Ali, todos se tornam iguais, unidos por um laço invisível de respeito e partilha.

Há algo de mágico na forma como o chimarrão aproxima as pessoas. Ele não exige pressa. Muito pelo contrário: convida à pausa, à escuta, ao olhar nos olhos. Em meio à correria dos dias, é quase como um lembrete gentil de que o tempo pode e deve ser saboreado. E talvez seja justamente isso que fascina quem observa de fora: como um gesto tão singelo pode carregar tanta profundidade?

Entre nós, o chimarrão é quase uma extensão da identidade. Ele está presente nos encontros de família, nos acampamentos farroupilhas, nas rodas de amigos, nos corredores das escolas, nos intervalos do trabalho. E mesmo quando é tomado sozinho, ele nunca está de fato solitário. Há quem diga que, nesses momentos, o chimarrão serve de companhia para a alma, uma espécie de diálogo silencioso entre o vivente e seus próprios pensamentos.

O chimarrão é resistência cultural, é abraço quente em dias frios, é memória viva de um povo que honra suas raízes. É o elo entre o passado e o presente, entre a casa dos avós e a vida moderna. Ele representa valores que o mundo anda precisando resgatar: a escuta, o acolhimento, a paciência e a simplicidade.

E assim seguimos, dia após dia, levando nossa cuia por onde vamos. Porque mais do que uma bebida, o chimarrão é uma forma de ser e de sentir. É a alma do gaúcho servida em goles lentos, cheios de história, afeto e tradição. Que nunca nos falte tempo, nem água quente, para partilhar esse pequeno grande gesto que tanto nos define.

Soy del sur

En el extremo sur de Brasil, en el corazón del estado de Rio Grande do Sul, existe una costumbre que trasciende generaciones, lugares y situaciones. No importa si es en una concurrida plaza de la ciudad, en la cola de un supermercado, dentro de una tienda, en un rincón de la universidad o a la orilla del mar al atardecer: es casi seguro que encontrarás a alguien con una calabaza de mate en la mano.

Aparentemente simple, este hábito llama la atención de los forasteros y, para muchos, puede parecer solo una forma diferente de consumir una bebida caliente. Pero para nosotros, los gauchos, el *chimarrão*¹ es mucho más que eso: es un símbolo vivo de pertenencia, tradición y, sobre todo, de afecto.

Tomar *chimarrão* es un ritual. El acto de pasar la calabaza de mano en mano conlleva un mensaje silencioso, pero poderoso: «Eres bienvenido aquí». En una ronda de *chimarrão* no hay distinción de clase social, de edad o credo. Allí, todos se vuelven iguales, unidos por un vínculo invisible de respeto y de compartir.

1 Bebida tradicional del sur de Brasil, también consumida en otros países del Cono Sur (Argentina, Uruguay y Paraguay). Se prepara con yerba mate (*Ilex paraguariensis*) triturada y agua caliente, servida en un recipiente llamado cuia y consumida con una bomba (un pitillo de metal).

Hay algo mágico en la forma en que el *chimarrão* acerca a las personas. No exige prisa. Al contrario, invita a hacer una pausa, a escuchar, a mirar a los ojos. En medio de la prisa del día, es casi como un recordatorio amable de que el tiempo puede y debe saborearse. Y tal vez sea precisamente eso lo que fascina a quienes lo observan desde fuera: cómo un gesto tan sencillo puede tener tanta profundidad.

Entre nosotros, el *chimarrão* es casi una extensión de nuestra identidad. Está presente en las reuniones familiares, en los campamentos *farroupilhas*², en las reuniones de amigos, en los pasillos de las escuelas, en los descansos del trabajo. E incluso cuando uno se lo toma solo, nunca se está realmente solo. Hay quien dice que, en esos momentos, el *chimarrão* sirve de compañía al alma, una especie de diálogo silencioso entre el ser vivo y sus propios pensamientos.

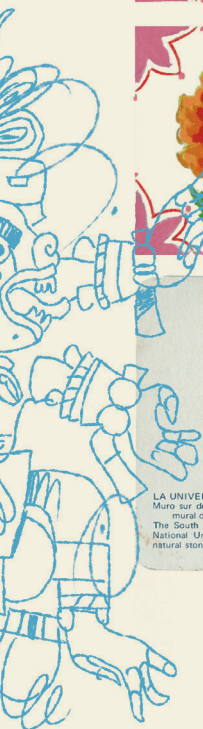
El *chimarrão* es resistencia cultural, es un abrazo cálido en los días fríos, es la memoria viva de un pueblo que honra sus raíces. Y es el vínculo entre el pasado y el presente, entre la casa de los abuelos y la vida moderna. Representa valores que el mundo necesita recuperar: la escucha, la acogida, la paciencia y la sencillez.

Y así seguimos, día tras día, llevando nuestra calabaza allá donde vamos. Porque más que una bebida, el *chimarrão* es una forma de ser y de sentir. Es el alma del gaúcho servida en sorbos lentos, llenos de historia, afecto y tradición. Que nunca nos falte tiempo, ni agua caliente, para compartir este pequeño gran gesto que tanto nos define.

2 Espacios culturales y festivos organizados en Rio Grande do Sul (Brasil) durante el mes de septiembre, en conmemoración de la Revolución Farroupilha (1835-1845). En ellos, los tradicionalistas montan campamentos con carpas, cocinas y escenarios, donde se celebran costumbres gaúchas: música, danza, gastronomía, vestimenta y valores asociados a la identidad regional.

Traducción al español de «Sou du soul» por Vinicius dos Santos da Silva.

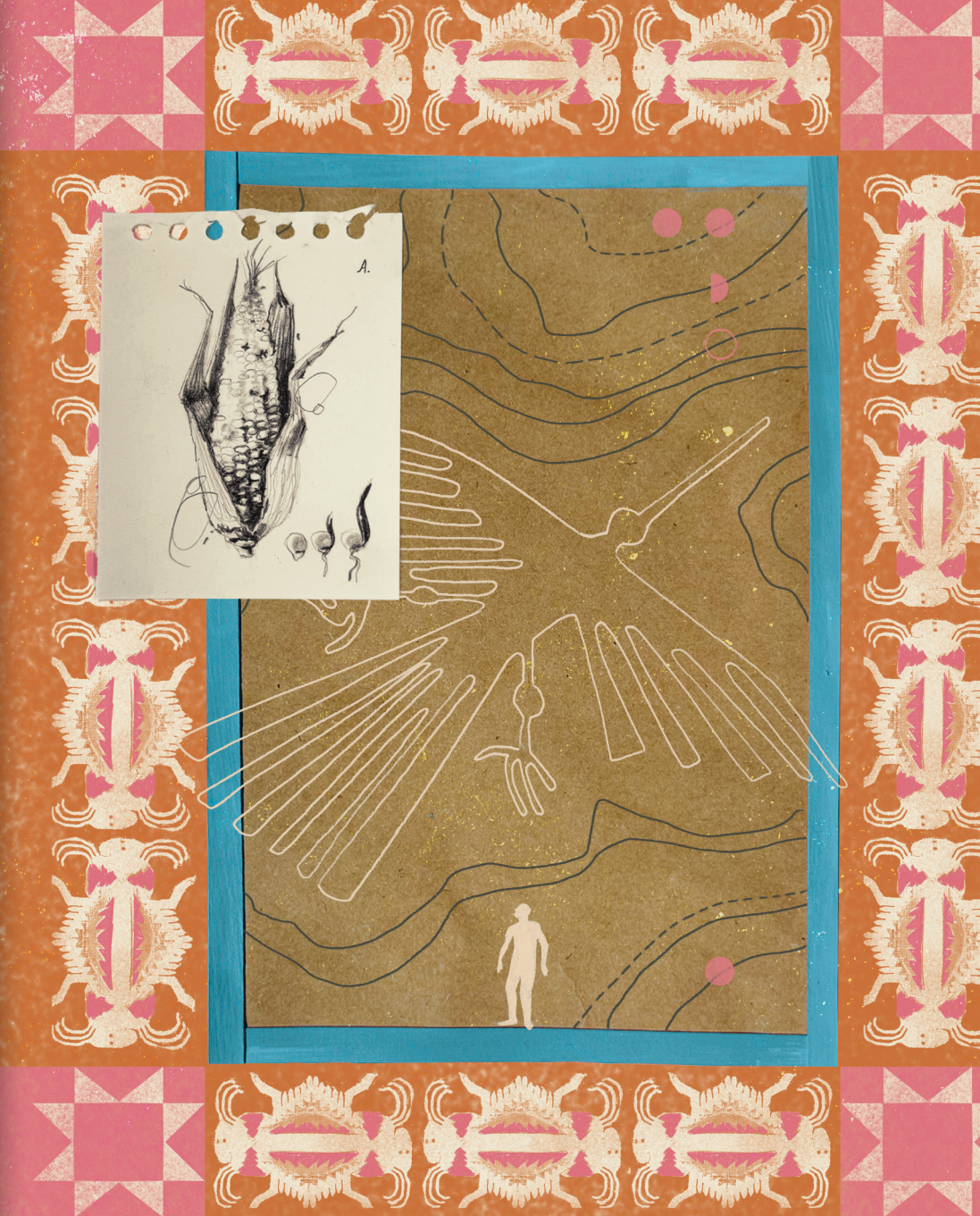


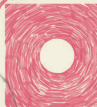
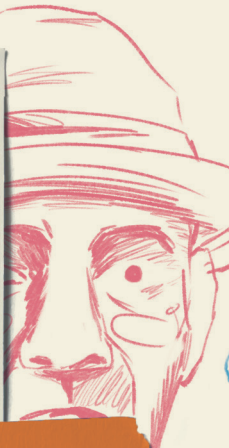


LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
Muro sur de la Biblioteca Central con mosaico
mural del Arquitecto Juan O'Gorman
The South wall of the Central Library at the
National University of Mexico with murals in
natural stone by Juan O'Gorman. Mexico, D.F.

(Coleccion Tarjetas Postales)







Neguj.
Hocir
Chăm
Recycl
Wiede
исполн
Noste.
למחזר
Ricicla
Носит



La noche naranja en el Día de Todos los Santos

Martha Rodríguez Martínez

SURA ASSET MANAGEMENT, MÉXICO

—¡Mami! ¡Mami! Ya veo a lo lejos cómo empiezan a encenderse las luces color naranja brillante. Date prisa a encender las tuyas también, o se nos hará tarde para nuestro encuentro. Ya estoy listo para el viaje en los brazos de mi tío que me ha cuidado por ti. Seguro que todos nos esperan para celebrar nuestro día, especialmente la abuela Mar, con su chocolate caliente y espumoso y esos bolillos doraditos que tanto te gustan.

Era una mañana fría de otoño. Podía sentirse en la cara, la brisa fresca del lago de Janitzio. La gente se preparaba para la fiesta nocturna que duraría dos lunas. Luces tenues y titilantes desprendían el humo sagrado que habría de llegar a lo más alto, hasta abrir el portal de entrada a los invitados.

En la mente de aquella chica sencilla, de corazón noble pero abrumado por el miedo y la incertidumbre, una voz interior no cesaba de hablar.

—No alcancé a elegirte un nombre mi pequeño, pero puedo sentirte todos los días en mi corazón.

Eran las cinco de la mañana y de un brinco se puso de pie. Ya no quería esperar más la llegada del amanecer. Escuchaba el canto tembloroso de los gallos que le hacían saber que pronto saldría el sol. Era el día mágico del 1 de noviembre, en el que, con mucha fe, todos esperan la visita de sus seres amados que partieron hacia la eternidad. Algunos, sin un adiós previo y otros dejando un abrazo y un último beso, con la promesa de un reencuentro. Para ella, era eso, una promesa que la mantenía de pie, con la esperanza de tenerlo algún día entre sus brazos y poder llenar de besos su frente pequeña.

El ambiente tenía un aire especial, olía a campo fresco, a tierra mojada, como huelen los altares cuando los llenan de flores recién regadas.

Poco a poco fue amaneciendo y el sol naranja pintaba las calles de color esperanza. La apresurada corría al mercado a comprar lo necesario para sus altares. En cada esquina, los lugareños vendían algo especial: velas blancas, rebozos, papel picado de colores. Para los adultos, se podían encontrar vinos, tequilas, y todo tipo de aguardientes para apaciguar la sed y calentar la garganta.

Para los más pequeños, se podían ver juguetes, dulces. Y para todos, imágenes de santos, copal, incienso y esas resplandecientes flores color naranja intenso, que pareciera fueron creadas solo con la intención de ser usadas para trazar el camino de las almas peregrinas que, en estos días, andan entre los vivos. La flor de cempasúchil, o flor de muertos, como algunos les dicen.

Estaba ya todo listo.

—Buscaré un lugar especial en casa, para levantar el altar más hermoso de esta noche. Tío, le pregunté a mi madre qué te gustaba de comer mientras escuchabas un poco de música, esa que tanto te alegraba, porque sé que en tus brazos traerás contigo a mi pequeño ángel de la guarda que tanto amo y añoro.

Empezó a sonar «Infinito» en la voz dolorosa de Enrique Bunbury.

En el más allá, esperando que en la tierra enciendan las luces naranjas que serán para ellos el faro que alumbre su camino, está, al pie del puente que cruza entre la vida y la muerte, un hombre alto, joven, de unos 35 años que lleva en brazos un bebé que, aunque no alcanzó a nacer, su alma y espíritu cumplieron su misión.

Ella encendió una a una las velas brillantes de su altar y ellos empezaron a caminar.

—Gracias, tío, por traerlo contigo esta noche. Abrázame muy fuerte, abraza a tu prieta querida y vete a ver a los tuyos que también te esperan.

Antes de irte, échate un taco para el camino, lo prepararé para ti. Tu mamá te espera todos los días, ve a abrazarla.

Y ella se quedó sentada, al pie de su altar, con la mirada perdida en el temblar de las luces. Parecía que cargaba un bebé en sus brazos.

—Mamita, no llores, siempre estoy contigo, te amo como a nadie. Dile a mi abuela que estoy bien, que las abrazo cada día.

Rogando que la noche no corriera al encuentro del amanecer, para que la magia no acabara, solo podía murmurar con lágrimas en los ojos: «A la roro niño, a la roro ya, duérmeme mi niño, duérmeme ya...».

El tintineo que baila

Natalia Medina Jiménez

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Era la primera vez que Laura sentía que el tintineo de las luces de las comunas nororientales de Medellín le hablaban. La noche estaba despejada, tibia, de esas que anteceden un día de verano bajo la línea ecuatorial.

—Laura, ¿nos ves bailar? ¿Vos querés bailar?

Parpadeó. ¿Cómo es que unas luces podían tener voz propia?

—Laura, míranos. Tenemos vida... y queremos contarte nuestras historias.

Desde su hamaca en el balcón de un edificio alto del occidente de la ciudad, Laura miraba hacia el oriente, donde las comunas de Manrique y Aranjuez se extendían como un tapiz sobre la montaña. Ese no era su mundo: había llegado hacía un año a Medellín por trabajo, pero la pandemia la dejó encerrada en una burbuja de comodidad y privilegios. Vivía en la superficie de la ciudad, solo la habitaba, no conocía su centro ni su alma.

Pero esa noche algo cambió. Fue desde ese rincón elevado que escuchó a Medellín susurrarle con luces. Al amanecer, con el primer sorbo de café, aún sentía esa voz. Durante el camino al trabajo, buscó con la mirada el parpadeo pero ya no estaba. Solo veía montañas quietas y silentes. «¿Y si voy?», se preguntó. Era la primera vez que deseaba cruzar los límites de su mapa personal.

Los días pasaron. Las luces seguían ahí, pero ya no le decían nada. El hechizo se había disipado.

Cada tarde, con taza en mano, salía a buscarlas desde el balcón. Esperaba que volvieran a llamarla, pero solo había silencio, pólvora y un ruido que lo ensordecía todo con el diciembre que llegaba. Medellín ardía de fiesta pero Laura no. Agotada del bullicio, se refugió de nuevo en su hamaca. Las calles de su barrio estaban vacías. Sentía la ausencia de todo lo que aquella noche le pareció mágico. «¿Y si fue mi imaginación?

¿Y si la ciudad no habló nunca?», pensó. Pero en el horizonte, justo en medio de la montaña, una luz parpadeó distinto. Luego otra y otra. No era pólvora, era... ritmo.

Una certeza le brotó en el estómago. No era una voz, sino una intuición.

—Laura —decía algo—. No nos fuimos. Solo esperábamos que volvieras, no a mirarnos... sino a vivirnos.

El teléfono sonó. Era Blanca, su compañera de trabajo.

—Laura, estoy con mi familia en Aranjuez. Pensé que vos estabas sola. ¿Querés venir?

Laura dijo que sí sin pensarlo. Tomó una chaqueta y pidió un taxi. Cuando llegó a San Cayetano, uno de los barrios de Aranjuez, encontró calles llenas de vida: fogones con natillas, chicharrón, aguardiente, niños con chispitas, familias bailando. Pastor López en una cuadra, Rodolfo Aicardi en la otra. Todo era música, todo era encuentro.

Desde lejos, Blanca le gritó:

—¿Vamos a bailar o qué?

—Dijo ¿«bailar»? —Y recordó en el acto, la misma invitación que le habían hecho las luces tintineantes que la llamaban a bailar y se movían vivas para contarle sus historias. Y ahora, en boca de Blanca, volvía a aparecer como si el azar no tuviera nada que ver.

Y entonces Laura, tímida e introvertida, bailó. No con uno, ni con dos... sino con todos. Entre canciones, fue hilando conversaciones con la familia de Blanca, descubriendo historias de vida dedicadas al servicio, a la salud. Escuchó sobre los abuelos que huyeron de la violencia en Fredonia para empezar de nuevo en Aranjuez, sobre los límites invisibles del barrio, y sobre don Óscar, el panadero que, con trabajo y fe, vio a sus hijos convertirse en profesionales. Así, paso a paso, Laura tejía con ellos la memoria viva de un lugar que ya sentía suyo.

Esa noche, entre bailes, buñuelos y relatos, Laura comprendió que ya no era una extraña: Aranjuez era también su historia. Escuchando sueños, memorias y luchas cotidianas, sintió que algo se acomodaba en su interior. Ya no observaba la ciudad desde lejos, sino desde el corazón

de una comunidad que la acogía. Entendió que el arraigo no llega con el tiempo, sino con el vínculo. Y que, cuando las luces volvieran a parpadear en la montaña, ya no necesitaría interpretarlas. Su corazón ya lo entendía todo.

La bruja del pueblo

Alicia Meza Geron

SEGUROS SURA, MÉXICO

Ella era una mujer como pocas, su infancia fue muy difícil pues quedó huérfana de madre a muy temprana edad, y su padre al poco tiempo cayó en el vicio del alcoholismo. Así que un buen día ya nada se supo de él, quizá murió o la abandonó; nunca nadie lo supo.

Quedó completamente desprotegida, pero unas personas que vivían cerca aceptaron recogerla en su hogar a cambio de tener quien apoyara en las labores de la casa, como se acostumbraba en épocas antiguas.

Todos los días se levantaba a las cinco de la madrugada a hacer el nixtamal, luego a molerlo en su pequeño molino de mano y en seguida hacer las tortillas, no sin antes poner su olla de café en el extraño anafre donde solían cocinar los alimentos. Aprendió a muy temprana edad las responsabilidades de una mujer adulta, que en ese tiempo consistían en labores de cocina, limpieza y cuidado de niños.

Su infancia y adolescencia las vivió de esa manera. Pero hubo una edad donde se empezó a interesar en otro tipo de cosas; y entonces su curiosidad la llevó a estudiar las propiedades de las plantas, empezó a frecuentar a personas con conocimientos de herbolaria; y debido a su sobresaliente inteligencia aprendió rápidamente y empezó a conectar sus pensamientos y sus emociones con la naturaleza; y con el paso de los años se convirtió en una especie de curandera a la cual acudían muchas personas. Incluso algunos médicos importantes de esa época reconocían su excepcional manera de resolver algunos casos que para ellos eran difíciles.

Así fue como obtuvo fama y reconocimiento entre los habitantes del pueblo, aunque muchos no concordaban con sus ideas pues muchas veces se le veía por las noches despierta y meditando; algunos afirmaban haberla visto hablando con alguien; sin embargo, ella vivía sola en su casa de madera, con piso de tierra y techo de lámina. Por eso empezaron a llamarla bruja.

En una ocasión personas muy apegadas a la iglesia intentaron quemarla, porque pensaban que practicaba las artes oscuras y al ser un pueblo conservador de las tradiciones religiosas no podían permitir que una situación así contaminara su pueblo. Pero no lo lograron ya que el párroco fue a impedir tal atrocidad, situación que la llevó a cambiarse a una casa todavía más retirada del pueblo y de las personas.

Los niños le temían, la veían y se escondían, pues pensaban que tal vez podía hacerles algún encantamiento. Los adultos le tenían mucho respeto debido a la ayuda que tantas veces les brindó con alguno de sus brebajes o recetas antiguas que les hicieron recuperar su salud y aliviarse de sus malestares.

A ella no le molestaba ser conocida como la bruja del pueblo, esa palabra no tenía nada que ver con lo maligno ni la oscuridad; significaba ser la luz para la vida de las personas. El hecho de poder resolver cosas, de sanar y brindar felicidad a las personas la hacían sentir de maravilla. Ella misma decía que no había mejor pago que ver la cara de alegría de algún enfermo que por fin había sanado.

La última vez que la vieron en el pueblo eran días de fiesta y salió con su vestido floreado de olanes, con su cabello largo y lleno de canas que peinaba con dos trenzas adornadas con unas flores muy llamativas. Ese día se veía diferente, como si salir a convivir le brindara un poco de alegría. Por primera vez en mucho tiempo se le notaba feliz a ese rostro ya viejo y cansado marcado por muchas arrugas, las cuales eran señal inequívoca de su largo caminar por este mundo.

Unos días después ya no se le vio más, lo cual era algo extraño pues cada domingo caminaba hacia el pueblo por cosas para su uso personal. Cuando acudieron a buscarla a la pequeña cabaña en la cual vivió hasta sus últimos días ahí la encontraron, sentada en una mecedora. Al lado de ella tenía una taza de té y una especie de diario donde solía escribir cosas.

Ahí estaba ella y en su rostro una cara de tranquilidad y de infinita paz. Ya no está más con nosotros pero dejó una huella imborrable en la vida de quienes la conocieron.

Quando el viento susurró

Jennifer Luján Sánchez

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Después de mi visita a la ranchería wayuu, lo que más resonó en mi cabeza fue entender que, tras la muerte, las personas que más me aman tendrían que acostumbrarse a vivir sin mí.

La celebración no es por mi partida, sino porque la vida de los demás debe continuar, aunque yo ya no esté.

Allí, en medio del desierto guajiro, aprendí que la muerte no se llora con gritos desgarrados, sino con cantos que cortan el silencio como cuchillos.

Que el alma no parte de inmediato, sino que se queda por un tiempo, rondando los lugares que amó, escuchando las voces de quienes aún la nombran.

Y pensé en ti, una suave brisa rozó mi mejilla.

No fue el viento de siempre.

Fue más cálido, más íntimo.

Y, en ese instante, viajé al recuerdo más doloroso: la noche en que te fuiste.

Estabas en la habitación del hospital.

Las luces frías, el olor del alcohol y del miedo.

Entonces, en medio de ese silencio, yo medio dormida, sentí tu voz susurrándome al oído:

—Hija, ya es hora.

Me levanté confundida, te tomé la mano... y a las 4:08 a.m. diste tu último suspiro. Mi corazón, aunque roto, entendió.

Imaginé cómo habría sido despedirte allí, bajo el sol ardiente de La Guajira, entre cactus y viento, tu cuerpo habría reposado envuelto en la manta que tejieron tus hermanas con amor y paciencia.

No habría lamentos desgarradores, solo cantos. Te habrían velado acompañada por los sueños y las voces de quienes te amaron.

Porque en esta tierra, llorar no siempre es signo de pérdida, sino de agradecimiento.

Agradecimiento por lo vivido.

Por lo que dejas en cada uno.

Escucharía las palabras de mis mayores, diciendo que el alma se demora, aprende a irse. Y les creería porque sé que la tuya caminaría con nosotros, despacio, tranquila.

Las primeras noches, te soñaría sentada en un chinchorro, con los ojos cerrados pero sonriendo, como siempre.

Esa madrugada no fue un sueño. Fue real.

Y el viento cambió desde entonces.

Te reconocí en la forma en que el aire me acariciaba el rostro, como si susurrara un secreto que solo yo podía entender.

Pasabas por mis mejillas como una caricia que sabía a recuerdo.

Desde entonces, comprendí que el amor no muere, solo cambia de forma. También sé que la muerte no es un final, es una nueva forma de estar.

Tú sigues aquí, en mí, en mis pasos.

Y cuando el viento cambia, sé que es porque me visitas. No para quedarte, sino para recordarme que sigues caminando a mi lado, tranquila, como el alma que se demora.

El último taco en la avenida Revolución

Patricia Ceceña

AFORE SUR, MÉXICO

El vapor de los tacos de adobada se mezclaba con el aroma del mar que llegaba de las playas de Tijuana. Era sábado en la avenida Revolución, y todo el mundo parecía en movimiento: turistas que buscaban la foto perfecta con el burro cebra, vendedores que ofrecen artesanías de Oaxaca y bandas norteñas que afinaban sus acordeones frente a los bares centenarios.

Marco, un joven taquero nacido y criado en la ciudad, trabajaba junto a su padre en el puesto familiar, un pequeño carrito de acero que había resistido décadas de noches tijuanaenses. No era cualquier taco; era «el Taco», aquel que generaciones de tijuanaenses y visitantes habían probado al llegar o antes de cruzar la frontera. «Si comes aquí, Tijuana te acepta», decía su padre, convencido de que en cada tortilla había una parte de la identidad de la ciudad.

Aquellas noches, entre clientes y extranjeros que intentaban pronunciar «con todo», llegó una mujer mayor con una mirada nostálgica. Se llamaba Dolores y tenía años sin pisar la Revolución. Había crecido en los tiempos en que los boleros limpiaban zapatos en cada equina. Pero ahora todo era distinto. Sin embargo, cuando probó el taco, cerró los ojos. Era el mismo sabor de su infancia.

—Gracias, miijo —dijo con voz quebrada—. Sabe igual que hace cuarenta años.

Marco sonrió. No importaban los cambios, ni los edificios modernos ni las modas pasajeras.

Mientras los tacos sigan aquí, Tijuana seguirá siendo Tijuana, ¡la frontera más visitada del mundo!

Cruce de caminos (El acordeón mágico)

Édgar Marcel Turizo Poveda

SEGUROS SURA, COLOMBIA

En aquellos días en que el polvo acechaba los caminos del Cesar y La Guajira como un espíritu errante, los acordeoneros —hombres de leyenda y alma de canto— recorrían las provincias del norte de Colombia. Desde San Diego hasta El Paso, de Patillal a Urumita, cada pueblo era una cuna del sentimiento cantado, un escenario de memorias hechas melodía.

Eran tiempos donde los aires del vallenato no solo se tocaban, se vivían. Y entre tantos juglares, dos nombres se enfrentaron como titanes convocados por el destino: Emiliano y Durán. Su rivalidad no era de espadas ni pólvora, sino de notas que herían sin matar, que sanaban sin curar. Las balas de su guerra eran estrofas, y los disparos, versos.

Las chismosas del pueblo —el noticiero oral de la época— narraban con devoción aquellas batallas musicales como si fueran epopeyas.

*Durán, tú a mí no me ganas,
porque Dios me dio el talento,
y aunque tú toques bonito,
yo te toco sin lamento...*

Así de crudos eran los enfrentamientos, donde cada acorde retumbaba como un trueno en el alma de quienes los escuchaban.

Y entonces sucedió lo inevitable. Una tarde sin fecha precisa, como si el calendario se hubiera desvanecido en la emoción del momento, los dos se encontraron en la mítica Plaza de la Leyenda Vallenata, ante treinta mil almas que respiraban al ritmo del folclor.

Emiliano fue el primero en desafiar al tiempo, interpretando con maestría el paseo y la puya. El eco de su acordeón parecía invocar a los

ancestros, y por un instante, el polvo del desierto se detuvo a escuchar. Durán cayó de rodillas, como herido por la belleza misma.

Pero cuando todos creían que el duelo había terminado, Durán, desde el suelo, alzó su instrumento como un arma sagrada y empezó a tocar las notas prohibidas de Juancho Polo Valencia. Era una melodía que no muchos se atrevían a entonar, de esas que parecían abrir portales a otras dimensiones. El silencio se apoderó de la plaza. Luego vino el delirio.

El público, en éxtasis, lo alzó en hombros. Y justo cuando el clamor era más intenso, Durán comenzó a desvanecerse entre los vítores, hasta que su figura se volvió un ramillete de mariposas que se perdió en el cielo. Al buscar a Emiliano, tampoco estaba. Había desaparecido como se esfuman los sueños al despertar.

Desde entonces, nadie sabe si fueron reales o si nacieron del mismo mito que envuelve al vallenato. Pero cuando suenan sus canciones, el corazón de quienes las escuchan late distinto, como si en algún rincón del alma supieran que ellos siguen allí, vivos en la melodía de un acordeón que nunca dejará de sonar.

Entre cañas y flautas

Moisés Manuel Díaz Pérez

SEGUROS SURA, REPÚBLICA DOMINICANA

En el batey Alejandro Bass, el sol parecía nacer antes que en cualquier otro rincón de San Pedro de Macorís. Cada mañana, el aroma a caña fresca y el eco de los machetes marcaban el ritmo de lo que habría de venir. Allí, donde el verde se extendía hasta perderse en el horizonte, convivían viejas costumbres con sangre nueva. La de los cocos, hijos y nietos de migrantes de las Antillas Menores, que habían sembrado sus sueños entre el azúcar y el mar.

Teo, un muchacho de diecisiete años, llevaba el machete como quien lleva una herencia. Desde pequeño aprendió a cortar caña sin herirse, a leer el viento entre las hojas, a reconocer el llamado de la sirena del Ingenio que marcaba el inicio y fin de cada jornada.

Pero en el batey no todo era trabajo. Cada diciembre, cuando el aire se llenaba de olor a anís y canela, llegaban los Guloyas. Sus tambores, redoblantes y silbidos anunciaban danzas de herencia africana e inglesa, pasadas de generación en generación. Vestían trajes vivos, con capas brillantes y coronas de espejos y lentejuelas. Bailaban saltando ágilmente, como si la tierra no pudiera retenerlos.

Teo los observaba a la distancia. Desde los doce años había dejado la danza de David y Goliat para dedicarse por completo a ser cañero. Don Chiverton, el líder de la comparsa con setenta y un años a cuestas y energía de joven le guiñaba un ojo mientras lanzaba su hacha y bailaba al ritmo del tambor, el triángulo, las maracas y la flauta. Era un espectáculo mágico, una mezcla de teatro, música y memoria que solo los suyos sabían mantener vivo.

—Venga primito Teo —le cantó Don Chiverton entre un giro y un tambor—, que ser cocolo no es solo sudar en la caña, es también sembrar en el baile la memoria de los nuestros, para que no se nos muera el camino.

Pero Teo respondía en silencio. «No puedo perder el tiempo», pensaba. Había demasiada caña que tumbar, demasiadas cuentas por pagar, demasiados sueños que aún no llegaban.

La vida en el batey no era fácil. Cuando la zafra era mala o los pagos se atrasaban, el silencio se apoderaba de todo. El Ingenio, con sus dueños lejanos y capataces duros, imponía jornadas interminables bajo el sol. Las horas extras no pagadas, el «*over*», se hacían costumbre. Promesas de pagos justos se esfumaban en descuentos injustificados y deudas en la bodega, firmadas en papeles que nadie sabía leer.

Y aun así, el batey resistía. En sancochos improvisados, en canciones tristes que brotaban bajo estrellas indiferentes, en niños que corrían descalzos y en mujeres que tejían sonrisas con trapos viejos. Resistía en hombres como Teo, que seguían cortando caña como si cada tajo fuera una rebelión contra el olvido. Porque entre polvo, sudor y música, vivir era una forma de decir: «Seguimos aquí».

Una tarde de mayo llegó la noticia de que cerrarían los Ingenios Consuelo y Santa Fe. El miedo se coló en cada casa como brisa mala. Los ancianos murmuraban preocupados; los jóvenes pensaban en irse a la capital o embarcarse en una yola a Puerto Rico.

Teo sintió el peso del futuro. ¿Qué haría si el Ingenio cerraba? Ya no bailaba, ni corría tras los tambores. Los Guloyas seguían desfilando cada diciembre, pero él apenas los miraba, con las manos agrietadas y la mente atrapada en el surco. El tiempo de soñar, pensaba, había quedado atrás.

Pero una noche, bajo un flamboyán, Teo se atrevió a bailar como un Guloya una vez más. Al principio torpe, luego más suelto, recordando cada giro, cada salto, cada tiempo. Los niños lo aplaudían y Don Chiverton, sentado en una piedra, sonreía.

—Así mismo, muchacho— dijo el viejo, su voz llevada por el viento—. El batey puede volverse polvo, pero mientras un solo pie golpee la tierra en son de baile, nadie olvidará nuestro recuerdo.

Y entre cañas y flautas, la vida en Alejandro Bass siguió su tiempo.

Donde vuelven los que amamos

Ivette Elisa García Merino

AFORE SURA, MÉXICO

El sonido del viento que pasa entre los árboles y las hojas secas que desfilan entre las tumbas adornadas con flores amarillas y veladoras, le dan a la noche un aura misteriosa, hasta podría decirse que tenebrosa. Sin embargo, para los visitantes de aquel panteón, esta fecha tan esperada representa volver a reunirse con los suyos, dedicarles su platillo favorito, volver a recordar cómo fueron en vida, traer de nuevo esas fotos viejas, donde lucen tan jóvenes y donde la vida parece eterna. Un mariachi se escucha de fondo, cantos, rezos, risas y quizá, uno que otro llanto a lo lejos.

Para Clementina, el Día de los Muertos ha sido tradición en su familia desde que su mamá la llevaba al panteón a dejar flores a las tumbas de sus muertos, le contaba historias de sus parientes fallecidos, historias de dramas familiares, de traición y desamor. Pero de entre todas aquellas historias, su favorita era la historia de sus abuelos, de Luciano y Emilia, de cómo se habían conocido y sobre todo, cómo se habían enamorado.

El destino significaba grandes cosas para Emilia, amaba la lluvia y los paseos por los parques, en donde buscaba encontrar en su camino monedas que completaran su creciente colección. Luciano era una oda a la palabra orden, todo cuanto tenía estaba clasificado para facilitar su uso. Entender por qué se habían enamorado era una necedad en un mundo lleno de interrogantes más profundas, y pese a su complejidad, más fáciles de entender que esta.

El amor puede ser comprensivo y transformarse, amoldándose al cuerpo de quien lo resguarda, sin embargo, el tiempo se encarga de recordar constantemente que, llegado el momento, será hora de cerrar el telón.

Ese momento le llegó primero a ella. La última tarde que pasaron juntos estuvieron sentados en esas viejas sillas mecedoras que se negaban a cambiar. Habían atestiguado comidas familiares, cumpleaños de los nietos, habían visto tantas Navidades pasar. Ese jardín con esas sillas, lo era todo para ellos.

Esa fatídica tarde Luciano puso el tocadiscos y se dejaron llevar por el compás de las viejas melodías que tanto les gustaban. Ella comenzó a llorar y lo abrazó con fuerza. Sabía que iría al único lugar donde no le pediría que la acompañara, y al que no quería ir, porque este mundo era perfecto porque lo tenía a él.

Pasaron casi tres años para que él la siguiera. Ella le había enseñado a amar la vida y valorar cada nuevo día, cada oportunidad de escuchar una nueva canción, de reír por los chistes tontos pero bien contados, a saber, que la vida siempre ofrece grandes satisfacciones a aquel que está consciente de su mortalidad.

Lo enterraron junto a su esposa una tarde lluviosa, curiosa forma de hacerse presente y cerrar su historia.

—Mamá, ¿ya nos vamos? —la pregunta saca de su ensimismamiento a Clementina. Había logrado que Roberto, su hijo adolescente en etapa de rebeldía, la acompañara a su cita anual, a llevarle flores a sus antepasados, y a recordar una vez más estas historias que su mamá le había contado, cuando la adolescente era ella.

—Ya, solo deja pongo el camino de flores y nos vamos.

Roberto tuerce los ojos y mete las manos a las bolsas de su pantalón, molesto porque había quedado de verse con su mejor amigo para jugar con la consola de moda que le había llegado esa tarde.

—Listo, ya nos podemos ir —dice Clementina al cabo de unos minutos.

Roberto nota que su mamá está callada, quizá la hirió con sus constantes quejas y reclamos. Se siente culpable, después de todo, su pequeña familia ha pasado por momentos difíciles, pero ha salido adelante gracias a los sacrificios que ella ha realizado.

—Mamá, ¿cómo se conocieron los abuelitos?

Clementina sonríe, sabe muy bien que es su manera de disculparse y lo acepta.

Dos figuras espectrales los ven alejarse, Luciano y Emilia se saben a salvo, están seguros que su recuerdo seguirá vivo mientras haya alguien en su familia dispuesto a contar su historia y alguien curioso que no se canse de escucharla.

05

Territorio e identidad

LATINOAMÉRICA CUENTA



Cuando cae la lluvia

Juan Camilo Galeano Orozco

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Mi Tita decía que el cielo guarda razones para desatar la lluvia. En la época, antes del lodo, llovía casi a diario en la vereda, así que a la luz de una vela mi Tita nos narraba las leyendas de nuestros ancestros, los ritos en las cuevas de Santa Catalina o la razón para nombrar este municipio antioqueño igual que una ciudad italiana. Sabía sobre plantas, ofrendas y cuentos de la Patasola o la Madremonte. Creo que alguna vez la espantaron en los caminos de herradura, los mismos que yo recorría después de la escuela y que embarraban mis botas de Hello Kitty.

Durante la noche, mi Tita salía descalza, en batola y con su pelo rebujado a suplicarle al bosque que le devolviera a mi Apá. Hasta quiso pagarle a la bruja Celia a ver si con magia aparecía, porque a la policía le había quedado grande encontrarlo.

¡Lo extraño! Siempre me revolcaba el cabello y me llamaba Crespitos. Según él, mi pelo era el más bello de la región, una esponja que intentaba besar las nubes. Para mí era un algodón de azúcar, de los que vendían en la plaza los domingos luego de la misa de doce. Solo quería que él volviera, me lo había prometido.

Yo madrugaba para ayudarle a mi Amá, que ya tenía más destinos, como decía ella, por las tareas de mi Apá: ordeñar, atender el cultivo y vender las hortalizas.

A veces el cocorocó del gallo enmudecía con un temible rugir de la montaña, como un ronquido del Mohán. No lo entendía, pero igual recogía los huevos colorados de Rosita para desayunar. Me gustaban revueltos con pan remojado en agua'e panela. También hablaba con mi Tita en su mecedora, predecía el clima con solo palpar la brisa o escuchar las aves. Un día le pregunté si mi Apá regresaría, y dijo que todos volvíamos, aunque de formas inesperadas.

Esa noche, ambas imploraríamos a los ancestros. A oscuras me levanté y calculé mis pisadas en la baldosa fría para no caer o aplastar alguna rana extraviada. Llovía. Salí al pasillo, las materas colgantes se mecían. Afuera estaba ella con sus brazos hacia la luna, como un espíritu errante. Me le acerqué, empapada, temblorosa, y gritamos por mi Apá. Yo pedía a dos bandos: a Dios en la iglesia y a mis ancestros en el bosque.

De repente, saltaron ruidos inquietantes y traquear de ramas.

—¿Son los monstruos de tus relatos? —le pregunté.

—O los hombres del monte, mi niña. A veces son la misma cosa. Pero creo que es nuestra respuesta.

Aparece, aparece, repetí hasta que una luz brilló entre los árboles. ¡Era mi Apá! Corrí a abrazarlo mientras mi corazón danzaba en mi pecho. Me llamó Crespitos y lloré. Necesitaba sus brazos cálidos rodeándome. Emanaba luz, igual que una luciérnaga, mi pedacito de estrella que bajó del cielo. Me animó a crecer y a cuidar de mi Amá.

—Te amo más allá del tiempo —me susurró. Cumplió su promesa de volver, aunque de una forma inesperada.

Mi Tita me empujó a dejarla, y supe que su espíritu ya no era de este mundo. Me despedí acongojada y entré a la casa a despertar a mi Amá. No me entendió, pero sus dudas se despejaron con un estruendo desde la cima del cerro. Salimos disparadas, solo pude salvar a Rosita. Fue horrible cómo esa cascada de lodo se deslizó por la montaña, arrasando con árboles y rocas en su camino. En la huida perdí una de mis botas pantaneras que se hundió en el fango. El torrente estaba a punto de engullirnos, pero mi Apá y mi Tita llegaron con nuestros ancestros. Juntos, ondearon sus manos y torsos brillantes en una danza que nos protegió con un halo de luz. La avalancha saltó sobre nosotros, sin dañarnos, y se desvió lejos de nuestra casa de bahareque. El tiempo pareció anclarse, y entre tanta destrucción solo yo presencié el rito ancestral, el antiguo poder.

Hubo un hondo silencio tras la tragedia. Mi Amá se derrumbó cuando le di el mensaje de mi Apá, y comprendí que necesitaríamos muchas

lluvias para limpiar las heridas que abrieron las pérdidas. Desde entonces, cada noche cuando cae la lluvia, dos luciérnagas me visitan sin falta, mis pedacitos de estrella bajados del cielo.

Una historia cotidiana

Christian Philippe Cartagena García

SEGUROS SURA, REPÚBLICA DOMINICANA

El reloj indicaba quince minutos pasadas las 9 de la mañana y Christopher no dejaba de pensar en cómo este sería un típico martes de verano en el caótico Distrito Nacional de la República Dominicana; la tierra del merengue, la bachata y la hospitalidad.

Sin embargo, su día había comenzado mucho antes. Eran las 4:30 a.m. y no había podido conciliar el sueño en toda la noche porque la energía eléctrica había desaparecido desde las 8:45 p.m. ¡Sin importar que el sector donde vivía era una zona energizada 24/7! «Pero claro, son cosas que solo pasan en mi país», pensó con resignación.

Eran las 7:45 a.m. cuando por fin había podido salir de su casa en el motoconcho de todas las mañanas. Apenas comenzaba el día, pero ya se sentía el peso de la jornada en los rostros de quienes, como él, enfrentaban las rutinas de aquella ciudad construida con la sangre de los padres de la patria.

De pronto sus pensamientos fueron interrumpidos de manera abrupta por una acalorada discusión entre el motoconcho y un anciano que cruzaba la calle. «Definitivamente el día promete», pensó. Mientras se desmontaba del motoconcho con su bulto de comida en una mano, y el bulto de trabajo en el hombro, pudo ver una fila de casi doscientas personas para entrar a la estación de tren.

Eran las 8:30 a.m. cuando por fin salió de la parada de tren, cerca de la Plaza de la Bandera. «Ya estoy más cerca de llegar al trabajo, tal vez no llegue tarde y participe en la reunión matutina del equipo», pensó. Para su sorpresa pudo conseguir transporte de inmediato: apretados como sardinas, pero ya iba de camino.

A las 9:20 a.m. el carro no se movía y el calor ya era insoportable. Christopher podía sentir las gotas de sudor recorriendo toda su frente. «¿Qué estaría ocasionando este retraso?», se preguntaba. El semáforo

cambiaba de rojo a amarillo y a verde, y volvía el ciclo una y otra vez. Mientras repetía esta secuencia logró ver debajo del semáforo a las cotorras verdes del tránsito. Habían decidido descoordinar el flujo vehicular a su antojo, ignorando por completo el orden lógico del semáforo. Las cotorras verdes habían logrado su objetivo: un desorden cotidiano.

De repente un fuerte estruendo acaparó la atención de todos. Hubo gritos, confusión y desespero. Christopher no lograba entender qué pasaba, pero algo no estaba bien. Entonces, sin pensarlo dos veces, se desmontó del vehículo dejando sus pertenencias.

A medida que se acercaba el humo se hacía más fuerte. La visibilidad empezó a disminuir y el miedo a aumentar. Cada paso le permitía escuchar gritos de auxilio. Aquel supermercado típico se encontraba envuelto en llamas. Con decisión, empezó a ayudar a las personas afectadas. Hacía lo que podía y mientras asistía a una mujer embarazada con quemaduras en la pierna, escuchó una voz:

—¡Cuidado, va a explotar! —En ese momento vio de cerca un tanque de gas y una freidora encendida. ¡Una bomba de tiempo!

Inmediatamente empezó a mover a la víctima que ayudaba, pero no podía manejar su peso y ambos cayeron al suelo. Supo que la inminente explosión los convertiría en dos víctimas de tan horrenda situación. ¡Qué ironía, solo quería ayudar! De pronto ambos fueron levantados por personas que decidieron ayudarlos. En segundos todo cambió: en un momento estaban en el piso y en el otro se encontraban fuera de la zona de peligro, sin heridas.

Había perdido la noción del tiempo y se acordó de que había dejado sus bultos en el carro público del que salió corriendo.

—Ni modo —dijo para sí mismo. Mientras caminaba de vuelta a la avenida, vio el carro estacionado. Con asombro, encontró todas sus pertenencias. En ese instante se volteó y observó a los demás: tenían la cara negra cubierta por el hollín del humo y una sonrisa. No importa el mal día que estén viviendo: si algo tienen los dominicanos es que en tiempos de crisis sacan su mejor versión.

¡Van a caer maridos!

Ana Isabel Tamayo López

SURA ASSET MANAGEMENT, COLOMBIA

Primero el relámpago de luz. Uno, dos, tres segundos ¡y taz! Escuché el estruendo. El primer pensamiento que pasó por mi cabeza fue lo que decía mi mamá cada vez que asomaban los nubarrones negros en el horizonte, levantando la voz en plena corrida con mis hermanos, para cerrar las ventanas de la casa: «¡Van a caer maridos afuera, mijitos!».

En mi mente infantil, esa imagen de hombres con corbatín y esmoquin cayendo del cielo me generaba una mezcla de preocupación y curiosidad. Me preguntaba si realmente podría suceder que de esas nubes oscuras salieran expulsados tipos bien parecidos, que sin romperse ni un hueso cayeran sobre el pavimento de pie y dispuestos a marchar hacia la iglesia más cercana, al encuentro de una novia en su vestido blanco, ansiosa por dar el sí.

El recuerdo de las palabras de mi madre me hizo sonreír, pero se desvaneció lentamente como el sol, que hasta hace unos minutos iluminaba el cielo. Una gran tormenta se acercaba al Valle de Aburrá. Pude sentirlo en el viento frío que me silbó en un oído y el inconfundible olor del asfalto caliente, que se eleva del suelo cuando las primeras gotas se estrellan contra él.

Y es que no estaba por llover un lugar cualquiera, sino en Medellín, una ciudad rodeada de montañas y de bordes que contienen la lluvia. Como un balde que se llena de agua, y luego se rebosa como una cascada inundando las calles y aceras que encuentra a su paso.

En ese instante, empezó a correr el minuto de ventaja, que algunas veces otorga el cielo generoso, para refugiarse bajo el techo más cercano. Sesenta segundos que marcaban la diferencia entre salvarse o quedarse atrapado en un universo donde el tiempo se detenía indefinidamente. Sentí la primera gota en mi frente y observé los semáforos, cuya luz roja era la señal del letargo del reloj detenido. De repente los carros andaban

despacio. ¡Qué digo andando! Los carros quedaron prácticamente parados en la calle y los conductores, que claramente no pudieron escapar, comprendieron que ya no había afán, que no iban a llegar a tiempo a la reunión, al encuentro o a la anhelada siesta, que inevitablemente tendría que postergarse. Tras el minuto de gracia, los de las sombrillas pararon de correr, resignados a caminar con los zapatos mojados y a enfrentarse a la inevitable pecueca, que quizá duraría meses recordándoles esta y otras tardes lluviosas.

Dirigí mi mirada hacia un motociclista que hábilmente improvisaba un escudo de bolsas de plástico, tratando de taparse los pies, el torso y la cabeza. Quizá estaría decidiendo la mejor estrategia para esquivar los huecos conocidos, que rebosados de agua se convertían en trampas mortales si no se andaba despacio y con cuidado.

No sé cuánto tiempo pasó mientras observaba la escena a mi alrededor. Quizá solo fueron algunos minutos eternos en ese universo en el que yo también había quedado atrapada.

Me percaté de que mi cabello escurría agua, sentí la blusa y los pantalones pegados a la piel y mis pies fríos al interior de las medias mojadas. La lluvia ahora caía con más fuerza, y de repente ya no podía ver nada. No quise entrar al edificio, aunque me quedaba a tan solo unos pasos. Caminé en dirección contraria y dejé que el sonido del agua me transportara otra vez a la casa de mi infancia. Ahí, escuché de nuevo la voz de mi madre y deseé con todas mis fuerzas que siguiera lloviendo, fuerte, mucho más fuerte, porque solo estando bajo un aguacero como este podría responderle a ella, aunque se muriera de risa: «Tranquila, mamá, ya voy afuera esperar a que caigan y te agarro uno». Lo que nunca le dije es que yo no deseaba que cayera un tipo cualquiera con corbatín y esmoquin. Lo que realmente anhelaba era que por fin la lluvia me devolviera a mi padre, que según me contaron estando muy chiquita, se había ido a vivir al cielo.

Mi pequeño gran universo

María Pía Ramos Borgia

SEGUROS SURA, URUGUAY

Preludio: Mi pequeño mundo

Nací en Montevideo, Uruguay. De niña, mi mundo se reducía a tres lugares: Montevideo, Pueblo Centenario y Piriápolis. Todas dentro de Uruguay.

Primera parte: Verano

Los gallos cantan. Corro para vestirme. Pueblo Centenario es el lugar donde crecí papá, en el departamento de Durazno, en el corazón del país. Aquí está mi familia paterna, que vive en casas contiguas, todos en la misma cuadra. Las puertas, a diferencia de Montevideo, están sin llave y jugamos en la calle a toda hora.

De mañana desayunamos, jugamos con los primos (todos viven acá) y después viene lo más divertido: «La playa». Sí, entre comillas, porque en realidad es la orilla del Río Negro, que divide a nuestro país en dos. No hay arena, el fondo es rocoso, pero es nuestra playa y es lo que más disfrutamos cuando venimos.

Sobre el mediodía, volvemos para almorzar. La casa de mi bisabuela y abuela tiene una mesa súper larga donde nos reunimos tres generaciones. A las dos les encanta cocinarnos, y a todos nos encanta la idea.

Luego viene la parte más aburrida: la siesta. En Montevideo, mis hermanas y yo no dormimos siesta, y nos resulta interminable esperar a que todos se levanten... pero si lo logramos, llega lo más divertido: ¡volver a la playa!

La playa a la tarde trae otras cosas, como ver el atardecer desde el agua... y cuando el cielo está naranja y enfría, mamá nos marca la hora de volver.

El regreso implica distribuir once niños en cuatro baños. Y a medida que nos bañamos, vamos saliendo a la vereda. Está oscuro, pero tenemos

la última atracción del día: el cielo. En Montevideo también hay cielo, claro, pero el de Pueblo Centenario, tiene otra magia: la ausencia de luces artificiales permite ver de verdad las estrellas. Creo que no fui consciente de la cantidad que existe hasta que las miré desde acá. Y no hay magia comparable eso.

Interludio: El mundo imaginario

En casa había una biblioteca pequeña y mi pasatiempo era sentarme frente a ella, elegir un libro y leerlo de principio a fin para luego devolverlo a su sitio y elegir otro. Papá, carpintero de profesión, me hizo una silla mecedora, de mi tamaño. Entonces, mi pasatiempo se convirtió en sentarme frente a la biblioteca, a leer en mi mecedora, claro está, meciéndome. ¡Qué simbolismo tras un mueble! Para muchos una mecedora, para mí, mi papá diciéndome que apoyaba mis sueños.

Segunda parte: Turismo

Despierto y miro alrededor: ¿mis hermanas aún duermen? Nunca quiero ser la última... me levanto y me visto. Salgo. El frío me golpea, así que vuelvo a entrar por un buzo y salgo nuevamente. Voy al porche...

Hace años, mis abuelos maternos compraron una casa en Piriápolis, departamento de Maldonado, en el Este de nuestro país. Siempre amaron este lugar. La casa se llama El Timón y es donde mi mamá veraneó toda su vida.

...desde el porche se pueden ver a lo lejos las olas batiéndose en la playa. Me encantan las olas. Cuando venimos en verano, vamos a la playa todas las mañanas y tardes. Pero en esta época del año ya hace frío.

Juego con mis hermanas corriendo alrededor de la casa... A papá le encanta prender el fuego del parrillero para hacer un asado. Después del almuerzo, salimos a pasear. Llevamos un baldecito (de cuando mamá y mis tíos eran niños), y en el camino juntamos flores. Vemos que el sol empieza a bajar. Si fuera verano, seguramente veríamos la puesta de sol en la playa, y habría un aplauso generalizado en su honor. Siempre lo hay, sin importar el lugar ni la época del año.

Al volver a la casa, mamá cocina torta para la merienda, y por la noche, nos vamos a caminar por la rambla bien abrigados. En esta época del año, cuando anochece, el viento revuelve tanto el mar, que la rambla se baña de espuma, y nosotros la vamos sorteando al pasar.

Coda: El paisito

Es irónico pensar que uno conoce más a su país cuando está de viaje. Estando fuera descubro uruguayeces. Y a la vuelta cuando el avión aterri-za, y la gente grita «URUGUAY NOMÁ», es que suspiro «Ah... el paisito».

Le llaman tercermundista, ¡pero es mucho más!

Carolina Blanco Cruz

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Tercermundista, subdesarrollado, en desarrollo, pertenezco a ese país. Soy otra de las criaturas que lo habita, en ese mágico rincón de América del Sur. País donde la tierra, el alma y la historia se entrecruzan con bailes infinitos. Sí, digo baile porque somos felices a pesar de las circunstancias y siempre le buscamos la alegría a la vida. Allí vivimos seres y personas hermosas, llenas de alegría, historias y tradiciones que hacen que cada uno de sus rincones tenga un brillo especial. Aún me pregunto por qué se me dio por hablar con esta chica, pues estoy aquí en un lugar de esos a los que me traen, en un evento en los cuales me la paso. Estuve allí varias horas de un lado para otro, haciendo recorridos, cuando en un momento tomé un descanso y me senté. Al lado estaba ella sentada, me acerqué para hablarle, ya que la vi sola y me pareció muy agradable, pero cuál fue mi sorpresa cuando le hablé y me respondió con una hermosa sonrisa. Fue aún más agradable, me dio la mano y me dijo que yo le encantaba, que siempre había querido hablar conmigo y apapacharme. Creo que fue como algo mágico. Yo la vi y me pareció encantadora, pero ella ya me admiraba. A eso aquí le dicen «química total». Me impresionó aún más cuando hablamos. Me dijo que yo era muy importante para Colombia, yo le dije que eso me halagaba, pero no entendía por qué.

—¿Por qué dices eso de mí? —le pregunté.

—Tu forma de ser y todo lo que haces te ha llevado a estar tan lejos y eso es de admirar. Además, como Colombia es un país tan ameno, tan cálido, con paisajes tan bellos y con gente tan amable, eres y serás recordado por siempre.

Cuando ella me dijo eso me generó mucha curiosidad saber más de mi país Colombia, pues llevaba tanto tiempo en él, andando para lado y lado, siguiendo instrucciones. Nunca me había detenido a indagar y

saber en dónde estaba. Ya tenía que retirarme, entonces pregunté por su nombre, pues habíamos hablado largo rato y no nos habíamos presentado. Me dijo que su nombre era Kari y que cuando quisiera podíamos volver a hablar.

A lo largo de mi trayectoria en esta empresa he logrado escuchar muchas historias de todas y cada una de las personas que van y vienen a diario, pero esta conversación con Kari fue diferente. Entre las cosas que hablamos, me contó la historia de un pueblo llamado Salento, que queda en el departamento del Quindío, en donde se dice vivía una mujer llamada Kajira, quien amaba caminar entre las montañas verdes y los cafetales que parecían tocar el cielo.

Me decía Kari que un día Kajira, mientras exploraba el Valle del Cocora, se encontró una vieja caja enterrada en las raíces de un árbol gigante. Dentro de este había mapas antiguos, retratos de pueblos coloridos y pequeñas piedras brillantes que parecían tener la luz del sol atrapada en ellas. Era un tesoro, pero no uno de oro, como los muchos que teníamos en Colombia y viejos continentes y nos fueron saqueando, sino que era uno de historias, tradiciones y belleza.

Entonces entendí que Kajira comprendió que lo más valioso e importante de Colombia no eran sus riquezas materiales, sino su gente: los campesinos que cultivan con amor, paciencia y dedicación; los músicos que llenan las calles de ritmo y alegría, y las comunidades que preservan sus raíces con orgullo. Esta historia me iba interesando mucho, además que me llegó a las entrañas; despertó mi curiosidad, sí, soy muy curioso. Esa es mi razón de ser y me llevó a pensar sobre las ganas de aprender de este país y todo Latinoamérica.

Pero la llaman «la tercermundista», la que no está al nivel de otros; creo que confunden la riqueza y el verdadero valor. Por ahora, no me queda más que agradecer a mi amiga Kari por contarme esta historia. En estos ochenta años he aprendido mucho de este hermoso país llamado Colombia y de Latinoamérica. Ahora soy el tigre más famoso y culto de Colombia, el tigre más seguro y el que cuida de todos. Sí, soy el tigre de Suramericana y esto tenía para contarles.

Sora

Mónica Yadira Rosales Gutiérrez

AFORE SURA, MÉXICO

Sora Yamamoto, conocido en el barrio de La Espiga como «El Chino Mexicano», no era ni chino ni mexicano. Llegó al país en 1964 procedente de Japón, en un viaje temporal que se extendió por el resto de su vida. La razón: el amor; pero no un amor hacia una mujer, la suya no fue una historia así de simple.

Su padre era un hombre de negocios que quería poner una fábrica de tenangos, unos bordados hechos por las indígenas otomíes, de colores vivos que representaban a la naturaleza; las siembras no se daban y de algo tenía que vivir la gente. Cuando aquel hombrecito derecho como soldadito los vio en la ciudad de México, creyó que serían un excelente producto, así que viajó al estado de Hidalgo con miras a levantar el negocio donde emplearía a las bordadoras para vender sus creaciones. Sora llegó con él.

A diferencia de su padre, Sora venía directo de Osaka. La Ciudad de México lo impresionó, pero dicen que cuando llegó a Hidalgo abrió tanto los ojos que bien podía haber pasado como mexicano, de no ser por su piel como de porcelana. Y no era para menos: viajar hasta el municipio de Tenango de Doria era una travesía que incluía campos verdes, lagos y un camino angosto que rodeaba las montañas de vegetación abundante y cascadas que bañaban el coche. A sus 19 años era lo más hermoso que había visto, y mira que había visto lugares. De pronto, como en una ilustración de cuentos, el ambiente se llenó de una niebla espesa, pero por extraño que parezca el calor no menguaba. Luego, entre los árboles, aparecieron casas sobre la ladera, construidas con vigas rústicas de madera que fueron mejorando conforme se acercaban al pueblo hasta la presidencia municipal y la plaza, donde los esperaba el pueblo entero.

Desde luego que no les quitaron la mirada apenas se bajaron del coche; miraban con diversión «a los de ojos rajados». Un trío de músicos

comenzó a cantar versos que improvisaron en el momento, en el ritmo local: el huapango. El sonido rapidísimo del violín, acompañado por la jarana, una guitarra pequeña y la voz chillona de los cantantes le dieron a la escena, para Sora, un toque cinematográfico.

—Miren nomás quién llegó; son unos chinitos flacos. Son unos chinitos flacos, miren nomás quién llegó.

—El más chico de los dos se ve muy impresionado; en lugar de unas rayitas, tiene ahora el ojo cuadrado. ¡Querreque! ¡Querreque!

Sora no entendió lo que cantaron, pero las carcajadas lo contagiaron. No sintió vergüenza porque las risas se percibían cómplices, no de burla. Nunca se había sentido así, ni en Japón ni en ninguna otra parte.

Aquel día los agasajaron como reyes, hasta les pusieron coronas y collares de flores lilas, comieron tamales de frijol, quesadillas de hongo de maíz, mole con guajolote y agua de tuna. Hubo bailables y el presidente municipal dijo unas palabras sobre el progreso y la hermandad entre México y China; nadie lo corrigió.

Los siguientes días, mientras su padre trabajaba en el asunto de la fábrica, Sora se dedicó a recorrer el pueblo. Los niños se le acercaban para tocarlo, las señoras de los puestos del mercado le regalaban frutas; se regocijaban al ver sus gestos de gusto o desagrado. Poco a poco fueron saludándolo, no solo ellas, sino cualquiera que se cruzara con él. Empezó a aprender palabras en español hasta lograr darse a entender. Y la gente comenzó a llamarlo «El Chino Mexicano».

Después de unos años, la fábrica no prosperó pero sí el español de Sora, su baile y hasta los versos en el huapango. Cuando su padre decidió volver a Japón, Sora se negó a regresar con él; se sintió más feliz durante sus meses como mexicano (aún confundido por chino), que en años como japonés. Entonces, acuñó la frase de Chabela Vargas: «Los mexicanos nacemos donde se nos da la gana».

Sora se enamoró tanto de México que ya jamás quiso irse. Esta historia me la contó un cliente de mi trabajo, de apellido Yamamoto, pues dijo que el nombre y la historia de mi empresa, le recordaban a su abuelo.

Un santuario con olor a sueños

Lina Elizabeth Casanova García

SEGUROS SURA, COLOMBIA

En el cañón del río Guáitara, al sur de Colombia, sobre una piedra laja apareció la imagen de una virgen morena: la Virgen de Las Lajas. Un milagro que habita en el abismo, e irradia luz en un rincón apartado del país. Allí llegan fieles desde todos los rincones del mundo, buscando aquello que solo la fe concede. Y si hay milagros, son también esos paisajes: montañas verdes, aroma a tierra húmeda, una cascada bramando entre piedras, pinos y eucaliptos susurrando.

En ese lugar vivía doña Alicia, madre de tres hijos. Fue la primera en vender velas a los peregrinos hace más de siete décadas. Decía que la virgen la despertaba de madrugada. Y así, con devoción, bajaba de su casa de campo caminando entre árboles, neblina, riachuelos y sol tibio, hasta el santuario. Sentada en las gradas de piedra, ofrecía a los transeúntes velas blancas con cintas de colores: rojas para el amor, verdes para la esperanza, amarillas para la abundancia, blancas para la paz.

Ese oficio sencillo se volvió su sustento y luego un legado. Ya no era solo una cajita, sino un pequeño local con olor a cera derretida y café recién colado. Colgaban rosarios de pepas de café, cedro, chumbimba y achira; vírgenes de madera y yeso pintadas a mano; velones decorados con esmero. Un fogón de leña alumbraba el lugar; preparaba café con pan de maíz en hoja de achira, queso fresco, mazorca cocida. Todo sabía a hogar. Un totumo con ají de maní daba alma a cada bocado.

Ella y sus hijos compartían su afecto con los visitantes del santuario. Su hija menor, al formar su familia, nunca dejó de visitar a su mamá. Cada domingo, con su pequeña hija de la mano, bajaba entre los locales de artesanías, saludando a los vecinos del santuario. Justo antes de cruzar el puente de piedra que une los abismos del Guáitara, se escuchaba el río bramar y el corazón de la niña palpitaba a mil por hora. La emoción al ver a su abuelita la desbordaba.

Doña Alicia esperaba a su nieta con comida caliente y un dulce en el bolsillo del delantal. La abrazaba fuerte al verla. La niña sentía que allí todo era especial; entre las montañas y el sonido de la cascada, la vida era mejor. Allí llegaban creyentes de toda Colombia, algunos descalzos, otros de rodillas sobre las piedras como muestra de sacrificio. Algunos, con muletas, buscaban que la virgen les permitiera dejarlas atrás.

La nieta, inquieta, un día pidió vender velitas. Su madre la miró con ternura y aprobó:

—No importa lo que hagas, solo hazlo con amor.

Decoró una cajita de cartón, la llenó de velas y comenzó a ofrecerlas:

—¡Velitas para la virgen, que ella sí cumple!

Muchos le compraban por fe, otros por ternura. Tenía solo seis años. Las cuentas eran un reto: billetes arrugados, monedas contadas en voz baja. Al final de Semana Santa había reunido unos ochenta mil pesos. Sonreía orgullosa y dijo:

—Quiero comprarme unos zapatos blancos.

Fueron al pueblo. Entre aromas a guayaba madura, hierbas y queso fresco, encontró los zapatos. Al probárselos, sus ojos brillaron como quien recibe la recompensa a sus esfuerzos. Con lo restante, se compró un cubo de Rubik que aún conserva; un cubo con varias caras y colores, símbolo de los caminos que la vida le deparaba.

Doña Alicia ya no está, pero dejó un legado imborrable: que los milagros no solo habitan en los altares, sino en el corazón de quienes trabajan con amor. Allí germina el orgullo de saberse parte de algo más grande. Su nieta no solo aprendió de ella a vender velitas, sino a resistir, a soñar, a alcanzar lo que anhela con el alma.

Esto sucedió en el Santuario de Las Lajas, un lugar que no solo huele a cera derretida y a tierra húmeda, sino también a sueños. Aunque solo yo lo pueda sentir.

Raíces en la memoria

Leslie Nery Humareda Cornejo

AFP INTEGRAL, PERÚ

«De la tierra nacemos y a ella volvemos sin más que lo vivido». Estas fueron las últimas palabras de doña Julia, una mujer que conocí antes de que dejara este plano terrenal.

En 2015, fui a un voluntariado en una casa rural de Chiclayo. Ahí la conocí, donde pasó sus últimos días rodeada de lo que más la hacía vibrar: la naturaleza, la tierra y el aire puro.

Me contaba que se crió con un arraigo cultural profundo ligado a la espiritualidad. Sus abuelos dedicaron su vida al trabajo de la medicina ancestral y creían en el poder de la medicina natural. «La cura está en la tierra, en las plantas, en la naturaleza y en la vida misma», escuchaba decir a la abuela Alessia cuando trabajaba. El día a día de Julia era presenciar rituales de sanación y chamanería; prestaba atención al trabajo de su abuela como si fuera el suyo propio.

Alessia tenía más de veinte años siendo curandera, oficio heredado de generación en generación. Desde que Julia tenía 8 años ya aprendía sobre oraciones, hierbas y energía, presenciando limpias, sahumerios y ceremonias para curar enfermedades o equilibrar la energía de la gente. Ella decía que la salud no es solo un estado físico sino un equilibrio entre mente, cuerpo y alma.

En noviembre, en Chiclayo se celebra el día de velación de todos los santos. La familia se reúne para visitar a los suyos en el cementerio, ponerles flores, velas y llevar pan dulce como ofrenda a los difuntos. Sus abuelos recordaban anécdotas de sus familiares fallecidos, era una forma de honrarlos. La abuela Alessia decía que los muertos escuchaban, que si se les honraba protegerían a la familia. Julia creía con fervor todo lo que su abuela le contaba. Desde pequeña creció en un ambiente donde estas tradiciones eran ley en la familia.

Al día siguiente y continuando con la tradición, la familia visitó Huaca Rajada, lugar donde se halla la tumba y restos del Señor de Sipán. Según las historias milenarias fue enterrado con una gran cantidad de oro y artefactos de valor, con sus ornamentos y emblemas de plata, oro y cobre dorado. También se hallaron pirámides de adobe o huacas, que en quechua significan «objetos o lugares sagrados», puesto que servían de centros ceremoniales y religiosos venerados por los habitantes de esa época.

Era una tarde calurosa en las huacas. Julia, de 13 años, y su familia, fieles creyentes de la energía y protección de los ancestros, se disponían a iniciar el ritual al Señor de Sipán, ceremonia anual que era casi un deber.

—Julia, pide protección y guía espiritual —decía su abuela mientras colocaba ofrendas de maíz, chicha y hojas de coca alrededor. La señora Alessia le explicaba con mirada determinante que el poder de los ancestros seguía presente en la tierra, la piedra, la arena y el aire.

Julia cerraba los ojos e imitando a su abuela empezaba a orar, pero su mente divagaba mientras escuchaba las palabras solemnes de Alessia. «¿Y si no lo siento como debería? ¿Y si ellos no me escuchan?», pensaba. Cuando abría los ojos, veía a lo lejos unos hombres con palas y herramientas cerca de una de las tumbas. Uno de ellos sacaba un objeto brillante de una bolsa de tela y lo intercambiaba por dinero para después alejarse rápidamente del lugar. Julia, confundida, miraba a su abuela, quien le decía:

—Son huaqueros, saqueadores de tumbas; personas que anteponen la avaricia al respeto por la memoria colectiva; figuras que ven el pasado como mercancía sin ninguna conexión emocional.

—¡No pueden hacer eso! —gritó Julia con tristeza e impotencia en su rostro. Sin pensarlo dejó atrás la ceremonia y corrió hacia los huaqueros. En su inocencia intentó reprenderlos, pero uno de ellos la miró con burla y el otro simplemente la ignoró.

«¿De qué sirve pedir ayuda a los ancestros si ni siquiera pueden proteger su legado?», pensó. Su incomodidad fue inmediata, no pudo entender como estas personas trataban los objetos sin el mismo respeto que a ella le inculcaron. La memoria no está en las cosas, está en la conexión de quienes los recuerdan.

El rumor de tres tierras

Carlos Francisco Soler Peña

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Aún recuerdo mi regreso a las montañas eternas, al mar infinito y a los esteros profundos.

Cuando apenas era una niña, el olor del humo mezclado con grasa de la carne que preparaba mi abuelo, el sol que doraba las praderas y los videntes de los llaneros del sur forjaron mi carácter.

Cada mañana, junto con mi abuelo, contemplábamos el nacimiento azafranado del sol; sentíamos la fresca brisa matutina que traía el olor a barro de los corrales. En la tarde, sobre un caballo alazán cuyas riendas y aperos dirigía mi padre, recorría horas de arremolinados pastizales para comprobar que las cabezas de ganado estaban completas, o si la vaca comprada al catire de la finca vecina había dado a luz. En la noche, al final de la jornada, me deleitaba con la mamona ahumada, el topocho hervido y el aguapanela blanqueado con leche ordeñada en la madrugada. «Eso ayuda a recuperar las fuerzas, Sofía», me decía mi tío al ver gestos de cansancio feliz en mis ojos de niña.

Recién cumplí 10 años, se me desaparecieron el sol, los pastizales y caballos. Mi padre trabajaría ahora para una fábrica en la ciudad de las montañas. Salimos de madrugada y llegamos ya de noche a nuestro destino. Quité los rastros de sueño restregándome los ojos con el dorso de mis manos. Grandes gotas de humedad resbalaban lentamente sobre la ventana del vehículo. Por algún efecto físico producto de los restos de lluvia, supe que había llegado a un lugar incandescente y álgido. Aún siento sobre mis hombros el peso del abrigo con el que me protegía del frío.

Cuando el vehículo se detuvo y todos pisamos la calle, extrañé el croar de las ranas en los pantanos; el menequeo de las cigarras apoyadas en la corteza de los árboles, y no pude oír el ulular de las lechuzas. Solo me envolvía un ruido permanente, ensordecedor, como el de mil

locomotoras detenidas en el tiempo y del que solo se escuchaba el traqueteo eterno de los motores.

Al despertar con el volumen de las cobijas que ahuyentaban la humedad de la noche, me hacía más consciente de la ausencia tenaz de las vacas, gallinas y los caballos. ¡Ni un solo caballo! Ahora mi paisaje era un río inmenso de individuos a prisa, como si la vida se les escapara. Vestían ropas oscuras, apretadas hasta el cuello y con las manos en los bolsillos.

Allí conocí la amistad y el amor de la adolescencia.

Un día partí de allí por un impulso interior que me impelía a engullir la tierra de mi ser. Ese día, las nubes cedieron y dejaron ver un cielo profundo y limpio que llenaba de brillo la ciudad de la montaña en medio de la gran meseta. Mi nuevo destino: el Caribe, la tierra de la luna verde. Solo llevaba una mochila repleta de ilusiones y con el único peso de la nostalgia por dejar entre verdes montañas a mi madre, mi padre y hermanos, el sentimiento apabullante de la lejanía.

Me instalé como operadora auxiliar de telenavegación. En el tiempo de ocio, nadaba leguas bordeando la playa. Me sumergía en las aguas color turquesa y descubría la vida marina con su ritmo infinitesimal comparado con el ciudadano. Revivía en esas inmersiones la serenidad de los esteros, el sol y los caballos de mi niñez. Al emerger, los residuos minúsculos de sal reflejaban los rayos de sol. Me acercaba a los grupos de isleños a escuchar su lengua: una mezcla de sangre africana, pronunciación inglesa, fuerza caribe y dialectos nativos. Disfrutaba la musicalidad de ese idioma tan lejano a mi hermoso sur o a la montaña que me entregó amigos y amor. Ya no había vacas, ni caballos alazanos; tampoco ríos de personas ensimismadas por el frío. Solo era yo, Sofía Jamakjù, y el horizonte azul que en el día se confundía con el cielo, y en las noches se iluminaba de luna verde...

Mientras recuerdo esas llanuras, montañas e inmersiones al ritmo de la voz del lugar, me preguntan: «¿Vas o vuelves?». Guardo silencio y tras un millón de cavilaciones que se estampan en los minutos, me respondo más a mí misma que a quien pregunta: «No voy ni vengo, solo estoy. Nunca me he ido».

Un viaje sin fronteras

Álvaro Bravo G.

AFP CAPITAL, CHILE

Cuando crucé por primera vez las puertas de SURA, en 2015, lo hice con una mezcla de nerviosismo, ilusión y un montón de preguntas. Era un joven estudiante haciendo su práctica profesional en el área de Talento Humano, específicamente en remuneraciones. No sabía entonces que ese primer paso no solo marcaría el inicio de mi vida profesional, sino que sería el punto de partida de un viaje profundo, humano y sin fronteras.

SURA ha sido mi escuela y también mi espacio para construir. En cada proceso, en cada planilla, en cada conversación, he entendido que aquí no solo se trabaja, aquí se crece. He aprendido el valor de hacer bien las cosas, pero también la importancia de hacerlas con sentido. Comencé a ver más allá del Excel y de los cálculos; comencé a entender que lo que hacíamos impactaba directamente en la vida de las personas.

Pasaron los años y, con ellos, yo también crecí. Hace un tiempo di un gran paso al integrarme al área de Desarrollo Organizacional. Desde allí, descubrí mi verdadera vocación. Porque si antes administraba números, ahora acompaño sueños. Desarrollo personas, construyo cultura y facilito procesos que ayudan a otros a descubrir su potencial. Y eso, para mí, es un privilegio.

Pero lo más bonito de este camino no ha sido solo el crecimiento personal. Ha sido la oportunidad de conectar con personas de distintos rincones de nuestra Latinoamérica. He trabajado con equipos de México, Colombia, Perú, Argentina y Uruguay. Y en cada interacción, he sentido algo muy profundo: que, aunque nos separen kilómetros, idiomas o costumbres, hay algo que nos une de forma poderosa.

Es difícil de explicar, pero fácil de sentir. Basta una videollamada para transportarme a otro país. Basta una conversación con alguien del otro lado de la cordillera para recordar que compartimos una historia común, una esencia que nos define. En cada charla, en cada proyecto,

en cada intercambio de ideas, me siento parte de una gran familia. Una familia diversa, colorida, apasionada y resiliente. Una familia llamada Latinoamérica.

Trabajar en SURA me ha permitido conocer esa riqueza desde adentro. He aprendido que la cultura no es solo folklore o tradiciones; también es la forma en que nos miramos, nos tratamos y construimos juntos. He visto que los acentos cambian, pero la calidez permanece. Las formas pueden ser distintas, pero el fondo es el mismo: un compromiso profundo con el otro.

Recuerdo una videollamada con Juan en Colombia y Areli en México, donde compartieron historias de sus festividades locales: el Carnaval de Barranquilla y el Día de los Muertos. Inspirado, compartí sobre la Fiesta de La Tirana en Chile, describiendo cómo miles se reúnen para celebrar con danzas y música en honor a la Virgen del Carmen, un reflejo de la devoción y cultura chilena. Hoy, cuando pienso en mi historia dentro de la compañía, no puedo evitar sonreír. Porque siento que he crecido no solo como profesional, sino como ser humano. Porque he aprendido a valorar las diferencias y a celebrar los puntos de encuentro. Porque he descubierto que no necesito tomar un avión para viajar: basta con abrir la mente, tender puentes y escuchar con el corazón.

Y en ese viaje, cada país me ha dejado una huella. De Colombia, la energía y la pasión; de México, la calidez y el ingenio; de Perú, la profundidad y la historia; de Argentina, la fuerza de la palabra; de Uruguay, la calma y la claridad. De Chile, mi tierra, el coraje y la perseverancia. Y de SURA, el valor de creer en las personas y acompañarlas a alcanzar sus sueños y metas.

Este relato no es solo mío. Es de todos los que, como yo, han encontrado en esta compañía un espacio para crecer, para conectar, para soñar en grande. Es una historia que nace en una oficina en Santiago, pero que se expande hasta tocar cada rincón de nuestra hermosa Latinoamérica. Porque cuando uno trabaja para desarrollar personas, no solo transforma vidas. También transforma realidades. Y eso, para mí, no tiene fronteras.

Arepita boyacense

Wilson Arley Cuy García

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Los pajaritos cantaban desde temprano y Arepita ya estaba en pie. Habitualmente era tan cómoda su esquinita, su estera de fique trenzado hecho a mano por el amo y su mantita de lana roja bordada por la ama. Pero no por estos días en que la familia había venido de visita, y habían traído a su odioso husky, Erik, con quien tenía que compartir su tan preciado rincón; ese día, finalmente, se iban para volver a ser solo tres. Erik se la pasó señalando que su casa estaba llena de finos paños colgados de las ventanas, pisos adoquinados y calles que en nada se parecían a ese barrial.

Arepita sentía curiosidad de todo eso de lo que carecía. Para su suerte, un grito de la ama le anunció que era tiempo de ir a conocer aquello. La ama estaba enferma, y no tenían más remedio que ir a tomar el tratamiento a la capital. Todo pasó rápido y cuando se vio estaba dentro del monstruo color cereza que transportaba al odioso Erik y a la bochincho-sa familia. En un parpadeo veía por las ventanas como su casita, de color blanco hueso con tejitas de barro y una modesta chimenea de caña brava que siempre escupía humo, se hacían más y más pequeñitos.

Después de 24875 árboles finalmente llegaron. Todo indicaba que lo que decía Erik era cierto. Calles muy grandes, árboles organizados en zonas específicas y muchas personas en todos lados. Había edificios parecidos a su casita, pero grandes, sinuosos y adornados. Aquel lugar en verdad parecía «especial». Al llegar a casa, y después de instalarse en pequeñas habitaciones con molestos pisos cerámicos que le impedían estar de pie, Arepita era un mar de nervios. Quería conocer la zona, anhelaba ir a ver dónde estaban las gallinas, sentía curiosidad por encontrar las matas de granadilla de las que solía colgarse. Ya quería jugar con los puercos de la zona, a ver si eran tan agradables como los suyos. Nuevamente, todo pasó muy rápido. En un parpadeo ya tenía un molesto collar

que le impedía rascarse a gusto, no veía a su amada ama tanto como quería y le asignaron una tacita plástica en la esquina de un frío patio. La comida era un montón de pepitas que no sabían bien. Ocasionalmente le tiraban del cuello con una cuerda para ir al parque y no dejarla hacer nada. Habían pasado tantos días, y en efecto vivir en este pueblo era algo «especial».

Era todo grande, lujoso, adornado, muy organizado ¡Era horrible! Arepita anhelaba sus noches junto a la estufa con olor a madera y a granos de café que le producían sonrisas a sus amos, y que acababan en molien-da para amasijos de envueltos, garullas, y sus favoritas, arepitas. Parecía que había sido hace mucho que había estado en su casita, rodeada de árboles y de pajaritos. Ya extrañaba hasta las insoportables gallinas y el terrible graznido del burro Tito, que siempre la regañaba por no quedarse quieta; acá podría hasta sentirse orgulloso de ella, no hacía nada, nada. Y de repente un día escuchó esa voz, esa voz que amaba tanto, la voz de la ama: «¡Estamos bien, mi Arepita, es tiempo de volver a casita!». Nunca había sido más feliz. El camino de regreso le pareció insoportable y alucinantemente lejano. Al final vio desaparecer las grandes edificaciones y volvieron los campos verdes, y después de 24875 árboles vio aparecer su casita; no salía humo de la chimenea.

Tendrían que llegar a ponerse al día. Volver a entrar fue como un sueño, de repente el barro del patio parecía hermoso. El olor a pino en el aire y el sonido estremecedor de los pajaritos le hacían entender que ella ya tenía todo lo que necesitaba. La visita de la familia fue corta, apenas para dejarles cómodos y regresar. Esa noche volvió a haber reunión de tres en la cocina alrededor de la estufa, volvió el olor a madera y a café. Los amos reían gustosos mientras empezaban a arreglar los granos de maíz, los huevos y la cuajada. Arepita apreció la grandeza de ese momento y se quedó ahí disfrutando en silencio, entendiendo que no necesitaba ir a ningún otro lado para saber que esa Arepita era orgullosamente boyacense.

Latidos del continente

Laura Valentina Chavarro Martínez

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Laura siempre había sentido que al danzar, su alma viajaba. Pero fue una noche estrellada en Medellín, tras una intensa jornada como analista en SURA, cuando descubrió que el poder de la danza iba mucho más allá de lo que imaginaba.

Mientras practicaba una coreografía de folclor colombiano en el pequeño estudio de su casa, un brillo dorado emergió desde el suelo. Antes de que pudiera reaccionar, una ráfaga de viento la envolvió y, al dar su último giro, se encontró en un escenario rodeado de tangos apasionados. Estaba en Buenos Aires, Argentina, vestida con un elegante vestido rojo, bailando al ritmo de un bandoneón.

Un nuevo giro la llevó a Río de Janeiro, Brasil, donde sus pies descalzos se sincronizaron con los tambores de la samba. El calor y la alegría del carnaval la envolvieron, haciéndola sentir parte de algo inmenso.

Desde allí, un salto la llevó al desierto de Atacama, en Chile. Allí, danzó la cueca junto a parejas que celebraban la identidad andina. El viento frío acariciaba su rostro, pero el calor del baile la mantenía viva.

Luego, regresó por un instante a su tierra, Colombia, donde el bambuco y el mapalé le recordaron sus raíces. Cada paso era un latido de historia, un eco de sus ancestros.

Pero el viaje no terminó allí. Laura fue transportada a El Salvador, donde descubrió la elegancia del xuc y la fuerza de sus tambores. Sintió que su corazón se alineaba con los ritmos centroamericanos.

Después, en México, su cuerpo vibró con los sones jarochos y el zapateado. La vestimenta colorida y los mariachis despertaron en ella una emoción indescriptible, como si ya hubiera bailado allí en otra vida.

En Panamá, el tamborito la invitó a moverse con gracia, entre palmas y risas. Las mujeres la tomaron de la mano y le enseñaron que en cada danza, hay una historia compartida.

El aire cambió, y al abrir los ojos se encontró en Cuzco, Perú, danzando el huayno bajo la mirada de las montañas sagradas. La conexión con la tierra era tan profunda que, por un momento, Laura sintió que flotaba.

Luego llegó el merengue vibrante de República Dominicana, donde su cuerpo se movía como si siempre hubiera conocido ese ritmo. El Caribe le sonrió, cálido y generoso.

Finalmente, la llevó un viento suave a Uruguay, donde el candombe la hizo vibrar al compás de los tambores afrouruguayos. Allí, comprendió que cada latido, cada paso, era un lenguaje universal.

Al volver a casa, Laura abrió los ojos. Todo parecía igual, pero algo había cambiado: llevaba en su alma los ritmos de un continente. Entendió que la danza no solo es arte, es un puente invisible que une corazones, historias y naciones.

Y que, al igual que su trabajo en SURA conecta países como México, Perú, Chile, Colombia, Uruguay y El Salvador a través de la gestión y el futuro, la danza los une a través del presente, del latido compartido que vive en el cuerpo y en la música.

Porque cuando Laura baila, el continente entero respira con ella.

06

Territorio y conflicto

LATINOAMÉRICA CUENTA



¿Invisible?

Julián Andrés Montoya Palacio

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Ya eran tres meses desde que Los Chachos habían decretado el bloqueo. Empezaron por los camiones de gaseosa, pero no lo sentimos, la verdad, porque lo reemplazamos con aguapanela o moreSCO. Después no volvieron los del mecatO, que tampoco fue problema porque en el pueblo siempre vendían mucha cosita, que dulce de pata, que las cucas, que los cansui-zos y demás delicias que nos demostraron que éramos un pueblo independiente en cuanto al azúcar.

La cosa se empezó a poner peluda cuando no llegó más el carro de los lácteos y el de elementos de aseo. El primero, porque si bien en el pueblo ordeñaban vacas, no había quien hiciera los derivados, entonces el quesito, cuajada, yogurt y todas esas cosas que me gustaban tanto no se volvieron a ver. En cuanto a las cosas de aseo, había que rendir el champú y los otros jabones con agua hasta que se pudiera volver a conseguir, pero seguíamos con la vida más o menos igual.

El asunto se volvió insostenible cuando ya no había gas para cocinar y me quedaban solo dos rollos de papel higiénico. Que, si bien le había dicho a mi hija que solo podíamos usar máximo seis cuadritos por ida al baño, eso nos daba hasta el fin de semana antes de tener que usar algún suplemento, cosa que me parecía horrible, porque a ver, para cocinar muy fácil, hace uno un fogón de leña o alguna cosa, pero una acostumbrada al papel higiénico, después ponerse a usar algún otro papel, no, eso no era una opción. Por lo que tomé la decisión de irme para Medellín a ver qué conseguía.

Como llevábamos tanto rato sin mercar, de hecho, sin salir siquiera, me había ahorrado la plata de todos esos meses, así que pude comprar los pasajes en el bus para mi muchacha y yo, y arrancamos para la ciudad, donde mi hermana Lila me estaba esperando.

El caso fue que llegamos y fuimos a hacer mercado en la plaza. Oiga, qué cosa tan divina. Tres bultos llenos de cosas alcanzamos a montar en

un taxi, que por cierto casi no nos lleva por lo pesados que estaban, pero Lila siempre fue muy buena para convencer a la gente y de alguna manera logramos llevar esa cantidad de mercado hasta la terminal del norte. Claro, no era un viaje de placer sino de «negocios», como diría la gente importante.

En la terminal le pagamos a un muchacho para que nos ayudara y dejamos los bultos lejitos de la oficina de tiquetes para que no nos fueran a poner mucho problema y me compré los pasajes del bus que salía en pocos minutos. Muy contenta me regresé, fui a llevar los bultos para que los montaran en el bus y el ayudante me paró:

—Señora, ¿qué lleva en esos bultos?

—Unas cositas para la casa.

—¿Mercado?

—De pronto un poquito.

—No los puede llevar.

—¿Por qué no?

—No se haga, que usted sabe. Los Chachos dieron la orden.

—Hágame la caridad, vea que mi hija está muy pequeña —dije señalando a mi muchacha y ella poniendo ojos de perro regañado.

—Bueno, se los voy a poner en el fondo, pero si en el retén dicen algo, usted asume.

—Hágale pues.

Ese era el riesgo que había que correr, a lo único que me podía apegar era a mi Dios, así que me fui rezando el Salmo 91 todo el camino: «Tú que habitas al amparo del altísimo y vives a la sombra del todo poderoso...», eso lo terminaba y lo volvía a iniciar.

Pasamos el Puente de Pescadero y nadie nos paró. Pasamos las partidas y tampoco nadie nos dijo nada. Llegamos a Los Galgos y nada. Oiga, no nos pararon en ningún lado, ni siquiera el ejército.

Cuando llegamos al pueblo había muchas personas esperando, yo apenas me bajé llegó Araminta.

—Ay hija, pensamos que se habían ido al río Cauca.

—Minta, ¿por qué?

—Porque nadie los vio pasar por la carretera, con solo decirle que Los Chachos hasta llamaron al padre para que armara un combite para buscarlos. Que ni el radioteléfono contestaba el conductor del bus.

A mí me dio fue risa, porque sabía que el Salmo 91 nunca me había quedado mal.

—Tranquila, hija, que mi Dios no desampara a nadie.

Memoria del dolor en el río San Jorge

Lina Sofía Ocampo Sariego

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Juana Rosa se encontraba aturdida mientras veía a hombres con botas de caucho y machete segar la vida de su familia en aquella finca cercana a las aguas del río San Jorge, ubicado en el norte de Colombia. La sangre de sus padres se mezclaba con el polvo del suelo mientras seguía paralizada, sin entender por qué la muerte había llegado a su puerta. No sabía quiénes eran ellos, ni por qué lo hacían, pero presentía que su stirpe estaba condenada a vivir bajo la sombra de la tragedia. Jamás se imaginaba lo que pasaría con su descendencia ni como aquel momento influiría en ella.

El destino, tejido en los hilos de la misma región, guio a la joven afligida y estupefacta hacia la casa de Dominga, su madre adoptiva. El viaje a caballo se extendía en un bochorno sofocante; a su favor, árboles preñados de cacao mitigaban el abrasador sol bajo su sombra, mientras desprendían un aroma terroso, afrutado y musgoso. Para ayudar a su sustento, debía comprar tinajas de barro en un lugar que, según se decía, custodiaba figuras de oro legadas por los ancestros de los emberá; y para protegerlas, los mismos espíritus eran invocados como silenciosos guardianes.

Creció y se casó con Enrique, un tipo callado y reservado, pescaba en canoa y pasaba con abarcas tres puntá, sombrero vueltiao y un machete envainado en cuero negro sostenido en su correa. Vivían en una casa construida sobre una colina, cerca del río. Cada mañana el olor a bocachico frito, yuca cocida y suero, se mezclaba con el aroma a boñiga de corral. Esperaba el arroz recién pilao para el almuerzo en su hamaca, mientras combinaba los ingredientes para hornear galletas de limón en fogón de leña, preludio indispensable a la hora del tinto.

Nunca se percibía entre ellos un intercambio afectuoso o cercanía casual, como si vivieran vidas separadas. Tuvieron tres hijos, criados por

fuera del hogar en lugares diferentes. La primogénita acogida por Domingo; la segunda por Margot, cerca de la mina de ferroníquel, considerada una de las más grandes del mundo; y el tercero, en Bijao, al amparo de su abuela paterna, en cuyas tierras se cultivaban caña, maíz y plátano, y cuya especialidad culinaria era el bollo poloco con queso amasao.

Los hermanos se reencontraban en vacaciones. Sus padres, receptores pasivos de los informes de sus cuidadores, obtenían un retrato superficial de ellos, donde la timidez y el silencio eran rasgos dominantes. Pero el día de la graduación del tercer hijo, todo cambió. Juana regresaba del salón de belleza bien emperifollada, con un vestido largo cuyo estampado era parecido a las flores que se usan en la cabeza, para bailar cumbia en la costa Caribe. Al entrar a casa notó una toalla tendida en el suelo, se había caído del alambre donde había sido colgada; al extender su mano para tomarla, elevó su mirada y la visión la paralizó: su hijo pendía inerte de un cáñamo que oprimía su cuello en la caballeriza. Un silencio gélido ahogó el grito naciente.

Entre sus cosas encontraron una carta, leída con desespero y ansias. Sin embargo, no había palabras de amor u odio ni razones para su acto. La familia quedó con grandes incógnitas: ¿Descuido? ¿Abandono? ¿Estaba enfermo de la cabeza? La falta de respuestas les negaba el consuelo.

El dolor de Enrique fue muy grande; dicen que por la pena engendró un cáncer que se lo llevó. Juana nunca se recuperó; aquella mezcla de aromas que una vez llenaron su cocina, ahora le recordaba la hecatombe que vivió. Para ella su cauce se había desviado hacia un remolino de dolor y silencio.

En uno de sus sueños vio a su hijo arreglando el techo de palma, con barro negro y viscoso que parecía absorber la luz en sus manos. En otro, la llamaba por un corredor lleno de luz, hacia una puerta que parecía conducir al abismo. Se despertaba con la sensación de que trataba de decirle algo. Pero ¿qué? y ¿por qué? Juana Rosa se quedó sola con sus hijas distantes, y el peso de un secreto que podría estar enterrado para siempre.

Estaremos bien

Pedro Antonio Hernández Juárez

SURA INVESTMENTS, MÉXICO

Ella había pasado la tarde mirando a la ventana sin mucho que ver. Mientras el auto avanzaba, la luz caía difuminándose con amplias extensiones de tierra sin fondo. Por allá, después de largos minutos en la carretera, se veía casi como un milagro, un árbol a mitad de la nada.

—¡Mira, un árbol! —le gritó emocionada como si descubriera algo. Solía gritar de esa forma las trivialidades con una emoción que la rebasaba. Él instintivamente viró el volante, creyendo que había algo en el camino.

Dos carriles estrechos de la autopista eran los necesarios para quien iba y venía, así que cuando repensó en lo sucedido, supo que el hombre estaba agachado a un costado de la autopista en el sentido contrario.

—Le pegué a algo —dijo él, interrumpiendo un silencio que le había secado la boca.

—Hay alguien tirado atrás —dijo ella—. Te pedí que paráramos a descansar.

—¡Cállate! —gritó, mientras observaba en el retrovisor el bulto—. Es tu culpa.

Hizo alto total, puso las manos al volante y contra este se golpeó la cabeza. Horas antes su única desgracia se debía a la curiosidad, a la insistencia de tener una sospecha y la urgencia dolorosa de llegar al fondo de eso durante el viaje. Tenía las pruebas: un video encontrado en el celular de ella. Inspeccionó con detenimiento los detalles, el color de las paredes, los rasguños en la cabecera por la falta de cuidado en la última mudanza; el rostro de ella, indefinido por los movimientos obscenos y el enfoque a lo explícito, que solo la dejaba ver siendo sostenida del pelo a modo de riendas que la hacían levantar la cara al cielo como si relinchara.

—¿Hasta cuándo pensabas decírmelo? —dijo, mirando el rastro que dejaban las palomillas en el parabrisas.

—¿Decirte qué? —respondió con el corazón latiendo a punto de saltársele del pecho, aunque no por lo que sugería la pregunta.

Por fin echó en reversa hasta alinearse casi con el anciano y dejó el auto a la orilla del camino.

—¡Tsili, tsili! —repetía un niño llorando, sosteniendo la mano del anciano.

El anciano y el niño llevaban un día caminando, escapando de hombres armados que querían recluir al niño e instruirlo en la violencia. El anciano moría en un esfuerzo de hablarle al niño que le tomaba la mano, pero era más una queja. El niño le rogaba que se levantara y continuaran, mientras recogía las cosas que habían quedado desperdigadas y las arremataba cerca del cuerpo, esperando a que se repusiera.

Al escuchar su último aliento se sentó a un lado, de espaldas a la pareja, mirando el árbol con los fragmentos de la tarde cayendo. Habían salido todas las lágrimas contenidas y del sollozo pasó a una contemplación estática del paisaje, con una serenidad que no era propia de lo que acababa de suceder.

—¿Qué hacemos con el niño? —dijo él, como si calibrara algún futuro distinto a solo dejarlo junto al cadáver.

—Vendrá con nosotros. Les llevó tiempo convencer al niño de que se alejara de su abuelo.

No era la barrera del idioma, sino que, para el niño, incluso los seres más malvados sepultan a sus muertos. Una vez dentro del carro, el niño había cambiado su actitud.

Las luces de la ciudad comenzaban a brillar a los lados de la carretera. Se cristalizaron las ideas y contempló, para salvarse, una carta que ya conocía de tiempo atrás: la indiferencia. El primer semáforo que encontraron al entrar en la zona urbana era antes de cruzar las vías del tren. En la profundidad de los rieles, un grupo de indigentes encendía una fogata para calentarse. Sonó el claxon del auto que estaba atrás y les avisaba del cambio de color, se despejaron de un aletargamiento y se orillaron después de las vías. Dejaron al niño con un puño de billetes y haciendo aspavientos para que se encontrara con los de la fogata.

—¿Hasta cuándo pensabas decírmelo? —repitió él.

—Ya no hablemos más de eso —contestó con un brillo que resplandecía en sus ojos hacia otra oportunidad—. Estaremos bien.

Los otros

Juan Camilo Arroyave

SURAMERICANA, COLOMBIA

Venía, como siempre, con su caminar cansino, medio encorvado y de pasos cortos. Mirando contemplativo a su alrededor, disfrutando de la lluvia que apenas se asomaba. Su nombre era Ramón e iba vestido de manera muy convencional, lo que era casi un reflejo de su vida. Traía un morral con unos exámenes que aún no había calificado, un computador de última generación y un celular que siempre consideró un estorbo. En su billetera tenía unos cuantos pesos y documentos de identidad.

Ramón venía chutando piedras, pensando en la pregunta que Yolanda, una reciente contertulia de palabras precisas y bonita expresión, le había formulado.

—Oíste Ramón, para vos ¿qué es ser buena persona?

Parecía una pregunta simple, casi ingenua. Sin embargo, su respuesta pedía a gritos ser meditada antes de que viera la luz.

Justo en el momento en el que creía haber encontrado un pensamiento luminoso, de esos que llegan como el cometa Halley, cada setenta y seis años, una algarabía lo interrumpió. Se trataba de la manifestación cívica que fue conocida como la marcha del NO MÁS. La consigna que los marchantes repetían con mayor convicción, casi al borde de un lagrimaje colectivo era que «los buenos somos más».

Ramón, que seguía absorto en la pregunta de Yolanda, pensó para sus adentros: «¿Será que yo soy de los buenos o de los otros?». No tuvo tiempo de más, cuando Ramón sintió una punta afilada en la boca del estómago. Tuvo el impulso de salir corriendo, pero el amigo de lo ajeno lo miró y con voz pausada le dijo:

—Hermano, no se ponga a correr. Hagamos esto bien hecho.

A Ramón se le quitaron las ganas de correr y se quedó esperando con terror las órdenes del ladrón. En el fondo las consignas seguían: «¡LOS BUENOS SOMOS MÁS! ¡LOS BUENOS SOMOS MÁS!».

El agresor siguió con tanta calma que a esta altura también calmaba a Ramón.

—Entrégume el anillo —dijo el ladrón.

—Hermano, eso es una baratija —dijo Ramón.

—Entréguemelo.

Ramon se la entregó

—Entrégume el morral —continuó el agresor.

—Viejo, déjeme sacar unos exámenes, es que aún no los he calificado.

—Sáquelos rápido.

Ramon entregó el morral.

—Entrégume la plata.

Ramon se la entregó.

—¿Sí me la dio toda? Mire que hasta ahora vamos muy bien —dijo con amabilidad el profesional delincuente.

—Sí señor, no tengo ni para el pasaje del bus —dijo Ramón, entregado al dolor.

—Entrégume el celular —inquirió el usurpador.

—Amigo, mire que es de la empresa —dijo Ramón, con dignidad y sentido de responsabilidad corporativa.

—Con mayor razón. Dígales que queda en buenas manos —señaló el saqueador.

Cuando Ramon entregó la última de sus pertenencias que eran deseadas por su nuevo amigo agresor, alcanzó a pensar: «Este man tiene hasta buenas maneras». Tenía razones para decirlo. Ramon había sido atracado otras cuatro veces y en cada una de ellas, la expresión más amable que escuchó fue «Bobo hp, entrégame todo».

Cuando Ramon empezaba a encariñarse, apareció la marcha con sus consignas y vieron el vil atraco del que estaba siendo víctima Ramon. Y ellos —los buenos— volvieron ropa de trabajo al amigo de lo ajeno, lo molieron a patadas; su rostro quedó irreconocible. Una de las señoras que participó en el linchamiento, señaló con altivez: «Ladrones de mierda que arruinan nuestro país. Siquiera acá estamos los buenos para acabar con los malos».

Ramon seguía abortando ya no solo por Yolanda y su pregunta, sino por los hechos. Pensó para sus adentros: «Si así somos los buenos, ¿cómo seremos los malos?».

Un Juan de Dios que nunca fue de Dios

Isabella Alzate Roldán

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Un día Juan de Dios se desapareció. El mismo Juan de Dios que durante el día pedía limosna a las señoras que salían de misa y en las noches asaltaba a los esposos de esas señoras que llegaban a casa después de ordeñar vacas y alimentar cerdos y gallinas. El mismo que cargaba una navaja maltrecha en el bolsillo derecho del raído pantalón y que enseñaba cada vez que quería que las cosas fueran a su manera. Sí, ese Juan de Dios que cuando joven intentó matar a su papá con un tiro en la cabeza, pero que al final no pudo hacerlo. Vaya a saber cómo era el padre, vaya a saber qué detuvo al hijo.

También se dice que fue quien intentó robar y matar a su propio tío Medardo, después de que este último lo echara de la quesera donde Juan de Dios se encargaba de las entregas. El tío se cansó de que siempre se robara el suero y las devueltas. Pero de esto no se sabe mucho porque Medardo, hombre casado y de respeto en el pueblo, al parecer el día del supuesto atentado estaba con una mujer de esas que siempre sonríen y se sientan en el regazo de los hombres sin rechistar.

Juan de Dios, muy alto, de cara y nariz alargada, con cabello largo, claro y ondulado, fue visto por última vez detrás de la iglesia, borracho, diciendo piropos de mal gusto a las mujeres que pasaban por delante. Anocheció tirado en la acera, pero nunca se vio amanecer. «Eso fue que la gente de Bellavista le pegó un susto y le tocó volarse», «ese Juan de Dios tenía de todo menos de Dios, quién sabe qué le pasaría», «pues si lo encuentran, no creo que vivo», «pobre doña Angélica llorando a un malandro de esos». De todo se dijo en el pueblo, se dio por muerto con palabras a un cuerpo que no había sido encontrado y que no había dejado ni una sola huella.

Así pues, de Juan de Dios nunca se supo nada. Doña Angélica, su mamá, lo lloró en la iglesia como si del más bondadoso hombre se

hubiese tratado. «Hijo es hijo», decía con lágrimas en los ojos, como si tuviera que excusarse. No fue hasta años después que Libardo del Río, de quien decían tenía mañas de brujo, se acercó a Consuelo, hermana del desaparecido, diciéndole que a Juan de Dios no lo habían matado, ni secuestrado, ni que se había volado porque lo habían asustado. Juan de Dios se había marchado por un amor no correspondido: Virginia López nunca le había prestado atención, a pesar de que este siempre le llevara sue-ro y baratijas. En cambio, se había ido con uno de esos Osorno, de los que tenían fincas lecheras y galpones. Así que Juan de Dios se había marchado buscando un mejor futuro, con la promesa incierta de volver cuando tuviera lo suficiente para que Virginia lo aceptara. Pero Juan de Dios nunca volvió ni con plata, ni sin ella. Al respecto, Libardo del Río, fumándose un cigarro en el quiosco central del pueblo, decía con aire nostálgico: «Pobre Juan de Dios, no lo desaparecieron ni los malandros, ni el hambre, ni el alcohol. Lo desapareció la búsqueda del amor imposible de una mujer».

La camisa de Abelino

Carlos Andrés Tabares Arboleda

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Cada tarde, a las cinco en punto, la señora Marina sacaba una silla de plástico al andén y se sentaba a mirar la carretera. No hablaba. No saludaba. Solo se sentaba, con las manos en el regazo y la espalda recta, como si esperara que el polvo trajera de vuelta algo que el pueblo había olvidado.

Abelino era su hijo menor. Tenía diecisiete cuando se lo llevaron. No se supo si fueron los unos o los otros. Solo que entraron de noche, rompieron la puerta y gritaron su nombre. Él alcanzó a ponerse una camisa blanca antes de que lo arrastraran por el pasillo.

Esa fue la última vez que lo vieron.

Era 2002. En el pueblo, nadie decía mucho. Porque todos tenían algo que callar. Un primo que se fue con los paras. Un cuñado en la guerrilla. Un vecino que miraba demasiado.

Pasaron los años. Marina no volvió a hablar del tema. Solo dijo una vez, mientras cocinaba: «Abelino está vivo si yo lo sigo esperando». Desde entonces, cada tarde salía a ver la carretera.

Hubo comisiones de verdad, grupos de búsqueda, entrevistas en la radio. A ella no la entrevistaron. No quiso. Solo mostraba una foto donde él tenía doce años, en uniforme escolar, con una sonrisa tímida y un cuaderno en la mano. En la parte de atrás, alguien escribió: «Para mi mamá, con amor. A».

Un día, en 2019, trajeron una bolsa de lona con restos humanos a la iglesia del pueblo. Dijeron que habían hallado una fosa común en la vereda vecina. Pidieron ayuda para identificar. Marina fue la primera en llegar. Nadie la había invitado. Solo llegó.

Pidió ver las camisas.

Solo una era blanca.

La reconoció por una mancha leve en el hombro derecho. Una mancha de pintura que Abelino se hizo pintando la escuela, una semana

antes de desaparecer. «Mira, mamá, no se quita», le había dicho, y ella se rio.

No lloró frente al forense. Solo pidió quedarse un momento sola. Le permitieron sentarse junto a la bolsa. Sacó un pañuelo y limpió el cuello de la camisa como si aún la llevara puesta. Luego se levantó, agradeció con la cabeza, y salió caminando despacio.

Desde entonces, ya no sale a las cinco. La silla sigue ahí, pero vacía. Y en la sala de su casa, sobre una mesa pequeña, hay un marco con la foto de Abelino, una vela encendida, y la camisa blanca, doblada con cuidado.

Nadie se atreve a preguntarle cómo supo que era él.

Pero en el pueblo se dice que una madre conoce las huellas que deja el hijo. Aunque el tiempo pase.

Aunque el mundo las niegue. Aunque las devuelva una camisa.

Recogiendo sus pasos

Yatziri Adriana Pérez Cruz

SURA INVESTMENTS, MÉXICO

Todos en algún momento han escuchado de él. Lo han visto en ciudades, en el campo, en el monte; en el pasado y en el presente. Y no dudes que seguirá en el futuro. Pedro González Pérez, un charro justo y valiente del norte del país, estuvo al frente de la lucha para que muchos campesinos lograran proteger sus tierras de los saqueos que se vivían en un país en guerra y sin ley, donde la tradición era símbolo de apropiación y la libertad un sueño que solo se alcanza con la muerte.

Pedro creía en un país libre, justo y en paz. Había crecido en la tradición idealista de lucha, con los valores y la solidaridad de la gente que trabaja y se encomienda a la tierra. Su abuela le mostró todo lo que un país puede ser: su comida, sus fiestas y su gente. Durante sus años de vida experimentó todo tipo de vivencias. Vio la maldad de la avaricia y lo que la sed de poder puede hacerle a familias enteras. Pero también vio el amor en un chocolatito caliente de su abuela, en un mole con arroz que preparaban las mujeres para sus esposos trabajadores del campo, en la ofrenda en los panteones para recordar a los amados y sentarse a comer con ellos una vez más, y en la música, que, con tamborazos, trompeta y violín, le estrujaba el corazón y el alma. Por justicia murió, en medio de la lucha, la sangre y el sudor. Juró que no moriría, pues su corazón estaba en la tierra, en los amaneceres de San Cristóbal de las Casas, Chiapas; en el cielo estrellado del desierto de Tatacoa mexicano, en Coahuila; en el mar salado de Mazatlán, y en las lenguas indígenas que había escuchado alguna vez: mixteco, mazateco, náhuatl, entre otras. Sabía con determinación que eso era México. Por eso juró que todos aquellos que fueran tentados por algo tan banal como el dinero serían castigados por él, pues la riqueza no se posa en las cosas que se pueden poseer. Al final, la última mudanza siempre es la más ligera, y los recuerdos son los únicos que te acompañan al Mictlán.

Pero no te pongas triste. En México, la muerte no es el fin, sino el comienzo. Y fue así como dejó de llamarse Pedro, y ahora lo conocemos como «El Charro Negro». Montado en su caballo color azabache que deslumbra, pues pareciera un manto estrellado, el sonido de sus espuelas solo indica dos cosas: regresa a su tierra amada y busca a quien castigar. Dicen que no cruzó el umbral porque escuchó el alarido de un guajolote en Oaxaca, el zapateado de una niña en Michoacán y el murmullo de las jacarandas en la Ciudad de México. Lo seguían llamando sus colores, su rabia y su canción.

Lo han visto en San Juan Chamula, en el Callejón del Cobre, en las chinampas de Xochimilco. Donde alguien intenta profanar la memoria nacional, el Charro se presenta. No habla, pero su sombra pesa como un juicio antiguo. Cada noche pasea por las calles, pueblos y campo, pues Mictlantecuhtli solo así lo deja salir. No era solo por las calaveras de azúcar ni los charros de papel picado, sino también por los hombres que aún morían defendiendo una parcela, por los niños que aprendían a decir patria entre ruinas y canciones. Él no podía partir mientras su gente siguiera olvidada.

Si la avaricia no te guía, no lucras con la cultura y la tradición, lo podrás ver o escuchar alguna vez. Solo un frío sentirás y escucharás a su caballo andar. Si lo ves de frente en la calle, solo pasará a tu lado, te dirá «buenas noches» y seguirá su camino, pues tu corazón no es el que busca, y lo dejarás seguir disfrutando de su patria. Pero cuidado si tu corazón no es noble, pues con unas monedas de oro te tentará, y con ellas tu alma pagará para dejarte llevar al templo de los muertos, llamado Mictlán.

Ahora vivo y no sobrevivo

Angie Daniela Ramírez Rojas

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Luz Clara Rojas tiene 14 años y está dejando su tierrita en Chiquinquirá. Atrás quedaron los días de trabajo en la finca, de esconderse debajo de la cama al escuchar los disparos de los enfrentamientos entre guerrilleros y militares, el sueño de unirse a la guerrilla, su familia, los fines de semana donde bajaba al pueblo a tomar cerveza y escuchar a Los Tigres del Norte, Ramón Ayala, Los Carrangueros de Ráquira y otros cantantes que contaban historias que para ella eran el diario vivir.

Lleva en su regazo una caja llena de ropa, enlatados y un maletín con cosas de aseo; va en un bus municipal a la ciudad de Cali. Durante el viaje no para de pensar en todas las amenazas que está dejando atrás, en las personas que se quedaron y en los que se fueron. A tan joven edad Luz ya ha visto cosas que para algunos solo son parte de una película de terror.

—Chinita, ¡bienvenida a Cali! —le grita una de sus hermanas (una de las primeras que dejó el pueblo por toda la violencia que había).

Del frío de Boyacá llega al calor de Cali, de las tareas de finca pasa a realizar tareas domésticas para poder pagar la dormida en la casa de su hermana. La ruana calurosa la cambia por ropa demasiado grande, suelta su cabello e imita el peinado de las Flans.

Lo que tanto quería y soñaba está pasando, hay un mundo diferente donde no todo es en torno a la coca, las armas y el delito. Hay un mundo donde se puede bailar salsa y merengue; cantar a todo pulmón canciones de grupos pop mexicanos y uno que otro tema del rock argentino que llegaba al país. Todo esto lo hace sin miedo a que llegue un grupo armado a acabar la fiesta.

Su vida no ha sido fácil, desde joven tuvo que madurar y tomar decisiones de adulta, pero llegar a Cali es un respiro para ella. Aún busca sitios a donde ir a tomar una cervecita y escuchar una que otra canción

de Los Tigres del Norte o de Jorge Veloza para recordar al viejo que dejó en la finca, los amigos que tal vez ya no están con vida y a la Clara pequeña que tuvo que huir de su pueblo para dejar de sobrevivir y empezar a vivir.

Un breve cuento Pacífico

Jenniffer Murillo Mendoza

SURAMERICANA, COLOMBIA

1.

La ampolla crece en el punto exacto en que la aguja roza la piel. Nosotros casi podemos sentir el dolor en cada puntada. Yeimi lo ignora todo. Cose. Hubiera sido más fácil si Tita le hubiera dado una mano, pero dejó muy claro que no iba a alcahuetear esos corrinches. Si Yeimi quería un caché, pues que lo hiciera ella misma.

En las primeras flores, puso un gran esmero. Ya ni pensar en pulir, que los que la vean digan lo que quieran. Tal vez se cruce con Raulito, ¡eso sí que le encantaría! Mejor no pensar en eso tampoco, ahora debe concentrarse. Llegó el día de la Yesquita y Yeimi está casi lista para salir en el disfraz. Tita ya volvió de la capilla de Fátima, señal de que se acaba el tiempo. Yeimi no la ve, pero Tita otea con disimulo a la nieta. Tita no lo dice, pero la enorgullece Yeimi. Nada la detiene, igualita a la difunta. Mejor va montando la sopa de queso para despacharla bien almorzada, el recorrido será largo.

2.

El aguacero cubrió el mundo, la catedral, el disfraz, la gente. A Yeimi y al montón de almas con las que va les es indiferente. Serpentean al ritmo de las chirimías en la columna humana que corresponde: 1, 2, ¡3!, palma una vez.

Yeimi se ve hermosa, más que por las rosas de tela, cosidas una a una en el enterizo que se ciñe a ella, por los ojos delineados a lo egipcio y su sonrisa perfecta. Va con las de décimo B detrás de una comparsa que parece del Carnaval de Río. Sabemos que no tienen el mejor caché, pero en coreografía no les gana nadie. Están regresando al barrio. El disfraz enorme del mapa del Chocó, hundido en una paila de la que salen nubes de palabras como humo —olvido, corrupción, pobreza—, sobrevivió a la lluvia. Las comparsas rompen filas, se mezclan entre ellas y con las chirimías y con los que iban sin caché y los mirones que vienen a raspar.

Entonces ve a Raulito. Quieto, entre la multitud, mirándola intensamente. Está solo, no con los amigos. Parece una estatua negra de ojos brillantes. Le sonríe y avanza hacia ella. El corazón le da un salto. La percusión de las chirimías se detiene y deja solo al trombón. La muchedumbre canta el coro y bailando se agacha. Los ojos de Yeimi están fijos en él, alto, guapo, ¡cerca! La música y las voces cesan. En el silencio eterno de un microsegundo, Raulito queda frente a una Yeimi sin aliento. De pronto, resuena el estallido de un millón de instrumentos y de un pueblo que salta al mismo tiempo. ¡Oe, oe! Se formó el rebulú. Yeimi salta muy pegada de Raulito, sin tocarse, si eso es posible. Ya no sabe dónde quedaron las amigas. Solo sabe que el corazón se adueñó de todo.

3.

Se despide de la Menita y vemos la sonrisa pacífica, como el río por encima, sin notar los remolinos abajo. Raulito por fin la vio, no desde los casi 18 años de él, sino desde los ya cumplidos 15 de ella. Apenas la tocó, pero al menos no fue como la última vez, cuando se inclinó para pellizcarle el cachete y decirle: saludos a mi madrina. Odió que la tratara como una chiquilla y que se sintiera tan dueño de su Tita. Más tarde seguro se verán en la rumba de los Palacios. Fijo van los del Carrasquilla, Raulito incluido, aunque ya no está yendo a clase. Imposible que no después de lo de hoy.

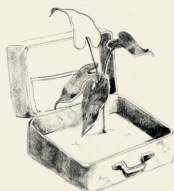
De pronto ve la casa, la puerta abierta de par en par, gente afuera. Pien-
sa en Tita y entra llamándola a gritos. La encuentra sentada en su mecedora. Pero algo no está bien. Tita llora con el llanto desgarrado que sale del pozo de las ausencias que llegan antes de tiempo. Andaba por Yuto, dicen en la sala. No se sabe a qué hora fue, lo encontraron hoy a mediodía. Vinieron a contarle a Tita, porque era como una mamá para él.

Yeimi escucha todo como el murmullo de un alabao lejano. ¡Ay mi ahijado, ay mi ahijado! Paralizada en el regazo de su abuela, siente que el río dentro de ella se detiene. Tita pasa sus manos por el centenar de diminutas trenzas de la nieta y repite que no entiende por qué le dicen perdida a la bala que encontró el pecho de Raulito. Afuera el aguacero se larga otra vez.

07

Territorio y memoria

LATINOAMÉRICA CUENTA



Mi viaje a Ayacucho

Gabriela Palomino Meneses

AFP INTEGRAL, PERÚ

Cuando tenía 14 años mi mamá desapareció. Mi papá, quien tuvo una idea que considero que fue lo mejor para mí y mi hermana, decidió enviarnos de viaje a Ayacucho junto con su hermana a que pasáramos unas cortas pero gratificantes vacaciones de dos semanas.

Jamás habíamos ido a Ayacucho y tampoco habíamos conocido a familiares por parte de la familia paterna.

Siempre recordaré que llegamos por la mañana al terminal de buses y nos recibió un hermoso cielo celeste. Acompañándonos estaba mi tía Narcisa, de quien puedo decir que era una persona alegre y cariñosa. Su particular carácter hizo que no toquemos el tema de mi mamá, quizás para evitar comentarios o tristezas.

A pesar de lo que ocurrió con mi mamá, estábamos felices de llegar a un nuevo lugar. Lo primero que hizo mi tía fue mostrarnos su casa, la cual estaba llena de animales de granja. Lo que siempre recordaré es que tenía seis maravillosos hijos, dos mujeres y cuatro hombres. La tía nos preparó el clásico desayuno ayacuchano, el famoso pan chapla con queso, choclo, papa y una taza de leche recién ordeñada de su vaca.

En el almuerzo nos preparó el famoso platillo puca picante. Es un plato típico de la gastronomía peruana, particularmente de Ayacucho, donde se le considera su potaje principal.

En Perú la mejor manera de demostrar el cariño hacia una persona es brindarle la mejor comida. En cualquier ciudad del Perú es la forma más cariñosa de demostrar felicidad por la llegada de tus invitados.

Por la tarde, mi primo Roy y sus dos hermanas nos llevaron a conocer un cerro. Allá en provincia es común subir cerros no solo para tener contacto con la naturaleza sino también para poder apreciar la belleza de Ayacucho desde lo alto. Antes de subir, Roy nos dijo que llevaríamos una ofrenda al cerro; pensé que estaba bromeando y no le hice

caso. Pero grande fue mi sorpresa cuando, luego de explorar cuevas, subir y caminar el cerro por más de una hora entre risas y conversaciones, nos percatamos de que mi hermana Yovana sentía un desvanecimiento en su cuerpo. Todos nos asustamos y pensamos inmediatamente que el almuerzo le había afectado, sin embargo, mi primo dijo que el Apu se había molestado por no haberle dejado ofrenda. El término «Apu» se refiere a los espíritus de las montañas, son considerados divinidades, protectores y guardianes de las comunidades. Intentando volver, nos encontramos con una anciana, la cual en idioma quechua nos preguntó qué hacíamos paseando el cerro y hacia dónde nos dirigíamos.

Mi primo le contó que estábamos perdidos y que mi hermana tenía sensación de vómitos y mareos. La anciana le respondió que esto había sucedido porque no habíamos hecho ningún pago al cerro. Claramente yo no había entendido nada porque definitivamente no sé el idioma quechua. Pero mi primo me tradujo una parte de lo que le había manifestado la anciana. Yo no podía creerlo, incluso hasta llegué a pensar que mi primo había inventado las palabras de la anciana.

Pero lo que más me sorprendió es que mi primo decidió tomar la única botella de agua que nos quedaba, fue a buscar una grieta del cerro y la lanzó. Le dijo, al cerro, que era lo único que teníamos y que lo ofrecía pero que sobre todo le pedía perdón por no haber pedido permiso e inició un rezo. Yo seguía sorprendida, pero comprendí que mi primo no mentía. Continuamos el camino bajando el cerro y mi hermana empezó a sentirse mejor. Ya una vez bajado el cerro se le fueron los síntomas. Mi primo me confió que la anciana le había dicho que, si él no hacía el pago a la tierra, mi hermana podía morir porque el cerro estaba muy molesto. Mi primo intentó explicar que nosotros veníamos de Lima y no sabíamos sobre estas creencias. Luego mi hermana, ya recuperada, me comentó que no recordaba nada de la caminata y que tampoco recordaba haberse sentido mal. Después de esta experiencia confié plenamente en que el cerro tiene poder y son deidades milagrosas. Esta fue una experiencia sorprendente y maravillosa con el mundo andino, la cual jamás olvidaré.

El viejo Guillo

Daniela Lugo Salazar

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Ahí está el viejo Guillo, en la terraza de su casa en Sabanagrande, Atlántico, un pueblito ribereño con unos treinta y cinco mil «rodillones», como se les llama por su devoción católica, y «junioristas», por el equipo de fútbol de los amores de todos. Ahí ve pasar los días, sentado en su silla mecedora, aunque el sol irradie con fuerza —un solazo «que mata hasta los piojos»— y se sienta una humedad que «ni los perros salen a la calle».

Tiene en la mano un vaso lleno de agua de panela con hielo picado, tan dulce que parece melaza, pero para él eso no es problema. Desde el vaivén de su mecedora, ve pasar por la acera al Guane, uno de sus tantos vecinos, montado en un carricoche —porque en el pueblo así se llega más rápido a cualquier lado—, y le grita:

—¡Junior tu papá!

El viejo Guillo, con su gesto inconfundible y que aún retumba en las paredes de su casa, le responde:

—¡Meeee!

Pasadas las tres de la tarde, cuando el sol ya bajó un poco, la vieja Isi le grita desde la cocina, donde sigue picando hielo para servir la siguiente agua de panela:

—Bueno, Guillermo, ¿tú es que no te vas a bañar hoy? ¡Cochino!

Renegando se levanta de la silla, se baña, se perfuma, y se pone su camisa de cuadros favorita. Sale caminando por la calle 3, esa que termina en el cementerio. De fondo, suena un Diomedazo, vallenato del artista de todos los tiempos: «Si la vida fuera estable todo el tiempo, yo no bebería ni malgastaría la plata».

Llega donde sus amigos a jugar su partida de dominó, cerveza en mano, un cigarrillo entre los labios —con el humo pa' dentro, porque así fuman los machos—, y su sonrisa particular se empieza a mezclar con el sonar de las fichas.

Ya entrada la noche, la vieja Isi —o alguno de sus nietos— va a buscarlo. Guillo, entonado pero alegre, se para juicioso de la mesa, se despide de sus amigos con su carcajada contagiosa y se va para la casa sin chistar, derecho por la calle 3, y cae profundo en su cama, llenando la noche con sus ronquidos.

Esa calle 3, que muchos ven como el paseo final porque termina en el cementerio —sí, ese mismo donde el viejo Guillo juega sus partidas de dominó—, es testigo de cada marcha fúnebre que sale de la iglesia hasta el camposanto, y donde se despiden desde el más pobre hasta el político más prestigioso del pueblo.

Cuando repican las campanas de la iglesia Santa Rita, se hiela la sangre. Todos saben quién murió. Y aunque ya no es sorpresa, el frío de la muerte se apodera de todos los presentes. Apenas asoma la primera cabeza al doblar el camino desde la iglesia, todos entran en sus casas, se apaga la música que sonaba a todo timbal en el equipo de sonido, se esconden detrás de las cortinas para ver pasar el gentío que llora y despide a su muerto, que va cajón en hombros sin percatarse de los 39°C que calientan camino a su última morada. Nadie quiere que el muerto «le jale las patas».

Hoy me senté en mi mecedora como de costumbre. Le pedí a la vieja Isi mi agua de panela con hielo y a la par exclamé:

—Santa Rita, ¡qué es este sol!

Volvió a pasar el Guane y me gritó:

—¡Junior tu papá!

Con un gesto y a viva voz le respondí:

—¡Meeee!

Me iba a bañar para mi rutina habitual, pero esta vez no me pude levantar de mi mecedora. Pasaron por mi mente mi Isi querida, la mujer que más amé y más me amó. Vi a mis hijos Guillermo, Gabriel, Giovanis, Rafael y Patricia. A mis nietos, mis bisnietos, todos mis amigos de parranda. Y mis 89 años bien vividos, eso sí.

Sonaron las campanas de Santa Rita. Esta vez no me escondí detrás de la cortina, porque esta vez era yo.

En mi último viaje, dentro del cajón y resonado por el silencio, comprobé que aquí dentro no hace calor (suelto mi última carcajada). A este muerto no lo acompaña un gentío que lo llora, esta vez voy casi solo, porque este maldito COVID me lo quitó todo.

En memoria de Guillermo César Lugo Rangel, mi amado abuelo.

Cuando el tiempo se detiene en una piedra preciosa

Natali Ayala Rivera

AFORE SURA, MÉXICO

Durante un viaje a San Cristóbal de las Casas —catalogado como un pueblo mágico del estado de Chiapas— tuve una experiencia que cambió mi percepción del tiempo y la naturaleza, así como el impacto que tiene internacionalmente.

Fue en el mercado de artesanías de Santo Domingo, un lugar lleno de colores, aromas y texturas. El puesto era sencillo, cubierto por una lona color mostaza, pero había algo en la forma en que la luz rebotaba sobre las piedras que colgaban allí que me obligó a detenerme.

—¿Le gusta el ámbar? —preguntó un señor de rostro arrugado, piel tostada y ojos rasgados. Se presentó como Don Filomeno, un artesano tsotsil que llevaba décadas trabajando el ámbar, esa resina fosilizada que en Chiapas no solo es joya, sino historia viva.

—Si —le respondí al tiempo que le preguntaba si él mismo la había tallado.

Me dijo que sí, que su padre le enseñó el oficio, y antes su abuelo.

—Esto no se aprende en libros —me dijo—. Se aprende viendo.

Me llamó la atención un colgante pequeño, casi modesto, encerrado en un marco de plata martillada. En el centro, una gota de ámbar color miel que guardaba dentro algo que parecía un insecto.

—Es un insecto atrapado hace más de veinte millones de años —me dijo Don Filomeno con una sonrisa tranquila, como si hablara de algo común. Lo observé con más detalle y el insecto estaba perfectamente conservado, como si se hubiese quedado dormido en una lágrima de luz.

—¿Cómo sabe que es tan antiguo? —le pregunté.

Me explicó que el ámbar chiapaneco proviene de la era del mioceno y que, con frecuencia, se encuentran fósiles dentro de él con características muy especiales de aproximadamente treinta a cuarenta millones

de años de antigüedad: claridad, alta definición y conservación de las inclusiones biológicas.

—Además, distingue de todos los yacimientos ambaríficos del mundo, es la formación geológica en que se encuentran los depósitos, ya que esta denominación es única en todo el planeta y también es el de mayor dureza en el mundo —me dijo, mientras sostenía la piedra contra el sol.

El ámbar brillaba con una calidez casi espiritual, el insecto inmóvil, parecía contar una historia silente de bosques antiguos y días cálidos.

Decidí comprar el collar, no por vanidad, sino por la extraña conexión que sentí con él. Don Filomeno me lo entregó envuelto en una tela tejida por su esposa. Antes de despedirse, me dijo:

—Cuando lo lleves, recuerda que estás cargando memoria, no solo piedra. Veo que estás muy interesada por el tema, ve a visitar el Museo del Ámbar que está en el antiguo convento de La Merced.

En el museo me llamó la atención que el ámbar chiapaneco es el de mayor dureza en el mundo de 2,5 a 3,0 en la escala de Mohs (es la escala de dureza de una roca del 1 al 10), cualidad que le da un alto prestigio internacional como material para la talla y la escultura. Por otro lado, es el de mayor variedad de colores, razón por la cual es el mejor a nivel mundial. Podemos encontrar cuarenta y ocho tonalidades diferentes en el ámbar de Chiapas. Actualmente, de acuerdo a su color y grado de transparencia, se clasifica en diecisiete tipos representativos desde un color amarillo hasta un color negro.

Había esculturas talladas por artesanos: animales, objetos, plantas y personas, de igual manera las piedras con sus diferentes tonalidades.

Así como hay actividad para su transformación también hay actividad para extraerlo, actividad que los mineros solo hacen. Esa peculiaridad nos da a entender los aspectos que favorecieron al resurgimiento de Chiapas. El ámbar se da en diez municipios y el más importante de ellos es Simojovel de Allende, conocido como tierra del ámbar. Para obtenerlo existe un procedimiento logrado a base de recolección y minado.

El ámbar de Chiapas me enseñó que la naturaleza tiene formas sutiles de contar historias, que la belleza puede ser testimonio, y que la historia no solo está en los libros, sino también en los objetos que llevamos puestos, que tocamos y heredamos.

El grito de vida en el corazón de Medellín

Juan Pablo Valencia Ocampo

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Bajo el sol radiante de Medellín, el Monumento a la Vida de Rodrigo Arenas Betancur se erguía con majestuosidad, un grito de bronce que desafiaba al cielo. Juan, un trabajador de Sura Colombia, pasaba junto a él cada mañana, y aunque lo había visto mil veces, hoy había algo diferente en el aire.

La figura robusta, las formas orgánicas que parecieran surgir de la tierra, la mujer que con un gesto firme sostenía la vida, todo le parecía de una fuerza inquebrantable, la misma fuerza que se encontraba bullendo en su ciudad.

Juan recordó las historias que su padre le contaba de aquellos tiempos difíciles, la resistencia de la gente, cómo se levantaron una y otra vez. El monumento, con su energía cruda y esperanzadora, le parecía la encarnación de ese espíritu paisa: la capacidad de renacer, de transformar el dolor en vida, de siempre ver hacia adelante. Pensó en cómo Medellín había florecido de aquel pesar y se había convertido en un símbolo de innovación y calidez humana a pesar de las malas circunstancias.

Se detuvo durante un momento, se dedicó a estudiar los pormenores de la escultura. Se dio cuenta de las expresiones que aparecían en los rostros, de los músculos que se leían en la figura femenina, de la figura que parece dar a luz a la vez a una existencia y también un futuro. En ese momento, Juan se sintió inmerso en una historia mayor que la suya, la historia de todos nosotros, la historia de la mayoría de los latinoamericanos: el monumento no solo era un monumento; era un símbolo de su propia historia, la de su gente; la historia de su pueblo, un recordatorio constante de que, hasta en los momentos oscuros, siempre hay un grito de vida que se eleva, con fuerza, en el corazón de nuestra diversidad cultural y geográfica.

Mundo desbordante

Rosalina Vargas Valdez

SEGUROS SURA, REPÚBLICA DOMINICANA

En el pueblo de San Juan de la Maguana, a mediados del siglo XX, durante la década de los cincuenta, Pedro vivía en una humilde casa junto a su madre Doña Ana, para este entonces viuda; y con sus hermanos menores Mateo y Luis. Eran tiempos difíciles y había un hogar que mantener. Con la dolorosa pérdida de su padre, al ser el primer hijo del matrimonio, desde temprana edad Pedro cumplía con el papel de ser el sostén de su familia. Aprovechaba cualquier oportunidad para realizar trabajos, de esta manera podía contribuir económicamente y cursar sus estudios secundarios.

Doña Ana siempre se encargaba de inculcarle a sus hijos que el presente tiene caducidad y es limitado; mas Pedro, con un espíritu indomable le daba otra mirada: tendrá un límite, si así lo decidía Él.

En un paraíso inmenso, con una sociedad tan imponente, muchas eran las distracciones que lo alejaban del ser excepcional que apuntaba. Simplemente no podía conformarse con su situación; se enfocó en su esencia y confió en su intuición. Se mudó a otro pueblo, trabajó sin descanso, conoció a muchas personas e hizo nuevos amigos. No se olvidó de los suyos, cada cierto tiempo volvía a su casa y su contribución nunca faltó.

Con el tiempo se interesó en la música, pasión que le inculcó su padre Eusebio; fue un pequeño paso que revolucionó todo el rumbo de su vida y la de su familia. Reconocía el talento de Luis con la güira y la improvisación con la que Mateo siempre se destacó en la escuela, así que volvió por sus hermanos y creó una agrupación musical. Los llamados Entre Estrellas fue una de las mejores orquestas de perico ripiao en la provincia durante los años setenta. Su auge aumentó debido a las fiestas patronales, que eran celebradas cada año por dos semanas en el mes de junio donde asistían muchas personalidades destacadas y de distintas regiones.

Siendo de las fiestas más importantes del sur con sus desfiles, concursos de belleza, comparsas y sobre todo el merengue típico, que es uno de los géneros que representa a la República Dominicana a nivel mundial.

Pese a la popularidad que gozaban, no había oportunidad para estar tranquilos. Agradecidos por el apoyo y el amor que les brindaba su pueblo, tanto Pedro como Mateo y Luis construyeron comedores económicos en la comunidad, siendo su especialidad el chenchén con chivo, delicia que muy pocos podían costearse en casa. Tan solo saborearlo creaba momentos de esperanzas en una época donde apenas estaban recuperándose de salir de una dictadura de treinta años, incluida una guerra civil.

Pedro no se esperaba el éxito rotundo, pero trabajó para ello; le fue fiel a su persona y a sus creencias. Fue valiente, mantuvo su honor sin lastimar a otros en el trayecto, y contra todo pronóstico brilló, se convirtió en un faro y dejó un precioso legado que mi familia ha atesorado a lo largo de los años.

Vivir en su máximo esplendor es lo imprescindible. Puedes inmortalizar tu legado siendo único y valiente, desplomando así las brechas para corromperte. Las posibilidades de la mala influencia serán casi nulas. La luz que en ese entonces no habías captado, alumbrará más allá de lo que imaginaste. De generación tras generación, resonarán las enseñanzas, permanecerán las huellas, así como lo hizo mi abuelo Pedro.

Estoy muy agradecida por mi familia, por el legado cultural y emblemático que me han regalado. Conservo recuerdos de ocho generaciones. Atesorar los ancestros es otro tipo de amor que está infravalorado. Cuando aprendes a ver la vida desde el agradecimiento, se ensanchan tus pupilas, lo importante se convierte en prioridad y enalteces tu fuerza de voluntad. De pronto te das cuenta de que vas por el buen camino, cada cosa va encajando en su lugar, las buenas vibras no te sueltan y la vida cotidiana se vuelve liviana porque no sigues un patrón social.

En cada ocasión que un allegado habla sobre la vida de mi abuelo, me queda más claro que podemos ser correctos en un mundo tan desbordante.

El hilo eterno de María Teresa, mi abuela

Óscar Yony Muriel Narváez

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Cuentan los abuelos que, cuando las nubes abrazan el cerro Monserrate y la neblina danza entre las calles empedradas de Aguadas, Caldas, se oye un suave susurro de iraca, como si el viento tejiera los secretos de las manos sabias que dieron forma al alma de este pueblo.

En el corazón de esta tierra cafetera, donde las montañas parecen rezar de pie, nació María Teresa Valencia, una mujer de manos de oro y corazón de fuego. Desde niña, entre cuentos de su abuela y el olor a café y panela, aprendió el arte heredado por generaciones: el tejido del sombrero aguadeño. No era solo un oficio; era un acto de resistencia, una promesa silenciosa de que Aguadas nunca sería olvidada.

Dicen que no tejía con iraca, sino con memorias. Cada cruce de palma era un latido de su historia: el hambre que su madre venció con dignidad, la canción que su padre silbaba al amanecer, y los amores que la vida le trajo y le quitó. Cuando tejía, la luna se detenía, el gallo callaba. El universo parecía respetar ese momento sagrado.

Pero no todo fue fácil. Llegaron tiempos en que los sombreros dejaron de venderse, cuando lo importado reemplazó lo nuestro, y muchos en Aguadas empezaron a olvidar. Varias tejedoras colgaron sus entrecopas —esas piezas de madera que dan forma al sombrero— y cambiaron sus sueños por otros más rentables. Pero María Teresa no.

—Mientras yo respire, Aguadas no se deshilacha —decía mirando la montaña como quien habla con Dios.

Organizó a mujeres de los barrios Olivares, Renán Barco y San Vicente. Enseñó a sus hijas y nietas no solo a trenzar palma, sino a amar su raíz. Creó una escuela donde no se enseñaban materias, sino dignidad. Donde la iraca no era solo vegetal, sino humana. Sus hijos, entre conseguir leña y vender plátano y verduras en la galería con su padre, también sostenían el hogar.

Un día, un periodista llegó hasta su casa de esterilla y bareque. María Teresa lo recibió con café recién colado. Él la escuchó hablar del sombrero como si fuera una madre o una bandera. Publicó su historia. Luego vino un documental. Y después, el mundo.

El sombrero aguadeño volvió a las vitrinas, esta vez con su nombre completo: «Hecho a mano en Aguadas, Caldas, por mujeres que tejen historia». El Ministerio de Cultura lo reconoció como patrimonio. Pero lo que no dijeron los noticieros fue que el verdadero milagro no era el sombrero, sino la terquedad luminosa de una mujer que creyó.

Aguadas, tierra de cafetales y techos de barro, también es cuna de leyendas como la de «El Putas de Aguadas» —aquel personaje bravo e invencible—. Y si María Teresa no fue El Putas, seguro tejía con la misma berraquera. Porque ser tejedora en Aguadas es enfrentarse al olvido... y ganarle.

Hoy, María Teresa ya no está. Pero cuentan que cuando alguien teje en silencio, una mariposa blanca entra por la ventana, recorre la iraca, y luego desaparece como quien ya cumplió su misión. Las tejedoras del pueblo dicen que es ella, visitando a sus hijas, nietas y bisnietas, asegurándose de que el legado no muera.

Porque en Aguadas, la tradición no está escrita en libros, sino en las palmas de mujeres como María Teresa. Y su historia no se cuenta con palabras, sino con hilos de iraca cruzados al ritmo de la esperanza.

Alguna vez fuimos ángeles

Bruno Rodrigo Trucios Chacón

AFP INTEGRAL, PERÚ

Cruzamos la Plaza de Armas de Lima, íbamos tomados de las manos. Ese domingo el aire estaba fresco y limpio, algo raro en una ciudad que generalmente anda de bochorno o muy húmeda con su cielo panza de burro gris y su reino perdido de «Ciudad de los Reyes». El smog parecía haber desaparecido o quizá sea ese mi recuerdo vago al escribir estas letras. Sí recuerdo bien que ese día estaba contento, contento por alguna razón que todavía desconozco. Yo era un niño y quizá ese hecho me hacía ver la vida de manera amable e inocente.

Mi padre, don Romualdo de Argote, iba a mi lado con su mano muy sujeta a la mía. Él sabía que llevaba su corazón y su alma en cada paso que dábamos. Yo podía sentir su calidez, su protección y eso hacía estrujar mi pequeño corazón. ¡Qué felicidad!, mi papá, ese señor enorme de ojos verdes y chiquitos, bonitos y profundos con una frente casi perfecta y curva en todo su esplendor y libre de cabello, una curva que conocía el pasar de los años y se hacía más notoria cuando fruncía el ceño. Ese señor hermoso era mi padre, de buen porte y de piel colorada en algunas partes y en otras algo bronceada por el tiempo. A ese señor, mi padre, lo vería años más tarde postrado en una cama de la Clínica San Felipe, en la unidad de cuidados intensivos. Yo no tenía permitido el ingreso pero en una visita que le hicimos con mi abuela, mi padre, desde su situación precaria y con el carácter que lo identificaba, se puso como un león herido al saber que yo no podía ingresar. A punta de señas en dirección a la enfermera de turno, pudo hacerse sentir. Quería que ella le alcanzara papel y lapicero. Cuando los tuvo, escribió: «Entra mi hijo o salgo yo».

Mi papá no podía pronunciar palabra alguna, a estas alturas estaba intubado. Desde entonces odio las traqueotomías, me huelen a muerte.

Volviendo al llamado de mi padre, muy aparte de la pequeña nota que hizo, acompañó sus demandas con gestos y movimientos que aún su

débil cuerpo le permitía realizar, para que yo ingresara a la unidad. Con toda esa situación la enfermera le dijo:

—Señor, está prohibido que ingresen niños.

Mi papá siguió reclamando, moviendo con más fuerza su débil cuerpo.

Yo tenía doce años y en esos tiempos las cámaras de seguridad en las entidades eran desconocidas en el país. Eso, sumado a una autorización del jefe de la unidad, hizo que pudiera al fin ingresar. Yo no salía de mi asombro: ¡vería a mi papá!, después de muchos meses desde que se internó.

Al ingresar, mi primera impresión —y recalco que solo tenía 12 años— fue de asombro y pavor; en la primera cama yacía una señora de unos 90 años, «atada» a tubos por doquier y casi transparente. Como cuando la muerte está asomando y te dice que es el momento de partir, la anciana casi volaba, estaba suspendida con tantas conexiones y artefactos llenos de lucecitas. Sobre ella pareciera que se rompiera el techo y apareciera la imagen de Dios con sus brazos abiertos, haciendo el llamado. Era como presenciar un velorio, la muerte misma a unos pocos metros llamando a ese ser ya sin voluntad y compromiso alguno con la vida.

Esa imagen vive hasta hoy en mi mente, tantos años después; lo recuerdo con mucha claridad.

He de contar que mi padre me abrazó al verme, eso fue lo que sucedió. El intercambio de miradas en cuanto llegué a su cama fue eterno. Mi padre estaba lúcido, de buen semblante. Lo recuerdo hasta colorado con una sonrisa de lado, bien afeitado; eso es lo que más recuerdo. Moriría dos días después. A los 12 años descubres que el mundo también se derrumbaba, con el tiempo aprendes que la felicidad es un regalo, uno decide si la comparte y años después escribes:

[...] descubro que en los recuerdos de mi niñez

he dejado mis mejores escritos, he dejado recuerdos, amigos, afectos y verbos

hoy lejanos, fríos, distantes

pero que aún viven en mi corazón

de aquellos años maravillosos, cálidos, sublimes, amables, eternos...

Entre dichos y aromas

Javier Eduardo Caro Miranda

SEGUROS SURA, COLOMBIA

Después de haber dormido «como un gato chiquito», aquel día me desperté a las cuatro de la mañana, porque la mamita Diosa (que en paz descansa) siempre decía: «Al que madruga Dios lo ayuda» y yo le quedé creyendo. Media hora después, ya vestido, me tomé unos tragos de aguapanela para no irme sin nada en el estómago, como también ella me aconsejaba. Me dispuse a salir, supuestamente sin hacer alboroto, pero claro, ya estaba mi mamá parada y puntual en el zaguán esperando «pa' darme la bendición».

El pasillo de la casa de mis viejos era el mismo que guardaba en la memoria y en mis más arraigados recuerdos de infancia, con sus baldosas rojas y amarillas, lleno de orquídeas en sarros y de helechos medio colgados que rozaban la cabeza de quienes pasábamos entre ellos, como para que uno también se sintiera obligado a olfatearlos.

Había llovido largo rato durante la noche.

Bajé por el cafetal y veía las montañas de frente y de lado, el aroma de los granos de café maduros se me pasaba desde la nariz hasta el coxis como si hubiera entre estos una conexión de neuronas que no aparece descrita en ningún libro de anatomía, pero que se sabe y se siente que existe, porque la piel se nos enchina como cuando estamos enamorados.

Muchos años caminé esos cuarenta minutos desde la casa hasta la escuela de la vereda y por eso, como en ese entonces, no se me hizo extraño esquivar los palos de aguacate y las matas de plátano, aunque en aquel tiempo lo hacía para que no se me mojaran los tres cuadernos que llevaba en la tula y la coquita con arroz, frijoles del día anterior y un huevo que me fritaba mi 'amá' para comer en los recreos...

¡Qué belleza son para los ojos esas cordilleras y qué delicia es ese olor a guayaba y a eucalipto durante todo el recorrido!

Cuando llegué a mi destino, allá estaba como siempre y a toda hora, don Virgilio, porque él era vigilante, conserje y el más convincente maestro de

ética y moral del colegio. Al verme de cerquita apagó el radio de baterías dónde escuchaba sin falta y con atención a las noticias diarias y me dijo:

—Mijito, ¿usted cómo está? Lo veo un poquito mayor comparado con los que acá vienen a estudiar... además parece que madrugó mucho en día y en hora, porque hoy no hay clases.

—¡Buenos días, don Virgilio! ¿Ya no se acuerda pues de mí?

Se acomodó su sombrero de iraca cruda ya visiblemente gastado y haciendo un gesto de cavilación respondió:

—A ver, hombre ¡Eh! Usted es uno de los hijos de misia Cielo y don Gildardo, ¿cierto? La pinta del tigre no se echa a perder.

—¡Ja, ja, ja! Sí, mi señor, soy Felipe, uno de los menores y de los poquitos que tuvo la bendición de pasar por estos salones.

—Ahhhh, es que sin las botas de caucho azules y sin esa gorra de colores con la que se mantenía, ya no lo distingo y pues, es que se nos creció el enano —me dijo don Virgilio— Y ¿por qué madrugó tanto?

—Don Virgilio, le cuento ahora que yo ya no vengo de estudiante, me volé unos años para Medellín y gracias a Dios y a mis viejitos acabé la licenciatura en la Universidad de Antioquia.

—Pero vea pues, ¡qué tan bueno que se acuerde del rancho donde le enseñaron las primeras letricas, mi muchacho!

—¡Es que yo no veía la hora! Imagínese y le chismoseo entonces que vengo como profesor, a intentar seguir los pasos de la maestra Magdalena, porque usted debe saber que ella se jubiló hace tres meses y se fue a vivir al pueblo, a Ebéjico, porque este trajín de camino destapado ya le estaba quedando muy duro a su edad.

Ese señor parece que hubiera escuchado o visto un ángel: súbitamente me abrazó como si yo fuera su hijo y en ese momento percibí en su hombro izquierdo el olor de la honestidad y la esperanza; me soltó, puso su mano en mi cabeza y sentí sus pulpejos engrosados y temblorosos, cual si fuera a consagrarme para servir de cura o de soldado y entonces gritó mirando hacia el cielo:

—¡Eh Ave María, yo sabía que Diosito no nos iba a abandonar!

Un relato bien al Sur

Agostina Melina Hernández Portillo

AFAP SURA, URUGUAY

Domingo, el día que estuve esperando toda la semana. El día para verla a ella y poder viajar en el tiempo.

Me apronto y salgo para su nueva casa. Paso el umbral de la puerta y la veo. Ya me está esperando coqueta frente a la ventana, admirando el paisaje con un leve reflejo del sol en su mejilla. El paso de los años se nota en su piel, haciéndola aún más hermosa.

La saludo con un fuerte abrazo, tan apretado que valga los días que no la he visto. Coloca su mano cálida sobre la mía y arranca el viaje. Sus palabras me hacen navegar a cualquier lugar; ese es el poder de su cálida voz.

Inicia el viaje, recorre recuerdos, anécdotas e historias de su vida en este país, en su querido país.

Nos transportamos al Estadio Centenario, símbolo del fútbol uruguayo, lugar de tantas victorias y goles, de tantas historias y abrazos, de tantas lágrimas y canciones.

Por como relata aquellos encuentros, parece que hubiera sido ayer.

Resulta ilógico pensar como un país tan chico es reconocido por esta gran pasión a nivel mundial. Lo que sentimos con un gol de nuestro equipo, la pasión charrúa que nos recorre por las venas, es un sentimiento inexplicable, digno de admirar.

Continúa el recorrido: nos vamos al mes de febrero, a los carnavales por Isla de Flores, al Barrio Sur y Palermo. De como un día una simple calle pintada de blanco puede convertirse en un verdadero escenario.

Con una cuerda de fondo, el repique de un tambor y un corazón cargado de ilusión se llenaba de orgullo con cada paso que daba.

Así es nuestro carnaval, tan colorido, tan alegre, tan cargado de colores, tan largo para algunos, tan corto para nosotros.

Sobre la biblioteca, descansa una hermosa postal, la foto familiar en Colonia del Sacramento. Aún recuerdo aquel día, luego de deleitarnos con

el asado de papá, como nos dirigimos a caminar por aquellas callecitas de adoquines con tanta historia. Parece que guardaran los recuerdos vividos en cada grieta. A lo lejos, iluminaba la noche cada lucecita de la Plaza de los Toros.

Aquel día fue perfecto: la parrilla encendida, la mesa llena, la familia unida. Sigue la llama del recuerdo viva en cada uno de nosotros, dicen que ese es el poder que tienen los recuerdos. Llega la hora de la merienda, su hora favorita. Descansan las tazas de porcelana junto a la tetera, en la otra punta, junto al termo y mate; reposan sobre aquel plato de flores azules los alfajores más ricos que hemos probado.

Los alfajores de las Sierras de Minas, lugar natural, característico del departamento de Lavalleja. Es imposible visitar esas hermosas cascadas y no volver con una caja de ellos. La mezcla del dulce de leche cremoso y la nieve que se deshace en las manos, es la combinación perfecta para cerrar junto a un mate una tarde tan especial.

Son muchos los momentos compartidos juntas viajando por cada rincón del Uruguay, aunque nos faltarán aún por recorrer.

Me encontré con su voz trayéndome devuelta en sí. Fue ahí cuando la escuché decirme: «Mi niña, los tesoros más valiosos son los que están en el corazón, las costumbres, los sueños y el amor».

Indeleble

Julia Correa Upegui

FUNDACIÓN SURA, COLOMBIA

—En el corazón —me dijo.

—Entonces si yo amo a alguien y me hago un trasplante de corazón, ¿dejo de amarlo? —le pregunté.

Se quedó callado y en mi mente se instaló la sangre en una imagen: los dedos azul claro de látex manchados de rojo se acercaron a mi pecho, escarbaban y removían mi cuerpo inerte. El latido no paraba, pero el dolor desaparecía.

—El amor se ubica en el corazón y el cerebro; es un sentimiento que ambos comparten —me dijo.

—No, no es posible un trasplante de cerebro, y el amor tiene que desecharse cuando duele. El desamor nubla el pensamiento y eso es argumento suficiente para que el cerebro lo desprecie —repliqué.

Me miró, sentí como sus ojos traspasaban mi globo ocular y cruzaban por mi pupila, continuaron hacia el fondo y buscaban entre la medusa que reside en el interior de mi cráneo. No encontraron nada.

Un resalto en la vía hizo que mi mente regresara. Y le dije:

—Mi cerebro está vacío.

—Mor, no le pare bolas a eso, no le eche tanta mente. Olvídese de ese man y ya.

—¿Mor?

Sentí esa conexión entre el cerebro y el corazón. Llegó el día en que la palabra «amor» ya no era confiable, era más bien letras repetidas que, al ser pronunciadas por tantas bocas, habían perdido validez. No bastaba con que fuera maltratada por quienes no la reconocen, sino que ahora su achicamiento —«mor»— iba en contra de su dignidad.

Cuestioné de nuevo:

—¿Mor? —y afirmé— ¿Sabes qué? Voy a sacar la palabra «mor» de mi rutina para que solo se exprese con amor.

Se sonrió y el autobús se detuvo.

Me despedí, bajé y caminé en contravía de los carros. El «mor» entre las personas que se cruzaban por mi paso era cada vez más audible, hasta que de tanto oírlo se convirtió en un eco de ciudad que se desvanecía mientras las piernas me llevaban al monumental edificio al que me dirigía.

Mi cerebro y corazón, ahora juntos, recorrieron los largos pasillos. A cada lado, veinticuatro puertas daban paso a habitaciones de tres metros por tres metros, en el interior sus paredes con cientos de capas de pintura cubrían los escritos y dibujos de quienes alguna vez ocuparon el lugar: los culpables. La pintura callaba intencionalmente los gestos trazados en grafito de los imperdonables, las llamadas de auxilio, las muestras de locura, la idealización de un futuro.

Sin embargo, el cambio que desde hacía décadas se había propuesto para el edificio no eliminaba la sensación de vacío. En la atmósfera pervivía el indeleble dolor de los excluidos.

Ellos —como yo—, desechados por el desamor de una existencia maldecida, sentían que el tiempo transcurría diferente: a dos ritmos en paralelo. Nos asomábamos por las rejas y veíamos con asombro cómo avanzaba la vida de otros, mientras la nuestra permanecía detenida.

Aquí ya no sobreviven hombres —pensé— pero sí se custodía el pensamiento de Botero, Obregón, Frida, Siqueiros, Débora y otros más que hicieron de su postura crítica una cicatriz en la historia. Yo soy la carcelera de cada una de esas suturas.

Los gestos, gritos, emociones y relatos continúan en esas paredes, esta vez un nombre los identifica y no un número.

Seguí el recorrido y entré en la sala Proyecto Temporal en la que se instalaba la exposición de la artista ORLAN: «Arte carnal o cuerpo obsoleto». En una de las pantallas, de las varias que tenía la muestra, se proyectaba un quirófano y, de nuevo en mi mente, los guantes de látex, la sangre, el cuerpo intervenido y mutable, el dolor. Volví a sentir tristeza en el corazón, saqué mi celular y escribí en el navegador:

«Trasplante y tráfico de órganos: corazón».

Memorias de Navidad

Nobel Herrera

SEGUROS SURA, REPÚBLICA DOMINICANA

Ya casi es diciembre y el verano aún no termina en Santo Domingo. Me miro al espejo y mis canas me recuerdan lo lejos que estoy de aquella despreocupada tarde en la que un empleado de mi papá pasó a dejar dos pavos, que vivirían el peor mes de su vida, en el patio de la casa con mis hermanos y yo.

Uno de los días más largos de mi vida, entre tantos, fue la ocasión en que uno de los pavos se desmayó. Teníamos una colección de casi mil trescientos soldaditos de plástico con los que jugábamos a la guerra lanzándoles piedras. Los pavos llegaron para darle un nuevo realce al juego. Serían monstruos gigantescos que combatirían contra aquel poderoso ejército. Una piedra le dio a uno de los pavos en la cabeza y el pavo se desplomó en el acto; el ejército no celebró.

Pensamos que habíamos matado al pavo y sabíamos exactamente lo que nos esperaba cuando mi papá llegara y se enterara. Intentamos convencer a Grego, quien nos cuidaba, de que inventara algún cuento que nos salvara el pellejo, pero no quiso. El pavo revivió al rato, pero nunca fue el mismo. Uno de los pavos era para regalarlo; nosotros nos aseguramos de que Leo, como le habíamos apodado, fuera el elegido.

A mitad de noviembre ya el pueblo estaba lleno de luces y la radio no paraba de tocar las tradicionales canciones navideñas que eran siempre las mismas. Cuando por fin pude entender la letra, me encantaba escuchar la del Pavo y el Burro, y aún se me hace un nudo en la garganta con el merengue del Año Viejo al imaginármelo yéndose triste, porque nosotros nos quedaríamos irremediablemente con el nuevo.

El arbolito, cada año diferente y nuevo, era todo un acontecimiento, pues abría oficialmente la temporada navideña en mi casa. Mis hermanos y yo no participábamos en la decoración, pues mi mamá lo hacía como un regalo para nosotros cada Navidad. Llegaríamos cualquier día

de la escuela y ahí estaría, hermoso, con las lucecitas de colores, las brillantes bolas, los santaclocitos sonrientes y la nieve de algodón. Pasaríamos horas frente a él contemplando la intermitencia de las luces, como si nos contara una historia que solo se escucha con los oídos del corazón.

Mi mamá no trabajaba el día 24 pues ella dirigía personalmente los preparativos de la cena, que empezaban temprano en la mañana. Nos encantaban los olores del día, nos intrigaba la ciencia de cada plato, y de vez en cuando, nos asomábamos al horno a ver el pavo antes de ser expulsados de la cocina con una nalgada navideña que no dolía tanto. Era un día feliz, no por la cena, de la que no nos comíamos ni la mitad, sino porque ese día éramos felices al mismo tiempo.

Entre ocho y nueve de la noche nos sentaríamos todos a la mesa, oraríamos y compartiríamos. Mi papá se molestaría por el desorden que hacíamos, mi mamá se alegraría por el ánimo con que comíamos y yo me preguntaría porque la carne de pavo era siempre tan dura.

Más tarde, mi mamá serviría los platos que intercambiaba con los vecinos y el del viejito que cuidaba la fábrica de ladrillos que quedaba a una esquina de la casa. Yo lloraría en secreto pensando en que había personas que, como él, tenían que pasar solos la Nochebuena.

El día primero de enero sufríamos el tedio de tener que ir con mi papá a visitar a sus familiares para desearles feliz año nuevo. Yo era demasiado tímido y ese día eran demasiados saludos juntos. Pero no me importaba, ya solo faltaban cinco días para el Día de los Reyes Magos. Serían los cinco días más largos del año, pero aquella espera era una dulce agonía.

La noche del día 5 pondríamos al lado del arbolito agua y hierba para los camellos, y tres caramelos de menta para los Reyes. Iríamos a la cama muy temprano para que amaneciera más pronto, pero no podríamos dormir hasta muy entrada la madrugada. El día siguiente, sería el día más feliz del mundo.

La Navidad ya no es la misma, algunos ya no están, pero el arbolito de mi mamá aún cuenta las mismas historias. Este año pondré agua y hierba a su lado... quién sabe, mañana podría ser un día feliz.

El reencuentro

Valentín Martínez Rico

SURA INVESTMENTS, MÉXICO

Hay lugares a los que uno sabe que siempre habrá de volver. Las olas de microorganismos que nos hicieron nadar en aguas desconocidas nos alejaron en muchos casos de los más cercanos, de los que teníamos a la vuelta de la esquina, nos forzaron a aprender a leer la mirada y acostumbrarnos a la distancia; pero, sin ser un propósito en sí, a otros también nos acercaron a partes nuestras que quizá habíamos olvidado o que tal vez habíamos dejado de ver. Cuando la marea está agitada, cuando las corrientes se revuelven, los mares devuelven muchas cosas a la orilla. Las olas escupen cosas que no les sirven, así los tiempos agitados purgan, limpian, aligeran el peso. En ese vaivén de corrientes, y con algunos toques de suerte, el mar embravecido de la vida me hizo volver a uno de esos paisajes a los que desde los cuatro años de edad me prometí volver: la mar; seguía siendo el mismo Pacífico de México, pero varias lunas llenas después; el mismo pero en otra latitud, en unas circunstancias completamente distintas.

En la primera ocasión llegué a la arena por el trabajo de mi padre; en esta segunda ocasión porque las condiciones obligaban a buscar refugio para la propia familia. Ahora era un pequeño puerto de pescadores, un Puerto Escondido de pocos habitantes. Muchos de ellos son extranjeros, amantes del surf, que han llegado a lo largo de los años por la hipnosis que provocan las olas. Aquí, el ritmo del tiempo no está marcado por los segundos; eso te lo dicen las calles carentes de asfalto, los surfistas que montan las olas por la mañana o en la tarde pacientemente, los pescadores que salen a altamar al caer el ocaso del sol y regresan cuando se anuncia la alborada. Aquí la gente concibe y percibe el tiempo de una forma distinta a los convencionalismos ciudadanos, a las prisas de la cotidianidad de las grandes urbes; te lo dice el andar de las personas, su mirada, su tono de voz lento y pausado, pero profundo como el mismo océano que habitan y los habita.

Volver cuarenta años después a vivir junto al mar remueve, revuelve y conmueve; sentirse inmerso en los brazos de la naturaleza provoca una aparente paradoja. Por un lado, ser testigo de la infinitud en la que se funde el océano con el cosmos, sentir la nimiedad y la vulnerabilidad de nuestro ser humano. Pero, por otro lado y al mismo tiempo, se pone de manifiesto que aquello que luce magnánimo no es ajeno, no es lejano, no es distante, sino más bien propio, cercano e interno. No somos una gota de agua que forma parte del mar, sino que somos el océano mismo. Cambiar de residencia de algunas de las ciudades más grandes del mundo a un pueblo de pescadores y surfistas, permite y obliga a ver el mundo desde otra lógica. Contemplar los amaneceres y los alucinantes atardeceres; ser testigo del tránsito de las ballenas hacia el sur; comparecer ante cientos de miles de tortugas que llegan a la playa a desovar, para luego volver algunos días después a ver la arena removiéndose por las crías de tortugas. Sentir a la mar y su magia impacta de forma muy profunda al mundo interno, ¿acaso la mayoría no corre a las playas más cercanas durante su período vacacional en busca de algún tipo de resguardo y refugio que solo la arena, las olas y el sol brindan?

Como especie humana, volver al origen de la vida nos brinda alegría, satisfacción, seguridad y tranquilidad, pero no solo es el origen en cuanto especie, sino también en lo individual, pues la mar nos remite a nuestro período de gestación, cuando nos sumergimos en la mar volvemos al vientre de la madre, a ese momento en el que todo estaba suspendido. El arrullo nocturno de las olas, los cantos matutinos de las aves típicas de las costas, la belleza en los colores de los atardeceres, la soltura y fluidez con la que se vive la vida en estos territorios. Así se vive un sueño habiendo a la orilla del mar con la brisa en la cara y con la caricia de la arena en las plantas de los pies. Me hago presente en este sueño y me doy cuenta que estoy soñando.

Ilustradora

LATINOAMÉRICA CUENTA



Carolina Garzón Blanco

COLOMBIA

Nació en Cartagena, a orillas del mar Caribe. Es diseñadora gráfica y realizó estudios de posgrado en la Universidad EINA de Barcelona, donde se especializó en ilustración narrativa para publicaciones infantiles y juveniles.

Es autora e ilustradora del libro para niños *Bonito que canta, la voz de Petrona Martínez*. Su trabajo ha sido publicado en medios impresos y digitales, y ha participado en libros de texto, obras de literatura infantil y juvenil, revistas para niños, proyectos de animación y diversas iniciativas sociales.

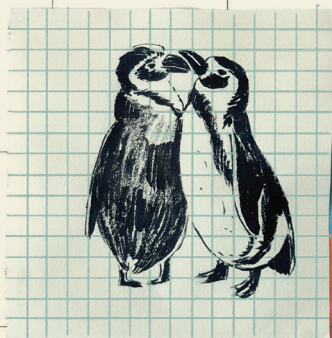
Ha colaborado con editoriales de Chile, Puerto Rico, España, Inglaterra y Colombia.

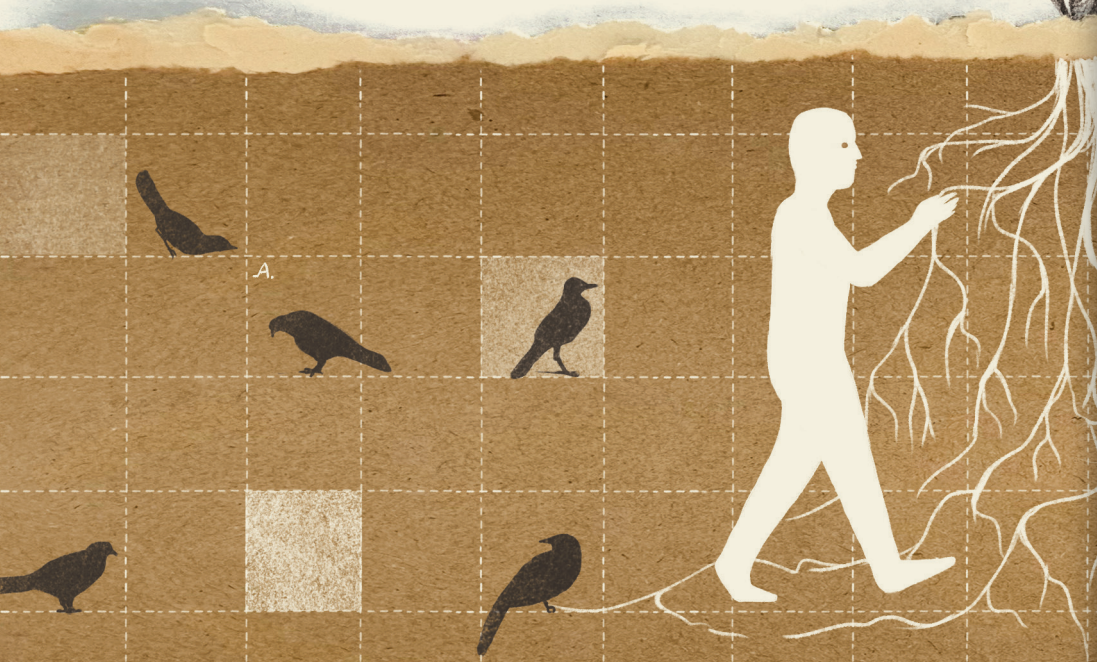
@carogabo.ilustra



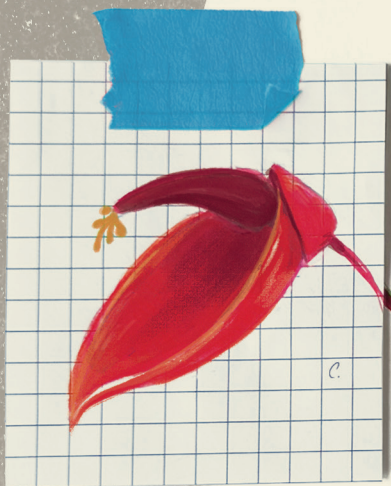
Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2025 en papel Earth Pact,
elaborado a partir de la caña de azúcar.

Bogotá, Colombia











TEXTOS DE

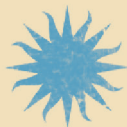
✧ Alicia Meza Geron ✧ Jennifer Luján Sánchez ✧ Patricia
Ceceña ✧ Édgar Marcel Turizo Poveda ✧ Moisés Manuel Díaz
Pérez ✧ Ivette Elisa García Merino ✧ Juan Camilo Galeano
Orozco ✧ Christian Philippe Cartagena García ✧ Ana Isabel
Tamayo López ✧ María Pía Ramos Borgia ✧ Carolina Blanco
Cruz ✧ Mónica Yadira Rosales Gutiérrez
✧ Lina Elizabeth Casanova García ✧ Leslie Nery Humareda
Cornejo ✧ Carlos Francisco Soler Peña ✧ Álvaro Bravo G. ✧
Wilson Arley Cuy García ✧ Laura Valentina Chavarro Martínez
✧ Julián Andrés Montoya Palacio ✧ Lina Sofía Ocampo Sariego
✧ Pedro Antonio Hernández Juárez ✧ Juan Camilo Arroyave ✧
Isabella Alzate Roldán ✧ Yatziri Adriana Pérez Cruz ✧ Angie
Daniela Ramírez Rojas ✧ Jenniffer Murillo Mendoza ✧ Gabriela
Palomino Meneses ✧ Daniela Lugo Salazar ✧ Natali Ayala
Rivera ✧ Juan Pablo Valencia Ocampo ✧ Rosalina Vargas Valdez
✧ Óscar Yony Muriel Narváez ✧ Bruno Rodrigo Trucios Chacón
✧ Javier Eduardo Caro Miranda ✧ Agostina Melina Hernández
Portillo ✧ Julia Correa Upegui ✧ Nobel Herrera ✧ Valentín
Martínez Rico



ILUSTRACIONES DE

Carolina Garzón Blanco

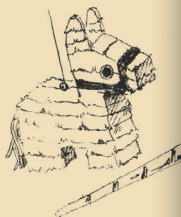




Latinoamérica cuenta



«*Latinoamérica cuenta* es una publicación colectiva de 80 relatos breves —de ficción y no ficción— que nacen desde adentro, desde el corazón de quienes trabajan en los países donde SURA tiene presencia. Todos celebran la posibilidad de narrar y compartir aquello que pasa en nuestra tierra, a través de personajes entrañables, paisajes familiares, anécdotas sorprendentes, realidades y guiños culturales propios».



Brasil * Chile * Colombia * México * Panamá
Perú * República Dominicana * Uruguay



sura

